

El grado cero de la política: la discusión sobre los asuntos comunes

Kathya Araujo | Loreto Cox
Javier Couso | Marcela Ríos | Juan Luis Ossa



Steven Pinker y su
defensa de los valores
de la Ilustración

POR SERGIO MISSANA

El viaje que
Milton Friedman
no pudo olvidar

POR LEONIDAS MONTES

8

Diciembre 2019,
Santiago de Chile

ÍNDICE

5

El poder de la razón,
por Carlos Peña

6

EL GRADO CERO DE
LA POLÍTICA:
la discusión sobre
los asuntos comunes

Desmesura, decepción
y desapego,
por Kathya Araujo

El fuego y la calle,
por Loreto Cox

El colapso final de la
Constitución de Pinochet,
por Javier Couso

¿Cómo llegamos aquí
y cómo salimos?,
por Marcela Ríos

Más preguntas que certezas,
por Juan Luis Ossa Santa Cruz

22

LAGUNAS
MENTALES,
por Manuel Vicuña

24

El difícil regreso
de la política,
por Daniel Mansuy

27

Bienvenido a lo real,
por Rafael Gumucio

30

El viaje que Milton
Friedman no pudo olvidar,
por Leonidas Montes

35

PLAZA
PÚBLICA

36

Todo va a estar bien:
Steven Pinker y su
defensa de los valores
de la Ilustración,
por Sergio Missana

40

Hablar del clima,
por Pablo Chiuminatto

44

¿Por qué la gente está
siendo tan amable?,
por Martha Rosler

50

Las pintoras de la
calle nueve,
por Sebastián Edwards

55

BRÚJULA

56

Kafka y la
causa feminista,
por Aïcha Liviana Messina

61

PENSAMIENTO
ILUSTRADO

62

El pop como síntoma,
por Marisol García

68 Macha de lujo,
por David Ponce

74 Julian Barnes y el
cocodrilo en la laguna,
por Felipe Edwards del Río

79 LOS ARTÍCULOS MÁS
LEÍDOS DE LA WEB

80 Fronteras perdidas:
Jorge Eduardo Agualusa,
por Ana Pizarro

84 Notas sobre poesía,
política y educación,
por Andrés Anwandter

90 LIBROS USADOS,
por Bruno Cuneo

92 Lorrie Moore: escenas
de la vida de provincia,
por Cristóbal Carrasco

95 Josefina Licitra:
cronista de silencios,
por Marcela Aguilar

99 RELECTURAS,
por Francisco Mouat

100 ¿Qué es una familia?,
por Rodrigo Hasbún

104 Memoria del Winnipeg:
luces y sombras del
exilio republicano
español en Chile,
por Francisco Martín Cabrero

110 VIDAS PARALELAS,
por Federico Galende

112 Críticas de
libros y cine

Libros

*Crónicas de la Araucanía. Relatos,
memorias y viajes* de José Bengoa,
por Daniel Hopenhayn

El amigo de Sigrid Nunez,
por Héctor Soto

El museo de la bruma de Galo Ghigliotto,
por Jorge Polanco

Prohibido morir aquí de Elizabeth Taylor,
por Rodrigo Olavarria

Cine

El Ángel de Ariel Vromen y *El espía que
cayó en la Tierra* de Tom Meadmore,
por Pablo Riquelme

121 ARQUETIPOS
DE SITUACIÓN,
por Milagros Abalo

122 TURISMO
ACCIDENTAL,
por Matías Celedón

124 PENSAMIENTO
ILUSTRADO

El poder de la razón

¿Cuál es el papel de una revista cultural, en una hora como esta?

Lo propio de la cultura, lo que subyace más allá de los puntos de vista que en ella coexisten, es la reflexividad, la capacidad de someter una y otra vez esos puntos de vista al escrutinio del diálogo y el debate racional. La cultura moderna, en especial, posee ese destino consistente en revisar lo que la constituye, llegando incluso al extremo, a veces, de dudar hasta de sí misma.

Cuando las sociedades llevan a cabo ese quehacer, cuando llaman a capítulo a la simple facticidad que tienen ante los ojos, adquieren conciencia de lo que son, de los dilemas que enfrentan y de esa forma, poco a poco, se van definiendo en una especie de diálogo sin fin.

Y ese diálogo, por supuesto, no es un mero quehacer terapéutico o la simple expresión de intereses, sino que, cuando está a la altura de la racionalidad, es un esfuerzo genuino por intercambiar razones y dejarse persuadir por las que, luego del escrutinio, sobrevivan como mejores. El diálogo no es un rito de encuentro; es, sobre todo, un método para, en la selva del debate, desbrozar.

Este número de la revista *Santiago* –una revista de ideas– quiere ser fiel a ese designio. Por eso frente a los hechos de estas semanas, cuando todo llama a tomar partido, la revista ha preferido invitar a un conjunto plural de intelectuales a reflexionar acerca del significado que poseen estos, acerca de lo que muestran y acerca de lo que, en medio del fervor, podrían también ocultar.

Es probable que haya quienes, en estos días en que los hechos parecen decidir por sí mismos, prefirieran una actitud partisana. A ellos hay que recordarles que ninguna sociedad democrática existe allí donde impera la simple facticidad y que, por lo mismo, el deber de todos es, frente a los hechos desnudos, esgrimir el poder de la reflexión.

Carlos Peña
Director



EL GRADO CERO DE LA POLÍTICA:

la discusión sobre los asuntos comunes

Desmesura, decepción y desapego,
por Kathy Araujo

El fuego y la calle,
por Loreto Cox

**El colapso final de la
Constitución de Pinochet,**
por Javier Couso

¿Cómo llegamos aquí y cómo salimos?,
por Marcela Ríos

Más preguntas que certezas,
por Juan Luis Ossa Santa Cruz

Desmesura, decepción y desapego

La autora de *Habitar lo social* y *El miedo a los subordinados*, entre varios otros libros fundamentales para entender el acontecer de nuestro país, plantea que no hay que caer en el espejismo de que “Chile cambió”, sino mirar con detención las tensiones de una sociedad que en los últimos 40 años experimentó profundos cambios. Junto a la implementación de la competencia y la individualidad como ideales, por ejemplo, cundió la sensación de abandono ante instituciones que parecieran haber fomentado los privilegios de unos y la precariedad de otros. Lo que enfrentamos en Chile, explica Araujo, es más profundo. Estamos frente a una “disputa por la redistribución del poder y de las riquezas de la sociedad”, pero también ante la tarea de “reconstituir los principios que regulan la vida social para hacerlos aceptables”.

POR KATHYA ARAUJO

El desenlace de las revueltas que comenzaron en octubre en Chile está abierto. Por eso, modestamente, lo que voy a intentar es poner en perspectiva lo que hoy vivimos. Lo haré ciñéndome a aquello que los estudios que he desarrollado han ido mostrando a lo largo de estos años. Por supuesto, alguien podría objetar la validez de estas interpretaciones aludiendo a que hoy “Chile cambió”. No creo que sea así. En los momentos de crisis, el antes del estallido parece un pasado lejano. Pero verlo de este modo es un espejismo. Aunque la revuelta y las situaciones emergentes sean los componentes principales en este momento, el “minuto anterior” sigue actuando compleja, permanente y decididamente.

Lo que hoy enfrentamos es expresión política, ella sí nueva, impredecible, abierta en su devenir, de un

proceso social de muy larga data. Un proceso complejo, heterogéneo y con aristas muy diversas, que debe ser entendido en el marco de los efectos sobre los individuos y el lazo social de la transformación de la condición histórica que ha sufrido la sociedad chilena en las últimas cuatro décadas, o poco más.

Dos han sido las corrientes principales que de manera simultánea, contradictoria y complementaria a la vez, han cincelado la condición histórica actual. La primera es la instalación del modelo económico neoliberal al que se le adosó un nuevo modelo ideal de sociedad. Este modelo implicó nuevas exigencias estructurales para los individuos, al mismo tiempo que impulsó nuevos ideales sociales (competencia, flexibilidad, nuevos signos de estatus). La segunda ha sido el empuje a la democratización de las relaciones

sociales (entre hombres y mujeres, adultos y niños). Una promesa de derechos, de igualdad (y de autonomía), que ha impulsado la emergencia de nuevas expectativas de horizontalidad y ha presionado hacia la recomposición de los principios que regulan las relaciones e interacciones entre las personas.

El modelo neoliberal y sus consecuencias en términos de precarización laboral, inconsistencia en las posiciones sociales, pérdida de protecciones sociales y privatización de servicios sociales, entre otros, han producido lo que ha sido leído como exigencias desmesuradas y han generado un nivel de desgaste y agobio transversal en toda la sociedad, excepto probablemente en el pequeño grupo más protegido y aventajado. Asimismo, esta situación ha exigido que las personas hiperactúen en el mundo social, buscando soluciones fuertemente individuales, pero también obligándolas a tejer y cultivar redes de contactos amicales y familiares que puedan ayudarlas a sostenerse en la vida social, por ejemplo, a la hora de enfrentar crisis financieras o de salud. Uno de los efectos esenciales de esta combinación de exigencia y ausencia de sostenes institucionales a lo largo de estas décadas ha sido que las personas se percibieron abandonadas a sí mismas y a su propio esfuerzo. Como efecto esencial, desarrollaron una confianza aumentada acerca de sus propias capacidades para lidiar con la vida social. Son individuos más fuertes y más conscientes de sus capacidades de acción.

Adicionalmente, en virtud del aumento transversal del acceso al consumo, la provisión de ciertos bienes (electrodomésticos, aparatos de comunicación, viajes), y su peso en el reconocimiento social, se reconfiguró el sentido del “mínimo vital” considerado como digno. Las expectativas de aumento de acceso al consumo y de participación en el reparto de la riqueza crecieron (y difícilmente las personas están dispuestas a renunciar a ellas). Sin embargo, la decepción y el cuestionamiento en torno al precio que debía pagarse por ello, se expandieron.

Consistentemente, se generó en las personas la convicción de que es posible (e incluso deseable) actuar sin las instituciones. Esta convicción no solo provino del fortalecimiento de la imagen de sí ya discutida. Ella fue resultado, además, de la percepción de que resultaba necesario defenderse de las propias instituciones, que empezaron a ser vistas como abusivas o como generadoras de exigencias excesivas (por ejemplo, la alta dedicación temporal al trabajo o las arbitrariedades de las casas comerciales) o simplemente incapaces para responder a sus demandas, expectativas y necesidades (como en el caso de la salud o la misma política institucional).

Los empujes a la democratización de las relaciones sociales, por su parte, se cristalizaron en las promesas de igualdad y derechos impulsadas al menos desde la década de 1990, las que se tradujeron de manera importante en una elevada atención a las formas de ser tratados en las interacciones con las instituciones y otros miembros

de la sociedad. La expansión de estas promesas echó luz sobre dos aspectos esenciales. Funcionó como un lente de aumento que hizo que las personas percibieran críticamente la actuación desmedida de lógicas históricas aún vigentes en las relaciones sociales (de privilegio, jerarquía naturalizada, abuso y confrontación de poder, y autoritarismo). Permitió, de otro lado, reconocer la existencia de estas desigualdades en las interacciones y otorgarles una enorme importancia, y considerarlas, con justicia, como inaceptables, es decir, como una afrenta a su dignidad. El lenguaje del abuso y de la falta de respeto se convirtió en expresión natural para designar lo intolerable.

Lo anterior se vinculó con la recomposición de lo que se consideran ejercicios de poder justificados. Emergió una crítica compartida y considerada legítima al abuso de los poderosos, al maltrato del superior, a la exclusión por parte de las élites, entre otras. Se ha producido un rechazo muy grande a formas de ejercicio de la autoridad basadas en la violencia y el tutelaje, aunque, paradójicamente, las personas han seguido considerando que el autoritarismo, un uso confrontacional del poder y la habilidad de imponerse sobre otros son esenciales para enfrentar la vida social. La sociedad apareció, así, como un campo de irritaciones en donde a falta de un consenso de lo que se puede considerar un ejercicio del poder admisible, todo ejercicio de poder es puesto bajo sospecha, excepto el propio. El carácter antagónico de la vida social es hoy una percepción extendida y la ley del más fuerte hace su camino.

Simultáneamente, la contradicción entre las promesas sociales y las experiencias ordinarias (discurso del mérito pero vigencia del “pituto”, entre otras) produjo una fuerte decepción y, en algunos grupos sociales más que en otros, un gradual pero constante distanciamiento respecto de las reglas y normas que política, jurídica y civilmente han sido consideradas como fundamento de la regulación de la vida en común. Estas experiencias generaron el sentimiento, además, de que la orientación y regulación de los actos y decisiones le competía a cada cual individualmente. Un efecto de *fisión* –por usar una imagen de la física– se ha ido produciendo como resultado de que la relación con los principios normativos que pretenden acomunarnos se tiende a establecer desde la desconfianza, la impotencia, la resignación o, en su versión más preocupante, desde el rechazo radical.

Es la constelación que se ha producido en la encrucijada de los procesos descritos la que, me parece, permite poner en perspectiva los acontecimientos políticos hoy. Existe una suerte de circuito de retroalimentación continua que conectó la vivencia de la desmesura (de las exigencias de la vida social, de las desigualdades en las interacciones o en el uso del poder) con la decepción por las promesas sociales no cumplidas, tanto económicas como normativas, y, por cierto,



15 de noviembre, manifestante en la llamada zona cero. Fotografía: Juan Cristóbal Lara.

también respecto de aquellos que han sido o tendrían que haber sido sus garantes principales. Finalmente, en medidas y grados distintos, se incrementa el desapego respecto de muchos de los principios, valores y normas que regulan la vida en común.

Por otro lado, se aprecian individuos más fuertes; con mayores expectativas de horizontalidad; con la convicción de poder actuar sin las instituciones; con expectativas más altas sobre el mínimo vital digno; portadores de una aguzada sensibilidad frente al abuso y la falta de respeto; decepcionados y/o a distancia de los principios, valores y normas que regulan la vida en común; con un gran rechazo al ejercicio autoritario de la autoridad, pero con un gran apego todavía al uso de formas autoritarias en sus propias prácticas.

Lo que enfrentamos en Chile no es un simple estallido por saturación. Es más profundo. Se está, por cierto, en una disputa por la redistribución del poder y

de las riquezas de la sociedad. Detener los abusos y la desmesura de las exigencias en la vida social (largamente sufridos) es una de las tareas centrales hoy. Será difícil y tomará tiempo, como suele ocurrir en estas luchas. Pero es indispensable no olvidar que la sociedad chilena se encuentra también, y esto es lo esencial, en un momento de reconfiguración de las fórmulas que gobiernan las interacciones, las legitimidades y las racionalidades sociales, todas ellas puestas en cuestión o debilitadas por las experiencias de las últimas décadas. Quisiera, por lo mismo, subrayar que lo que se disputa hoy de manera fundamental es la forma y textura que queremos darle al lazo social. Insistir en que reconstituir los principios que regulan la vida social para hacerlos aceptables y que, en esa medida no solo sea posible sino también deseable la vida en común, es una tarea de muy largo plazo, que convoca no solo a enfrentar al adversario externo sino a ese que habita al interior de cada cual. [S]

El fuego y la calle

Todas las instituciones con capacidad de sostener nuestras normas, de dirigir nuestras emociones, se han visto considerablemente desprestigiadas en la última década. Los partidos políticos, las Iglesias, los medios de comunicación y, por cierto, Carabineros, han contribuido a generar un sentimiento anti-élite que es bastante más nuevo que la desigualdad económica y que, de pronto, ayuda a comprender la crisis por la que atraviesa el país desde el viernes 18 de octubre. No es casualidad que todavía no hayan aparecido liderazgos en el Gobierno ni en la oposición ni entre los manifestantes.

POR LORETO COX

“Toda violencia alberga dentro de sí un elemento de arbitrariedad; en ningún lugar la Fortuna, la buena o la mala suerte, desempeña un papel tan importante dentro de los asuntos humanos como en el campo de batalla”.

Hannah Arendt, *Sobre la violencia*

1. Fuego en una estación de metro, fuego en otra estación de metro, fuego en otra y otra y otra. La violencia manifestada en estos incendios es destrucción pura. No es, como en un robo, o en un saqueo, una transferencia de recursos; es solo pérdida. Los incendios del metro tampoco son, como en el saqueo, una muestra del comportamiento oportunista que aflora en ausencia de orden o normas, es decir, una muestra de la debilidad humana; los incendios a bienes públicos conllevan el deseo de producir daño: a quienes los usan, a quienes los pagan, con la posibilidad también de herir a quien pudiera estar pasando por ahí. La violencia tiene, en mayor o menor grado, un resultado incierto: alguien puede morir, aunque no fuera parte del plan; un inocente. En esa incertidumbre radica, justamente, parte de su problema.

¿Por qué alguien quiere destruir lo que es de todos?
¿Por qué alguien está dispuesto a hacerlo, incluso a riesgo

de herir personas? Son preguntas que pasaron por mi cabeza la noche del 18 de octubre, y que, probablemente, pasaron también por las cabezas de muchos. ¿Descontento? ¿Marginalidad extrema? ¿Organización de alguien (¿de quién?)? ¿Alienación? ¿Anomia?

Es probable que las imágenes del metro en llamas y las preguntas a partir de ellas hayan provocado una especie de trauma para muchos. La posterior explosión de los espíritus animales en el saqueo, la sensación de descontrol de las autoridades ante estos eventos y el establecimiento (probablemente necesario) del toque de queda, algo impensable la misma mañana de ese viernes negro, no hicieron sino agravar la herida. No pensábamos que nuestro orden social fuera tan frágil.

2. Nuestra sociedad está plagada de injusticias. Desde que recobramos la democracia, la reducción de la pobreza ha

sido notable (de 39% en 1990 a 9% en 2017) y ahora, según la encuesta CEP 2014, la mitad de la gente afirma tener una mejor posición social que la que tenían sus padres a su edad (solo 12% dice estar peor). Pero al mismo tiempo, la mitad de los trabajadores tienen un salario que de acuerdo con el PNUD es bajo y más de un tercio de la población afirma tener dificultades para llegar a fin de mes. Para muchos, entonces, los meses de 31 días son considerablemente más pesados que los de 30. Pero la vulnerabilidad es un fenómeno que va mucho más allá de los estratos más bajos de la sociedad: a más del 80% de la población le preocupan las posibilidades de enfrentar alguna enfermedad grave y no ser capaz de pagar los costos o de tener una pensión insuficiente en la vejez (CEP 2015).

Por su parte, la desigualdad en Chile en las últimas décadas ha caído según indicadores como el Gini, Palma y Q5/Q1. Pero sigue siendo alta, de hecho, la más alta de la OCDE, nuestro grupo de referencia desde hace ya casi 10 años. Lo interesante es que, si comparamos lo que la OCDE llama el índice de Gini “antes de la redistribución”, es decir, que considera los ingresos sin descontar impuestos ni sumar transferencias, somos bastante parecidos al resto, e incluso aparecemos como menos desiguales que Irlanda, Alemania o hasta Finlandia. Nuestro problema principal, entonces, es que nuestro Estado redistribuye poco, demasiado poco.

No obstante, nada de esto es nuevo. Estos antecedentes son parte del debate desde hace muchos años. No olvidemos que la desigualdad ya aparecía como un tema importante en las protestas de 2011. No en vano se ha dicho que *no son 30 pesos, son 30 años*.

¿Es que la rabia por las injusticias se acumuló hasta explotar, sin siquiera importar mucho el detonante –la vieja teoría de la olla a presión? ¿Es que la violencia –vuelvo a Hannah Arendt– sirve para dramatizar los malestares y traerlos a la atención pública? Son posibilidades. Algo de ello debe haber, sin duda, como ha sido patente en las enormes manifestaciones que han formado parte de esta crisis.

3. Pero hay un elemento al que, creo, debe ponerse mayor hincapié: la crisis de la política. Los escándalos de financiamiento de la política, sumados a una población más informada y exigente, aumentaron duramente la percepción de corrupción. Según datos de las encuestas CEP, entre 2006 y 2016 el porcentaje que cree que *casi todos* los políticos están involucrados en corrupción pasó de 14 a 50%. La confianza de los chilenos en el Congreso es de 5% y en los partidos políticos llega a 6%. La identificación con *algún* partido político, que venía cayendo sostenidamente desde el retorno a la democracia, pasó de cerca de 80% a principios de los 90, a apenas un 19% hoy, y pese a haber mayor oferta.

Al mismo tiempo, la política nacional es compleja y en ella no es fácil avanzar. Esto frustra. Aunque se diga que la política de los acuerdos está pasada de moda, la

ciudadanía prefiere fuertemente que los políticos privilegien los acuerdos antes que sus propias posiciones (58 vs. 25%). Por una parte, nuestro presidencialismo exacerbado ha funcionado como una suerte de bloqueo para llevar a cabo programas políticos. De hecho, desde 1990 solo Bachelet II ha contado con mayoría en ambas cámaras. Por otra parte, sabemos que la política en democracia es intrínsecamente lenta. Esto siempre ha sido así en algún grado, pero ante una ciudadanía que demanda cada vez más y que carece de paciencia, se vuelve más problemático.

El caso de las pensiones es ilustrativo. Mientras estas han sido prioritarias para la gente desde tiempos lejanos, y por motivos urgentes, ni este gobierno ni el anterior lograron avanzar con sus reformas. Una de las trabas, antes de la crisis, se encontraba en la naturaleza del “ente” que administraría la cotización adicional. A los ojos del ciudadano medio, abrumado por la proximidad de su vejez, o derechamente por la necesidad, este debate político es sencillamente incomprensible.

Pero la crisis va mucho más allá de la política, es de las instituciones: la confianza se ha desplomado. De las 18 instituciones que el CEP mide periódicamente, nueve experimentaron caídas significativas en su nivel de confianza en el breve lapso entre 2014 y 2017; ninguna mejoró. La confianza en las Iglesias pasó de ser mayoritaria en 1998, a un 35% en 2008 y a solo 13% en 2018. Carabineros pasó de 54% de confianza en 2016 a 40% el año siguiente (ciertamente, de esto nos hemos acordado por estos días). Los medios de comunicación –radios, diarios y televisión– hicieron lo suyo, bajando todos sus niveles de confianza en torno a 20 puntos entre 2009 y 2017.

En suma, la crisis de confianza es generalizada. Todos los referentes, las instituciones con capacidad de sostener nuestras normas, de dirigir nuestras emociones, se han visto desprestigiadas: no queda títere con cabeza. Y esto, a diferencia de las injusticias, es un fenómeno reciente.

La crisis de confianza en las instituciones ha venido de la mano de un fuerte sentimiento anti-élite, el que, por cierto, se aviene muy bien con nuestra desigualdad endémica y con la falta de permeabilidad de los grupos dominantes. La élite, que ya era cerrada y desconectada, es ahora, también, considerada corrupta.

En algún sentido, este fenómeno no es exclusivo de Chile. El sentimiento anti-establishment ha prendido con fuerza en países como Italia, Brasil y, especialmente, en Estados Unidos, donde Trump hizo campaña prometiendo “secar el pantano”, en referencia a los políticos que viven en Washington DC.

Es llamativo que cuando se les pregunta a los chilenos cuán enojados se sienten cuando piensan en personas que ganan mucho, mucho más que el promedio, como hizo la última encuesta CEP, quien más les enoja es “un ministro”, mucho más que “un gerente de una gran empresa” o que “una persona que proviene de una familia rica”. Esta pregunta es reveladora, porque “una persona que inventó algo muy valorado por la gente”



25 de octubre, barricada en una de las salidas del metro Baquedano. Fotografía: Juan Cristóbal Lara.

casi no produce enojo y, aunque un poco más, “el mejor futbolista del momento” tampoco. Esto quiere decir que lo que enoja no es la desigualdad *per se*, sino la desigualdad en conjunto con una teoría de su origen, probablemente asociada a la idea de mérito. Y en este contexto, repito, para la gente el político merece menos que el heredero.

4. La desconfianza con la política y, más en general, con las instituciones como fuente de la crisis actual, nos pone en un terreno aún más complejo. No es casualidad que todavía no hayan aparecido liderazgos en el Gobierno ni en la oposición ni entre los manifestantes.

Si el problema fuese exclusivamente el de las injusticias y la desigualdad, sería quizás más fácil. Sin lugar a duda, la salida de la crisis deberá pasar por aumentar la redistribución, y quizás nunca había habido tanto consenso al respecto. Hay quienes creen que la solución requiere, también, de cambios estructurales a nuestro modelo económico y social. Me parece menos claro que ello sea una demanda mayoritaria. El segundo gobierno de Michelle Bachelet avanzó en esa dirección y la ciudadanía al poco andar le quitó el apoyo. Tanto así que en 2017, y aunque había en la papeleta más de una opción que ofrecía cambios estructurales, por segunda vez resultó electo Sebastián Piñera, hombre que probablemente encarnaba como nadie el modelo actual de desarrollo. Dirán, algunos, que se debe al voto voluntario, pero no es claro que existan diferencias relevantes en preferencias políticas entre votantes y no votantes (González y Herrera 2017). Y lo cierto es que cuando algo suficientemente grande está en juego, la gente acude a las urnas, como fue en 1989 (nada de esto implica, por cierto, que no debamos volver al voto obligatorio). Pero incluso si el deseo de cambiar

el modelo fuese profundo y mayoritario, cosa que solo podrá resolverse definitivamente mediante elecciones, ello puede ser menos desafiante que salir de la crisis de las instituciones.

La solución a esta crisis no puede sino venir del mundo político. Porque de lo contrario, ¿de quiénes podrá venir y bajo qué reglas? El mundo fuera de las instituciones, como es la calle, es un mundo donde gana el que grita más fuerte. Por supuesto, pueden (y deben) implementarse mecanismos amplios de participación ciudadana. Pero las decisiones solo pueden ser democráticas si se toman en un contexto institucionalmente normado. El desafío, entonces, es cómo la política, que es parte esencial del problema, se convierte ahora en su propia solución.

5. Aún no sabemos el origen del fuego, aún no conocemos sus razones. No sabemos, siquiera, si quienes lo encendieron creían saber lo que hacían. ¿En qué medida lo que vino después ha sido una respuesta al fuego y a su subsecuente caos, una reacción visceral desde el trauma, ante la revelación de la fragilidad de nuestro ordenamiento social? ¿Fue la herida del fuego la que nos hizo mirar nuestras otras heridas, la que nos hizo mirar las heridas ajenas, o fueron las heridas previas las que hicieron brotar el fuego? ¿Habría sucedido todo esto, si en nuestro mundo hubiera, todavía, confianza? ¿Son nuestras viejas injusticias las que condujeron al desprestigio de quienes nos gobiernan o es la desconfianza en nuestras élites la que terminó por deslegitimar las desigualdades sociales?

Me pregunto, ¿es posible que todo –el fuego y la calle; la injusticia y la desconfianza– provengan de una misma fuente? [S]

El colapso final de la Constitución de Pinochet

En menos de cuatro semanas, el pilar central erigido por el régimen militar para blindar el modelo económico terminó por caer. Restricciones a la sindicalización, prohibición de un sistema de reparto para pensiones y el ejercicio de un Tribunal Constitucional que opera como una “tercera” cámara legislativa –y no elegida por votación popular– son algunos de los amarres que a partir de ahora podrán ser discutidos en un proceso que comenzó la madrugada del viernes 15 de noviembre. Aunque todavía queda mucho paño que cortar, será la primera vez en la historia de Chile que una Carta Fundamental sea elaborada democráticamente.

POR JAVIER COUSO

A fines de octubre del 2019, el país fue sacudido por las manifestaciones más masivas –y más violentas– de los últimos 30 años. Si bien el detonante fue una alza en las tarifas del Metro de Santiago, a los pocos días las demandas de quienes protestaban se dirigieron contra distintos aspectos del modelo económico (el sistema de pensiones, de salud, de educación) y, finalmente, incluyeron la exigencia de una nueva Constitución.

Considerando que en los últimos tiempos los estallidos sociales han sido más o menos frecuentes en lugares tan diferentes como París, Beirut y Hong-Kong (sin que en ninguno de ellos la protesta se refiriera al cambio del orden constitucional), llama la atención que en Chile las manifestaciones de descontento hayan incluido este elemento algo abstracto para el ciudadano medio. Más allá de los factores que motivaron esto último, el hecho es que la demanda por una nueva Constitución se tornó tan estridente, que el

propio Presidente de la República sintió la necesidad de referirse públicamente a ella semanas después de iniciada la movilización social, cuando declaró –con cierta exasperación– que “en los países civilizados se discute dentro del marco de la Constitución; en los países inestables, se discute permanentemente sobre la Constitución”.

Contrastando con la sorpresa que reflejaban los dichos de Sebastián Piñera, para buena parte de los constitucionalistas la exigencia de una nueva Carta Fundamental era algo esperable, ya que muchos veníamos insistiendo desde hace más de una década que la Constitución de 1980 no solo exhibe serios problemas de legitimidad de origen –habiendo sido impuesta por la única dictadura criminal de la historia del país–, sino que, especialmente, porque en los últimos años el orden constitucional demostró ser un obstáculo para introducir cambios significativos a la radical variante de economía neoliberal que exhibe Chile.

El rol de la carta de 1980 como mecanismo de protección del modelo económico fue parte de un diseño introducido por el régimen militar para evitar que el retorno a la democracia se tradujera en un desmantelamiento del mismo. Como lo reconoció Jaime Guzmán en su artículo “El camino político”, publicado en el año 1979 por la revista *Realidad*, la aspiración de la Constitución era que “si llegan a gobernar los adversarios, se vean constreñidos a seguir una acción no tan distinta a la que uno mismo anhelaría, porque –valga la metáfora– el margen de alternativas que la cancha imponga de hecho a quienes juegan en ella, sea lo suficientemente reducido para hacer extremadamente difícil lo contrario”.

Es difícil encontrar una “confesión” más sincera respecto del objetivo de la Carta Fundamental introducida por la dictadura. En efecto, en lugar de representar un marco relativamente neutral para que el “juego” de la política democrática se desenvuelva libre y ordenadamente, Guzmán reconoció en ese escrito que el sentido de la Constitución de 1980 era servir de dique de contención ante el eventual triunfo político de sus adversarios.

La forma en que el orden constitucional autoritario buscó cumplir con el objetivo señalado fue, por una parte, mediante la incorporación de una serie de cláusulas que constitucionalizaron aspectos clave del modelo. Así, por ejemplo, el artículo 19, número 16, establece que “la negociación colectiva con la empresa en que laboren es un derecho de los trabajadores”, declaración que, *a contrario sensu*, desconoce el derecho de los trabajadores a negociar “por rama de actividad”, esto es, entre varias organizaciones sindicales y varios empleadores de un mismo rubro, práctica habitual en países como Alemania, los Países Bajos o Uruguay. De esta forma, la cláusula aludida constitucionaliza un aspecto crucial del denominado Plan Laboral que ideó el entonces ministro del régimen militar, José Piñera. En el mismo ámbito, otro pasaje del referido artículo 19, número 16, niega el derecho a huelga de los funcionarios públicos (“No podrán declararse en huelga los funcionarios del Estado ni de las municipalidades”), algo inusitado en la mayor parte de las democracias contemporáneas, y

que ha obligado a los trabajadores del sector público a recurrir al expediente de la huelga ilegal (con todos los problemas que ello les acarrea).

Pasando a la regulación del derecho a la seguridad social –también un aspecto central del modelo económico establecido durante el régimen militar–, la carta de 1980 constitucionaliza las administradoras privadas de fondos de pensiones (AFP), de modo que una completa eliminación de la administración privada de fondos de pensiones, a la manera de los sistemas de reparto que existen en varios países de la OCDE, sería inconstitucional.

Otro aspecto del modelo socioeconómico impuesto por el régimen autoritario

es el de los seguros privados de salud (Isapres). En efecto, considerando que el artículo 19, número 9, reconoce a las personas “el derecho a elegir el sistema de salud al que desee acogerse, sea este estatal o privado”, una ley que eliminara las Isapres de nuestro ordenamiento y optara, por ejemplo, por el sistema nacional de salud que exhibe el Reino Unido, sería inconstitucional, ya que colisionaría contra el derecho de las personas a elegir entre un sistema público o privado de salud.

En adición a las normas de la Carta Fundamental que constitucionalizan partes del modelo neoliberal, el Tribunal Constitucional (TC), mediante una jurisprudencia activista, ha desplegado un importante rol de protección del modelo a través de la declaración de

inconstitucionalidad de una serie de proyectos de ley aprobados por el Congreso Nacional que buscaban morigerar ciertos aspectos del modelo. Esta jurisprudencia es la que ha llevado a algunos autores a denominar a dicho tribunal como una “tercera cámara” legislativa, no elegida por sufragio universal. Entre otros, cabe mencionar la decisión número 3.016 del TC, que en el 2016 declaró inconstitucional el proyecto de ley que introducía la llamada “titularidad sindical”, con el objeto de incentivar la sindicalización en la fuerza laboral chilena. Otro caso paradigmático es la decisión número 4.012 del mismo Tribunal Constitucional, que en el 2018 declaró inconstitucional el corazón de un proyecto que fortalecía las facultades normativas, fiscalizadoras y sancionatorias del Servicio Nacional del Consumidor (Sernac). Finalmente, cabe destacar la

Antes del estallido social, el Gobierno anunció que solicitaría al TC la declaración de inconstitucionalidad de 17 proyectos de ley en trámite, incluidos el de tutela laboral, nulidad de la Ley de Pesca y el proyecto que buscaba reducir la jornada laboral a 40 horas.

sentencia número 3.312 del TC, que declaró inconstitucional una norma de un proyecto aprobado por el Congreso en el 2018, que prohibía a los controladores de universidades privadas perseguir fines de lucro.

Es, por supuesto, imposible incluir en un ensayo de esta naturaleza todos los proyectos de ley que, habiendo sido aprobados por el Congreso, fueron luego declarados contrarios a la Constitución por el Tribunal Constitucional. Dicho esto, es bueno recordar que –solo unas semanas antes del estallido social, en septiembre pasado–, el asesor constitucional del Presidente Piñera, Gastón Gómez, anunció por la prensa que el Gobierno solicitaría al TC la declaración de inconstitucionalidad de 17 proyectos de ley en trámite, incluidos el de tutela laboral, el de nulidad de la Ley de Pesca y el proyecto que buscaba reducir la jornada laboral a 40 horas. Sobre este último, aún después de las masivas y persistentes protestas de estas semanas, el Presidente de la República insistió en su –supuesta– inconstitucionalidad, agregando una frase que, irónicamente, reforzó la noción de que existía un nexo entre demandas ciudadanas y el orden constitucional vigente: “Tenemos que respetar la Constitución”.

En los días siguientes al estallido social, no bien aparecieron las primeras voces planteando la necesidad de reactivar el proceso dirigido a introducir una nueva Constitución, para contribuir a descomprimir un factor relevante de la crisis social que afecta al país, importantes actores políticos y gremiales cercanos a la derecha, así como algunos intelectuales conservadores, comenzaron a plantear fuertes objeciones a la sola idea de una nueva Constitución.

En efecto, mientras algunos plantearon que un cambio del orden constitucional distraía de las “verdaderas” demandas sociales de las personas, otros enfatizaron que la propia noción de una nueva Constitución representaba una suerte de fetichismo. También hubo quienes arguyeron que, dada la convulsión social que experimenta el país, no era el momento oportuno para embarcarse en un proceso constituyente –argumento que contrasta severamente con el que se ofrecía cuando (en el 2014) la Presidenta Bachelet propuso lo mismo, esto es, que dado que no existía crisis en el país, no se entendía para qué cambiar la Carta Fundamental.

Otra línea argumental sostuvo que, dado que la administración Piñera fue elegida hace solo dos años –con un programa que no incluía una nueva Constitución–, exigirle que se embarcara en esa dirección atentaba contra la propia institucionalidad democrática, argumento que omitía recordar que en esos mismos comicios los electores eligieron a partidarios de una nueva Carta Fundamental para que controlaran el Congreso Nacional y, lo que es más importante, que cuando Bachelet ganó las elecciones presidenciales (en

el 2013) con un programa que incluía prominentemente el introducir una nueva Constitución, los partidos de la derecha –que estaban en minoría en el Congreso– bloquearon el camino para que ella cumpliera con esa parte de su mandato.

Finalmente estaban los que apuntaban al hecho de que, como la Constitución ha recibido tantas reformas en los últimos 30 años, sería en efecto una carta muy distinta a la introducida por la dictadura, subrayando que, a propósito de una de esas reformas, el expresidente Ricardo Lagos llegó incluso a hablar de la “Constitución de 2005”, línea argumental que ocultaba que, si bien es efectivo que la carta de 1980 ha recibido numerosas reformas, todas y cada una de ellas representaron graciosas concesiones de los herederos políticos del régimen militar (la UDI y Renovación Nacional), partidos que fueron sumamente cuidadosos en preservar los mecanismos que aseguraban que el modelo económico no fuera significativamente alterado.

Más allá de los argumentos a favor (o en contra) de iniciar un proceso de cambio constitucional, al cumplirse tres semanas del estallido social Piñera finalmente se allanó a iniciar un proceso constituyente. Luego de que solo unos días antes había insistido ante la prensa nacional y extranjera en la tradicional estrategia de la derecha de realizar reformas constitucionales puntuales y sucesivas a la Carta Fundamental, el Presidente finalmente “capituló”, dando paso a una rápida sucesión de eventos, que culminaron en una maratónica jornada de negociaciones en que un amplio arco de partidos políticos (desde la UDI hasta sectores del Frente Amplio) acordaron avanzar hacia una nueva Constitución. El acuerdo, que fue transmitido en vivo por la televisión abierta (mostrando a un grupo transversal de parlamentarios enfrascados en la más dramática sesión de que se tenga memoria), se materializó en una declaración que inauguró un proceso constituyente cuyo hito inicial tendrá lugar en abril de 2020, con un plebiscito en que se consultará a la ciudadanía si quiere (o no) una nueva Carta Fundamental y, también, si opta por una Convención Constitucional enteramente elegida para elaborar una nueva carta, o bien una Convención Mixta Constitucional, integrada en partes iguales por miembros del actual Congreso y representantes elegidos al efecto.

Si bien el anuncio de proceso constituyente no se ha traducido, al momento de redactar este ensayo, en el fin de la agitación social –y nada indica que será suficiente por sí solo para provocarlo–, la Constitución de 1980 parece destinada a desaparecer. Solo el tiempo dirá cuándo y cómo –estas semanas hemos aprendido que todo es más incierto en la arena política–, pero cuando ocurra estaremos, por primera vez en la historia de Chile, ante una Carta Fundamental elaborada democráticamente. Algo impensado hace un par de meses. [S]

¿Cómo llegamos aquí y cómo salimos?

Aunque existía abundante evidencia respecto de la precariedad que afecta a las personas, la magnitud de la crisis social no estaba en el radar de nadie. Es evidente que hoy no existe una receta única que resuelva la tríada entre una protección social efectiva, economía exitosa y cuidado del medioambiente que asegure las condiciones para que las próximas generaciones vivan en una sociedad justa, inclusiva y ambientalmente sustentable. Hay medidas que requieren días, otras meses y algunas tomarán años. Y quizá la de mayor aliento sea recuperar la confianza perdida en las instituciones.

POR MARCELA RÍOS

Las voces de millones de mujeres y hombres a lo largo de Chile han sido elocuentes durante las últimas semanas; hablan de desigualdad, inseguridades y miedos, expresan sentimientos de frustración y dan cuenta de experiencias de maltrato y abuso. Pero también hablan de esperanza, demandas, propuestas y expectativas. La masividad y creatividad, pero también la violencia ocurrida durante este estallido social –sin precedentes desde el retorno de la democracia– ha sorprendido a la institucionalidad política y al mundo.

Esta sorpresa no se da porque no existiera evidencia respecto de las precariedades que enfrentan las personas. La hay, y mucha, desde hace años. Sin embargo, hasta ahora nada permitía predecir que aquello que alguna vez el PNUD diagnosticó como un *malestar difuso* (Informe sobre Desarrollo Humano 1998) y que se transformaría con el correr de los años en un *malestar activo* (IDH 2015), daría paso a diversas expresiones de acción colectiva como las observadas a lo largo del país en las últimas semanas. Mucho menos se podía prever cuándo ocurriría. Octubre de 2019 marcará un antes y un después para la democracia chilena.

En una publicación de 2017, *Desiguales*, mostramos* que Chile se ha caracterizado históricamente por una alta desigualdad y concentración de ingresos, y que además existen otras desigualdades que son fundamentales para comprender lo que ocurre hoy: en 2016, por ejemplo, un 41% de las personas declaraba haber recibido malos tratos durante el último año. Un 46% creía que el maltrato recibido se debía a su clase social. Un 41% de las mujeres creía que se debía al hecho de ser mujer. Además del trato, se mostraba que las desigualdades que más molestan son aquellas que se dan en salud y educación: casi un 70% de la población consideraba que es *injusto* que quienes pueden pagar más tengan acceso a mejores servicios en estas áreas.

* La autora forma parte del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en Chile (PNUD), junto con Matías Cociña, Sebastián Madrid, Maya Zilveti y Raimundo Frei.

Por otra parte, durante las últimas décadas la percepción subjetiva de seguridad frente a amenazas como la pérdida del trabajo, problemas de salud, la delincuencia o la pérdida de ingresos en la vejez, no ha mejorado al mismo ritmo que el bienestar material o la reducción de la pobreza. Si bien Chile ha avanzado en variables clave del desarrollo en el último cuarto de siglo, el país no ha logrado hacerse cargo de la sensación de vulnerabilidad. El descontento de las personas no es solo por los bienes y servicios a los que no pueden acceder, sino también por la forma en que son tratados y las inseguridades que genera un sistema de previsión social donde la calidad del servicio depende del lugar en la estructura socioeconómica y no de la condición de ciudadanía.

Las causas del descontento social no se encuentran únicamente en las condiciones materiales o subjetivas de la desigualdad. Están, además, íntimamente ligadas a la evaluación de las instituciones políticas. Nuestra serie de encuestas (2008–2018) y estudios de Auditoría a la Democracia (2014), revelan una baja sostenida en la confianza en todas las instituciones y una evaluación negativa del funcionamiento del sistema político. En efecto, tres de cada cuatro personas declaraban en 2018 no confiar en ninguna de las cuatro instituciones que dan sustento al régimen democrático: Gobierno, partidos políticos, Congreso y tribunales de justicia.

Los datos muestran, y así lo han confirmado las movilizaciones recientes, que esta desconfianza poco tiene que ver con la tesis de la “apatía”, que se enarbó durante la década de los 90. Las personas sí tienen interés por lo público, pero se observa que se ha venido produciendo un proceso de politización desarticulado o fragmentado: no todos los sectores se movilizan por lo mismo o de una sola manera. De hecho, hoy hay más participación en actividades políticas que hace una década, pero aumentan quienes no se identifican con partidos políticos (74%) o con una posición en el eje izquierda-derecha (55%). Por otra parte, crece la participación en manifestaciones en el espacio público o a través de las redes sociales, aumentando la aceptación de distintas formas de expresión política, incluyendo las de carácter disruptivo, mientras disminuye la participación electoral (de un 87% de la población en edad de votar en la elección de 1989, a un 53% en la de 2017). Es decir, no solo más personas tienen cosas que decir sobre los asuntos públicos, sino que más personas se expresan a través de distintos tipos de acciones políticas; la mayoría en espacios extrainstitucionales.

El panorama actual es incierto. No se observa una salida clara. La violencia desatada no proviene de una sola fuente ni tiene una explicación única. La baja en la confianza en las instituciones se extiende a las instituciones económicas, fuerzas del orden y eclesiales. Las élites en su conjunto se ven desafiadas por un movimiento que no tiene interlocutores evidentes ni un solo petitorio de demandas. La ruptura entre ciudadanía y élites se

puede haber exacerbado durante estas manifestaciones, impactando a su vez la propia legitimidad del orden democrático.

El Chile del mañana tendrá que necesariamente enfrentarse a tres preguntas: ¿Cómo encontrar un diálogo y acuerdos? ¿Qué modelo de desarrollo se requiere para lograr sostenibilidad social, económica y ambiental? ¿Cuánto tiempo demorará el país en alcanzar los cambios requeridos para disminuir la sensación de injusticia, abuso e inseguridad?

La primera pregunta requiere que todos los grupos sociales y políticos estén dispuestos a dialogar y consideren todas las alternativas disponibles. La experiencia internacional ofrece diversas alternativas de democracia directa –plebiscitos y referéndums–, así como mecanismos de reforma constitucional (ver informe del PNUD: Mecanismos de Cambio Constitucional en el Mundo). No obstante, esto no puede hacerse a costa de grupos que se sientan excluidos del proceso. Cualquier solución, para ser legítima, debe aunar más que alejar posiciones y, sobre todo, incluir decididamente a la ciudadanía.

La segunda pregunta es más compleja. No existe una solución única en el mundo que resuelva adecuadamente la tríada entre una protección social efectiva, economía exitosa y cuidado del medioambiente, que asegure las condiciones para que las próximas generaciones vivan en una sociedad justa, inclusiva y ambientalmente sustentable. Ciertos modelos de protección social tienen como base economías muy diferentes a la chilena, y cambiar la estructura productiva de un país no se hace de la noche a la mañana, ni menos por decreto. Será necesario repensar las reglas fiscales y los mecanismos de redistribución. En ese proceso, se debe incluir tanto a empresas como a trabajadores, para que sean partícipes de las soluciones. Una sociedad más justa debe conjugar crecimiento con trabajos y sueldos dignos, sin abandonar como horizonte normativo la igualdad de género y territorial. Esto incluye repensar las actividades productivas en las denominadas zonas de sacrificio y la experiencia de injusticia de las personas que viven en ellas.

Es urgente debatir sobre los tiempos requeridos para alcanzar los cambios demandados. El estallido social exige cambios inmediatos, pero no todas las soluciones son factibles de implementar en el corto plazo. Hay medidas de políticas públicas que requieren días, otras meses y algunas años. Aumentar la pensión solidaria puede tomar algunas semanas, una asamblea constituyente un par de años, recuperar la confianza perdida en las instituciones o tratarnos dignamente unos a otros probablemente requiere un horizonte de largo plazo. En cualquier caso, una función básica de la política es ofrecer un marco temporal donde se establece el ritmo de los cambios, asegurando el respeto de los derechos humanos. La sociedad ya está politizada, ahora es necesario que las instituciones políticas muestren salidas, con horizontes realistas y que asuman que Chile cambió. [S]

Más preguntas que certezas

El “Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución”, firmado a mediados de noviembre, fue una buena noticia, tanto por la forma como por el fondo de lo allí pactado. Sin embargo, sabemos que una Constitución no garantiza necesariamente un bienestar material inmediato, por mucho que ella fije los precios, enfatice la distribución de la riqueza y fortalezca los derechos sociales. Para ello se necesita un Estado con dinero; dinero que proviene de los impuestos, sí, pero también de una economía vigorosa y expansiva.

POR JUAN LUIS OSSA SANTA CRUZ

A las 22 horas del viernes 18 de octubre tomé un avión desde Londres a Santiago. La última vez que chequeé mi celular –a las 17 horas de Chile–, comprobé que las evasiones del metro continuaban, pero reconozco que nada me hizo pensar que ellas derivarían en lo que ahora todos sabemos: saqueos, incendios, marchas, militares en las calles, Estado de emergencia, toques de queda, cambio de gabinete, suspensión del APEC/COP25 y un largo etcétera. Al aterrizar, me encontré con unos 150 mensajes de WhatsApp, cuyos tonos iban de un extremo político al otro, sin intermediarios o voces que llamaran a la moderación. Pronto entendería que la polarización de mi teléfono era, también, la polarización del país.

Los videos enviados por conocidos mostraban escenas escabrosas sobre los vagones quemados en el Metro, al tiempo que los primeros análisis sobre el origen del conflicto comenzaban a circular por los portales de internet. Por mi parte, más de un mes después sigo sin entender muy bien qué es lo que está ocurriendo, ni menos por qué una movilización supuestamente focalizada devino en la manifestación de descontento más multitudinaria que recuerde la

historia de Chile de los últimos (¿40? ¿30?) años. Dos cosas, sin embargo, tengo claras desde ese sábado en la mañana: los conceptos que por décadas hemos utilizado para estudiar los “movimientos sociales” se quedan cortos para comprender un fenómeno que, a decir verdad, va mucho más allá de nuestras fronteras. Por otro lado, y a pesar de que a estas alturas suene evidente, lo que hemos vivido desde entonces es una transformación de nuestra convivencia política.

La historia enseña con razón que los diagnósticos y soluciones salidos a la luz durante o inmediatamente después de una crisis de esta naturaleza no solo suelen caer en la trampa del presentismo, sino en las soluciones rápidas y el diagnóstico apresurado. De que existe un descontento generalizado con el “modelo” implementado en la dictadura y reforzado fuertemente durante los gobiernos democráticos (incluidos los de Michelle Bachelet, en especial en su primer mandato) es tan obvio que no merece mayor cuestionamiento. El problema es que todavía no sabemos a qué nos referimos exactamente cuando hablamos de “modelo”. Para ordenar el análisis se pueden distinguir al menos tres tipos de actores.

En primer lugar, tenemos a la izquierda –o más bien a la parte de ella que ha ido ganando preponderancia– cuya preocupación principal era, hasta antes del 18 de octubre, el lenguaje inclusivo y el daño al medioambiente provocado por corporaciones extranjeras. Me pregunto, no obstante, hasta qué punto dichas demandas conectan verdaderamente con el corazón de las protestas en Chile. Las consignas contra las AFP, las Isapres y las colusiones están mucho más ligadas a necesidades materiales concretas, y refieren a esa nada despreciable cantidad de individuos y familias que no cuentan con lo suficiente para llegar a fin de mes. De ese modo, si en el siglo XX el movimiento obrero entendió que la lucha por la hegemonía pasaba por revertir las condiciones materiales en las que vivía el proletariado, gran parte de la actual izquierda está más concentrada en asuntos que, a mi juicio, los ciudadanos de a pie consideran poco relevantes.

Esta desconexión de la izquierda podría explicar la fisonomía pluriclasista de las protestas iniciadas en octubre. Tanto los sectores populares como las distintas capas de las clases medias (nótese el plural) enfrentan situaciones similares: el endeudamiento, la carestía de los medicamentos, las alzas del transporte público, la inflación subterránea que día a día nos recuerda que Chile es un país muchísimo más caro de lo que era hace cinco años. En todos esos casos, insisto, son las necesidades materiales básicas las que están en juego, y es allí donde las izquierdas deberían concentrarse si de verdad quieren salir del atolladero. ¿Una nueva Constitución? El “Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución” firmado a mediados de noviembre fue una buena noticia, tanto por la forma como por el fondo de lo allí pactado. Sin embargo, sabemos que una Constitución no garantiza necesariamente un bienestar material inmediato, por mucho que ella fije los precios, enfatice la distribución de la riqueza y fortalezca los derechos sociales. Para ello se necesita un Estado con dinero; dinero que proviene de los impuestos, sí, pero también de una economía vigorosa y expansiva.

Ahora bien, la obsesión de algunos sectores de derecha –el segundo actor– en cuanto a que el

crecimiento económico soluciona las deficiencias e injusticias del “modelo” es sesgada y simplista. En efecto, el empresariado y los tecnócratas que reniegan de la política han olvidado los dos principios fundamentales de un capitalismo en forma y dinámico: la inexistencia de privilegios y la competencia leal. Si la colusión es un mecanismo monopólico en el que se refugian unos pocos privilegiados, el pago a 60 días es, a su vez, un abuso flagrante que cometen los grandes contra los pequeños y medianos. En ello no hay nada que nos recuerde a Adam Smith; muy por el contrario, hay un capitalismo irresponsable y anticompetitivo, que se parapeta en un discurso antiestatal por

considerar que cualquier tipo de regulación va en contra del crecimiento económico. Como bien ha demostrado la historia política, cuando el Estado actúa imparcialmente –fiscalizando las industrias monopólicas y subiendo la carga impositiva si esta no alcanza para cubrir los gastos a los que día a día se enfrenta una sociedad moderna– puede transformarse en el mejor garante de la libertad.

Porque detrás de esto hay también una muy baja comprensión sobre las distintas tradiciones de eso que denominamos liberalismo. Gran parte de la derecha se tragó la idea de que para ser “liberal” bastaba con el *laissez faire* de los 90; que lo

verdaderamente relevante era que el país creciera lo más posible, sin importar los efectos sociales de una economía desregulada. En Chile se han hecho esfuerzos para fiscalizar más y de mejor manera (la Fiscalía Nacional Económica, el Sernac y el Tribunal de Defensa de la Libre Competencia son tres buenos ejemplos de cómo una economía puede, sin dejar de ser capitalista, mejorar sus estándares competitivos). Pero todavía falta mucho para que las élites económicas del país comprendan que el Estado puede ser, en ciertos casos aún más palpables que los anotados, el principal defensor de la libertad individual. Por de pronto en todo lo que dice relación con la igualdad ante la ley y el emparejamiento de la cancha.

¿Y qué decir del tercer actor, esto es, los millones que han marchado a lo largo de todo Chile? ¿Puede hablarse de un estallido “populista”? Como decía al

Si en el siglo XX el movimiento obrero entendió que la lucha por la hegemonía pasaba por revertir las condiciones materiales en las que vivía el proletariado, gran parte de la actual izquierda está más concentrada en asuntos que, a mi juicio, los ciudadanos de a pie consideran poco relevantes.



21 de octubre, el primer lunes de movilizaciones. Fotografía: Juan Cristóbal Lara.

principio, las definiciones conceptuales conocidas no dan cuenta de la multiplicidad de elementos detrás de estas movilizaciones, las que, lejos de ser orgánicas, mezclan muchos y muy diversos puntos. La política chilena de hoy es un enigma y no es claro quién o quiénes reeditarán de todo lo que está aconteciendo. Ni la CUT ni el Frente Amplio ni el Partido Comunista (para no hablar de la antigua Concertación y la derecha tradicional) debieran rentar de las movilizaciones; de hecho, todos esos actores son, lo acepten o no, parte del establishment al que ese un millón 200 mil personas censuraron fuertemente en la marcha del viernes 25 de octubre. Pero precisamente por lo inorgánico de su conformación es que no es posible catalogar lo que está ocurriendo en Chile bajo el concepto de “populismo”. No hay un líder claro, el petitorio y

la lista de quejas es amplia y en extremo heterogénea. Tan amplia y heterogénea (y pluriclasista), que la definición convencional de “lucha de clases” tampoco parece correcta para arrojar luz sobre la materia.

Todo esto quiere decir que el tiempo de los análisis estructurales corre por un carril distinto al del evento coyuntural. Los remedios más urgentes –orden público y medidas efectivas para cubrir las necesidades de los chilenos– requieren de mucha negociación política, la cual debe ser canalizada mediante mecanismos lo más representativos posibles, con todos los sectores sentados a la mesa e incluso abriéndose a que espacios informales tengan grados más altos de participación. Todavía está por verse, no obstante, si una reforma del sistema político y económico bastará para salir de la crisis. Más preguntas que certezas. [S]

Te bautizo en nombre del diablo

POR MANUEL VICUÑA

En algún momento de la Edad Media, alguien punzó la cabeza de un cachalote y, en retorno, obtuvo la emanación de esperma, ese aceite ceroso parecido al semen, que siglos más tarde, convertido en velas, alumbraría las noches de las ciudades y los pueblos. La matanza de ballenas impulsó la expansión del capitalismo, diversificando los bienes de consumo, y ayudó a poner en movimiento el mecanismo de la Revolución Industrial. El aceite se utilizaba en la producción de medicamentos, pinturas, fertilizantes, jabones y betunes. A su tiempo, también sirvió para engrasar las máquinas a vapor. Las barbas de la ballena azul se usaban para hacer corsés y encordar raquetas de tenis. De esa “fuente de progreso” manó la primera generación de fortunas industriales de Estados Unidos.

En la jerarquía de los carnívoros, ningún dinosaurio superó en tamaño y voracidad al cachalote. Enfrentarlo en un ligero bote ballenero (seis tripulantes, un arpón de hierro, un balde con una cuerda humedecida de kilómetro y medio para retener la presa evadida a las profundidades, y una lanza para hincarle en el costado, junto a la aleta izquierda, hasta herir el corazón y los pulmones), quizá haya sido la proeza más demente del hombre, tan fascinado como soberbio ante la majestad de la Naturaleza encarnada en una bestia grácil de 50 toneladas.

Los balleneros empezaron a faenar en la zona del Cabo de Hornos alrededor de 1790, para compensar la merma brutal de la población de cachalotes del Atlántico norte y de Groenlandia, luego de arponearlos a destajo. Los patrones de las compañías pesqueras devoraban los relatos de los expedicionarios de los mares australes en busca de islas, canales, estuarios, bahías y estrechos en cuyas aguas todavía pululaban las ballenas confiadas que nadaban sobre sus lomos, batían sus aletas y saltaban y resoplaban junto a los barcos, salpicando la cubierta. Antes de 1800, una plaga de barcos británicos se adentró en el Atlántico sur, para seguir la ruta del Pacífico en procura de las codiciadas ballenas, reventando a sus tripulaciones, si era necesario, con tal de darles caza. A la vuelta de los años, cientos de balleneros llegaron arponeándolas hasta las costas de Australia, Tasmania, Nueva Zelanda e incluso Japón. En ese entonces, el Cabo de Hornos era conocido como el “cementerio de los barcos a vela”. En invierno, solo cuatro horas de luz, el azote del hielo en la cara y el bramar de las olas espantando el sueño. Las ropas, siempre menos de las necesarias, se congelan. Cualquier movimiento es seguido de las magulladuras que produce el roce con el hielo. Los hombres caen en tal estado de abatimiento, que los capitanes a veces gritan las órdenes con una pistola cargada en cada mano.

En tiempos de Herman Melville, la flota ballenera más numerosa del mundo operaba en los puertos de Nueva Inglaterra. A lugares como New Bedford, trono de los magnates cuáqueros, fluían, de todos lados, los

enemigos del Leviatán. El ardor religioso de los grandes patrones de la industria impregnó de tonalidades teológicas el oficio, haciendo de la ballena una manifestación del Mal. El capitán Ahab se hizo eco de esa idea cuando llamó a Moby Dick el “escurridizo gran demonio de la vida de los mares”. En New Bedford, los gringos, los blancos, podían ser minoría en esa época, el *boom* de mediados del siglo XIX. Indígenas, nativos de las islas Azores, de Cabo Verde o de Nueva Guinea, se codeaban en los muelles con los negros fugados del sur esclavista, que se lanzaban al mar tras la sensación de libertad, para descubrir en el barco errante otro cautiverio, otro trabajo embrutecedor y otra tiranía, ya no la del capataz, sino la del capitán. El oficial Owen Chase, sobreviviente del Essex, un barco hundido por un cachalote que hizo historia, retrató a los balleneros de la época como “ermitaños del mar” en busca de olvido, gloria y riqueza “al borde del abismo”. En *Moby Dick*, Melville habla de la “carne pagana” de los balleneros, de caníbales y salvajes dispuestos a perseguir por aguas cálidas y gélidas, por los océanos Atlántico, Pacífico e Índico, a un monstruo capaz de sumergirse varios kilómetros en persecución de calamares. Las travesías arrebataban la vida

de hombres que practican la devoción y la blasfemia, e invocaban, en los momentos de mayor peligro, a todos los dioses del panteón de náufragos; hombres tatuados que aplacan el sopor de las semanas sin avistamientos tallando dientes de ballena con imágenes sobre la épica del arponero, o adornándolos con cuerpos de mujeres de ensueño, figuras idealizadas de las putas que los esperan en los puertos. Allí también los esperan las esposas, las “viudas”, como les dicen, porque sus maridos se pasan la mayor parte del tiempo ausentes, navegando en el otro extremo del planeta. Las “viudas” sin vocación de santas se entregan al opio y maniobran un consolador de yeso bautizado “él-está-en-casa”.

Los balleneros contemporáneos de Melville aseguraban que los cachalotes machos (varios con cicatrices y lanzas y arpones clavados en recuerdo de batallas anteriores) disminuían en número a la par que crecían

en espíritu vengativo, como si la memoria de la sangre derramada (“¡fuego en la chimenea!”, gritaban los cazadores, cuando la sangre por fin saltaba del surtidor) hubiese torcido su conducta. En ese entonces ya se hablaba de una “guerra de exterminio” peleada con manía, pavor y codicia. El instinto gregario de los cachalotes coincide con el de los elefantes, y eso los volvió más vulnerables: las hembras y las crías huían cuando se atacaba a los machos, pero en la situación inversa, toda la manada regresaba a prestar auxilio a las hembras y las crías, lo que facilitaba la masacre.

Melville escribió *Moby Dick* a partir de su experiencia a bordo del Acushnet (por todo equipaje, una camisa de franela y dos pantalones de lona), rematada

con lecturas sobre los gajes del oficio. Testimonio tras testimonio, la misma historia: ballenas que embisten barcos y hunden o reducen los botes a astillas, masticándolos o azotándolos con la cola, cuyo golpe, tan fulminante como la ira divina, era conocido como la “mano de Dios”. Para darle vida a la Ballena Blanca, Melville no solo se inspiró en el cachalote que hundió de un cabezazo al Essex; tanto o más determinante resultó la historia del cachalote llamado Mocha Dick, porque su primer ataque a un bote ballenero sucedió cerca de

la isla Mocha, frente a las costas de Arauco, en torno a 1810. En 1859, al momento de morir con los pulmones perforados por un ballenero sueco, Mocha Dick tenía a su cuenta la muerte de 30 hombres, si no más, y 19 arpones clavados en una piel surcada de cicatrices.

Melville decía que la Ballena Blanca era el monstruo más terrible en sobrevivir al Diluvio. Al principio quiso crear un *bestseller*, pero mientras avanzaba, enajenado por la intensidad de la escritura, le confesó a Hawthorne, a quien dedicaría la novela, que el motivo secreto del libro era: *Ego no baptizo te in nomine patris, sed in nomine diaboli*. “No te bautizo en el nombre del Padre, sino en nombre del Diablo”. Después que Hawthorne leyera el libro, le diera su bendición y exteriorizara todo el poder alegórico de la historia, Melville respondió: “He escrito un libro impío y me siento tan inmaculado como el cordero”. [S]

En la época de Melville ya se hablaba de una “guerra de exterminio” peleada con manía, pavor y codicia. El instinto gregario de las ballenas coincide con el de los elefantes, y eso las volvió más vulnerables: las hembras y las crías huían cuando se atacaba a los machos, pero en la situación inversa, toda la manada regresaba a prestar auxilio a las hembras y las crías, lo que facilitaba la masacre.

El difícil regreso de la política

En su último libro, el sociólogo Carlos Ruiz Encina invita a tomar distancia de la creencia, presente en gran parte de la izquierda latinoamericana, de que hasta los años 60 estábamos en un paraíso que fue arrebatado por las dictaduras militares. Muy por el contrario, arremete contra la Cepal, que no entendió la dimensión de las crisis sociales, y luego contra el “progresismo neoliberal” encarnado por Ricardo Lagos. ¿Qué camino debe seguir la izquierda? Ruiz no da recetas, pero plantea ideas sugerentes, y la primera de ellas pasa por aumentar la deliberación y lo público (distinto al Estado), justamente aquello que el neoliberalismo más ha erosionado.

POR DANIEL MANSUY

■ Qué significa ser de izquierda hoy? Quizás el principal mérito del último libro de Carlos Ruiz –*La política en el neoliberalismo. Experiencias latinoamericanas*– es su capacidad para formular esta pregunta sin caer en facilismos ni contemplaciones: la izquierda está profundamente extraviada, pues no ha emprendido un esfuerzo riguroso por comprender las coordenadas del mundo actual. No debe extrañar, entonces, que carezca de respuestas políticamente operativas. La convicción inicial es que la izquierda no tendrá nada parecido a un programa, mientras no haya trabajado en torno a una comprensión específica de la realidad. Después de todo, una acción política digna de ese nombre debe estar precedida por una reflexión a la altura de los desafíos.

Para Ruiz –acaso el intelectual orgánico más relevante del Frente Amplio–, toda composición de lugar debe partir admitiendo un hecho macizo: aquello

que el libro llama neoliberalismo ha penetrado todos los aspectos de nuestras vidas. Ruiz entiende por neoliberalismo aquella doctrina que busca poner al mercado en el centro de la vida humana, relegando a un segundo plano la política, entendida como “espacio de deliberación”. El principal riesgo para la izquierda pasa por actuar como si este proceso fuera superficial o fácilmente reversible: el neoliberalismo lo ha modificado todo, redefiniendo incluso las condiciones de la lucha política. Dicho en términos clásicos, las condiciones objetivas son neoliberales.

A ojos de Ruiz, este hecho importa consecuencias relevantes. Por de pronto, la izquierda debe abandonar definitivamente la repetición mecánica de recetas añejas que corresponden a otro mundo. Si la izquierda ha sido siempre una *praxis*, entonces no puede desentenderse de la realidad. Por otro lado, el diagnóstico deja también una tarea intelectual de primer orden:



Detalle de la obra *The Village Politicians* (C. 1860), de Sir David Wilkie

examinar con cierto detalle el proceso de instauración del neoliberalismo. La reflexión no es fácil, pues esa explicación no puede reducirse a repartir culpas ajenas. Si la doctrina neoliberal ha tenido éxito –aunque fuera relativo–, se hace urgente conocer las causas profundas que lo hicieron posible.

En este contexto, ampliar la mirada hacia América Latina resulta iluminador pues, a diferencia de Chile, en otros países de la región el neoliberalismo no siempre llegó de la mano del autoritarismo. Esto implica, además, que el manejo económico de nuestra transición no se explica solo por los enclaves autoritarios. La pregunta subyacente es particularmente heterodoxa: ¿qué había en el desarrollismo latinoamericano que permitiera el posterior auge neoliberal? ¿En virtud de qué mecanismos se produjo ese proceso?

En este punto, Ruiz pone sobre la mesa varios factores a tener en cuenta. Hay, por ejemplo, una crítica

severa del estructuralismo de la Cepal. Según Ruiz, esta aproximación fue incapaz de considerar las especificidades propias de nuestra región y, en particular, de sus dinámicas políticas. Ruiz sugiere que la Cepal ejerció una especie de colonialismo doctrinario. El esquema era tan ciego a las particularidades locales que, a fin de cuentas, no logró conducir el proceso, pues algunos elementos centrales fueron sistemáticamente ignorados. La crítica implica tomar distancia de un tótem sagrado para buena parte de nuestra izquierda, que suele ver en los años 60 un paraíso arrebatado por los militares.

Asimismo, Ruiz se aleja del determinismo económico tan propio de cierta izquierda. El desarrollismo cepaliano fracasó porque en América Latina no solo había estructuras –y dominaciones– económicas en acción, sino procesos políticos dotados de especificidad y de autonomía. Guste o no, ese fracaso está en

el origen del neoliberalismo, en la medida en que las crisis sociales fueron cada vez más difíciles de procesar, pues no respondían a los esquemas preconcebidos desde fuera. Ruiz se acerca a las tesis desarrolladas por Pedro Morandé, aunque este último pone el énfasis en los aspectos culturales más que en los políticos.

Ahora bien, tras la caída del Muro de Berlín y la instauración del neoliberalismo, la izquierda intentó acomodarse a la nueva realidad. Ruiz acuña aquí el concepto de “progresismo neoliberal”, para dar cuenta de este fenómeno: la Tercera Vía noventera asumió para sí los principios de la economía liberal, renunciando a luchar contra ella. Como podría esperarse, Ruiz es sumamente crítico de este proceso. Lagos, por ejemplo, habría consagrado “el giro neoliberal”, al abrir los mercados y aumentar el peso de los grandes grupos económicos. Ruiz está en pleno acuerdo con la frase de Arnold Harberger, el célebre economista de Chicago que declaraba que su mayor triunfo no había sido la adopción de principios liberales por la dictadura, sino la prolongación de esas políticas por la Concertación. En cualquier caso, para Ruiz la conclusión de su análisis de tres casos (Chile, Argentina y Brasil) es claro: “El ciclo progresista latinoamericano ha fracasado como alternativa a las distintas variantes de neoliberalismo”.

Para salir de este atasco, Ruiz no propone tanto una receta –que no la hay– como un método. La tesis puede describirse como sigue. Una de las principales características del neoliberalismo es que tiende a horadar la instancia política y deliberativa, al privilegiar la dimensión económica. Por lo mismo, según Ruiz, en el mundo actual languidecen “las ideas de polis, de sociedad, de Estado nación, de comunidad socio-histórica”. La propuesta pasa entonces por ensanchar la política, para que prime la deliberación sobre las lógicas económicas (y es lo mismo que ha estado remarcando tras el estallido social). No se trata, y en este punto Ruiz es enfático, de volver a la polaridad Estado-Mercado, pues la esfera pública no se identifica con el aparato burocrático.

La tesis de Ruiz es sugerente y posee argumentos a su favor: el despliegue del mercado como ámbito privilegiado de relaciones humanas va en desmedro de la sede política, tendencia que se acentúa en este contexto de globalización. Sin embargo, la rehabilitación de la política tiene dificultades objetivas para ser asumidas desde la izquierda, dificultades que Ruiz no parece advertir del todo. La primera de ellas guarda relación con la idea de historia. El hombre de izquierda cree que, tarde o temprano, se abrirán las grandes alamedas, y que el futuro resolverá el enigma humano. Estar del lado del progreso implicaría estar del lado correcto de la historia. Para percatarse, basta escuchar algunas canciones de Silvio Rodríguez –“Al final de este viaje” o “La era está pariendo un corazón”–, que retratan magistralmente ese sentimiento. Sin

embargo, atribuirle relevancia a la sede política implica asumir el carácter contingente de nuestras decisiones: si se quiere, la política es el último foco de resistencia frente al predominio de la idea de historia. En algún sentido, la globalización operada por la expansión de los mercados es también una idea progresista; y, de hecho, sus defensores hablan de un proceso inevitable que vuelve vana cualquier reflexión –y cualquier política– sobre ella. De allí las ambigüedades de la izquierda respecto de la globalización, que le produce a la vez fascinación y rechazo.

Una segunda dificultad guarda relación con la dimensión particular de la política, que entra en tensión con la voluntad universalista de cierta izquierda. La política opera siempre al nivel de una comunidad determinada, con reglas singulares y con fronteras. No hay –ni habrá nunca– algo así como una política mundial, porque la deliberación tiene límites naturales. Entonces, si la izquierda efectivamente quiere rehabilitar la política, debe abandonar su vocación universalista en virtud de la cual desconfía del cuadro nacional (alimentando el proceso de globalización que hoy deplora). Los debates actuales sobre inmigración, por ejemplo, dan cuenta de esta dificultad, pues la izquierda suele abordarlos desde un angelismo completamente apolítico.

En tercer lugar, para la recuperación de la política también importa superar el discurso atomista que se ha apoderado de buena parte del progresismo global. Al plegarse a las agendas culturales más libertarias, la izquierda ha ido asumiendo ciertas premisas que le hacen imposible resistirse luego a la dirección general del movimiento. La izquierda foucaltiana carece de herramientas para oponerse seriamente al neoliberalismo, porque solo busca radicalizar al infinito todas y cada una de sus premisas, exaltando al individuo y sus deseos.

¿Estará la izquierda dispuesta a tomarse en serio el desafío de rehabilitar la política, abandonando algunas intuiciones muy arraigadas? ¿O se contentará con el tono de denuncia, ignorando alegremente las causas profundas del fenómeno? Como fuere, debe reconocerse que Carlos Ruiz ha recorrido al menos la mitad del camino. No es poco. [S]



La política en el neoliberalismo
Carlos Ruiz Encina

LOM, 2019
390 páginas
\$15.000

Bienvenido a lo real

Aunque estemos llenos de aplicaciones en nuestros teléfonos móviles, la economía del intercambio, la del sudor y el bicicleteo y la inseguridad absoluta en términos de derechos sociales toma cada vez más fuerza. Es volver a la economía medieval porque, parafraseando a T. S. Eliot, los humanos tampoco soportamos demasiada irrealdad (o virtualidad). Como si fuera poco, a medida que la concentración del dinero aumenta, el poder pareciera diluirse: todos se declaran impotentes cuando algo en el sistema falla, y la sensación de que no hay futuro se incrementa. Ergo, tampoco hay inversión.

POR RAFAEL GUMUCIO

Lucas Espinoza y Rodrigo Vázquez (alias Alto-yoyo) son dos de los comediantes más famosos de su generación, la de quienes nacieron en los años 90. Son chicos de hoy: graban sus podcast, series por YouTube, chistes en Instagram. Usan todas las plataformas virtuales que pueden y tienen éxito en todas, pero solo ganan dinero, dinero real, contante y sonante, haciendo shows en vivo en teatros y cafés de todo Chile. Instagram es, entonces, una forma de promocionar los shows, mientras que YouTube y la radio, una radio de podcast autogestionados, son un escape creativo que les permite inventar partes que alimentan sus espectáculos en vivo. Pero lo que “deja” es el escenario, el escenario con sus borrachos odiosos, sus micrófonos que chirrían, las mesas, las sillas y las bebidas que consumen los clientes.

Lucas Espinoza y Rodrigo Vázquez, que han hecho sin entusiasmo cine y televisión durante su joven aunque nutrida carrera, viven de sus rutinas en vivo. No les va mal, les va bien, cada vez mejor, pero si se resfrían una

semana, si pierden la voz, pierden el salario. Sus cuerpos son sus empresas, como es la empresa del ciclista que suda entre los taxistas y los uber que se pelean las sobrepobladas calles de Santiago, salvajemente. Debe pedalear rápido, más rápido todavía mientras lo persiguen los bocinazos y usa las veredas donde casi choca con los *scooter* eléctricos y los coches de las guaguas y otra curva y otro terror hasta llegar justo a tiempo para que el usuario, que puede rastrear su camino en el teléfono, reciba su sándwich aún tibio. El ciclista casi dio la vida tres veces, sin que a nadie le importe demasiado.

Hay un tercero en este intercambio medieval con un hombre que entrega su sudor a cambio de dinero. Vive en San Francisco o en Berlín, o con más seguridad vive en un avión entre San Francisco y Berlín. Ese tercero creó la aplicación que permite este intercambio de sudor por dinero, pero ante todo, creó un sistema para saltarse a muchos otros intermediarios entre el sudor del ciclista y el dinero del cliente. Esos intermediarios



se pueden llamar, en el caso del mercado editorial, por ejemplo, las librerías, sus distribuidores, pero también los críticos literarios, las revistas, los diarios, las reseñas. En el caso de los taxis, es el Estado o la alcaldía, y sus reglas para evitar y controlar la cantidad de licencias. En el caso del ciclista –o de muchos otros trabajadores– son los sindicatos y los seguros médicos y de cesantía, el pago de previsión.

Así, la aplicación es presentada como una rebelión necesaria contra esos intermediarios. Desde la virtualidad más perfecta de un computador que se comunica con otros millones de computadores (con forma de teléfono), la aplicación propone un retorno al intercambio real, respirable, visible, entre un señor que compra por ti los productos del supermercado y que tiene la ventaja de saber distinguir un aceite de oliva de uno de maravilla. Pero ese sujeto no es otro, sino una forma ligeramente distinta de ti mismo. Ese

intermediario le da a todo el intercambio actual la apariencia de trueque: una comunidad de clase media-baja pauperizada. Unos hacen de taxistas. Otros, de periodistas que seleccionan para ti libros o películas. Lo importante es que, además de conseguirnos productos más baratos, los servicios nos hagan sentir parte de una comunidad.

Pero no es una comunidad y no es trueque lo que aquí sucede, sino un negocio que gana millones y millones de dólares y cotiza en la bolsa de Nueva York o de Shanghái.

Las aplicaciones y las redes sociales no han acabado con el intermediario, sino que se han convertido ellas mismas en el intermediario, el único que gana física y simbólicamente con los intercambios entre las personas. Son un intermediario más liviano que el anterior, porque han renunciado a muchas responsabilidades sociales. Ahora el trabajador paga sus gastos médicos,

sus gastos de pensión, su educación, y no tiene quién lo defienda contra una ley o un código –el laboral– que parece responder a las necesidades de la aplicación y no a la de los trabajadores. Pero, ¿quién es la aplicación? A la hora de las ganancias hay un par de jóvenes millonarios, en el momento de las responsabilidades no hay nadie, o si lo hay, es para confesar, como lo hace Mark Zuckerberg, que no puede controlar su aplicación ni evitar el uso político que hizo de ella Cambridge Analytica.

El hombre que posee casi todo el avisaje del mundo y que tiene trabajando gratis a millones y millones de personas que alimentamos de contenido su sitio, confiesa su impotencia total a la hora de controlar su invención, Facebook. Es quizás una de las paradojas más interesantes de la nueva economía virtual, al acabar con el intermediario, los Estados, las religiones, las universidades, las editoriales y los diarios han perdido la capacidad de controlarse a sí mismos. El poder está en cada vez menos manos, pero estas manos carecen de equipos e instituciones que las ayuden a controlar las filtraciones. Son dueños de una sartén sin mango, que se calienta a gran velocidad pero que no pueden tomar porque ellos mismos se quemarían las manos.

Trump y Putin juegan a representar una fantasía de poder a la antigua, pero los dueños de Twitter y Wikipedia, dos plataformas indudablemente exitosas, están siempre al borde de la quiebra porque no pueden “monetizar” su éxito. Es decir, no pueden cobrar por la mercancía –información, avisaje– que ofrecen. Una mercancía que al no tener precio es doblemente virtual, virtual porque ocurre en un computador y virtual porque ocurre fuera del mercado, cuando se supone que ocupa el centro de este.

La economía neoliberal, con su obsesión por la tecnología, ha creado una herramienta que no puede controlar. La tecnología ha terminado por matar la economía para la que trabajaba, igual que el doctor Frankenstein con su muñeco. Mary Shelley, que llamó a esta fábula “el Prometeo moderno”, entendió antes que nadie que el hombre no resistiría el juicio final al que sería sometido por sus propias criaturas. El computador que multiplica los contactos y los intercambios permite que un usuario tenga tantas

identidades que, al final, ya no es posible el contrato entre dos personas iguales que confíen el uno del otro.

Así, la crisis del 2008 se desató el día en que demasiados expertos en fondos de inversión e hipotecas no pudieron comprender los complejos mecanismos con que sus computadores multiplicaron un dinero que tampoco sabían de dónde venía. Los entes reguladores, la burocracia estatal, había desaparecido para hacer más flexibles los mercados. La idea de que pudieran autorregularse no resistió la entrada de ese nuevo actor, los computadores, que permitían estar en línea en Shanghái, París, Londres y en tu casa, en los suburbios de Santiago. Las hipotecas y los préstamos, los fondos de inversiones, todos operaron sobre escenarios cada vez más irreales que nadie supo ya descifrar.

El poder ya no tiene poder. En Davos se reúnen los representantes de las mayores economías del mundo, para compartir todos juntos su impotencia. Lo mismo pasa con los dueños de los diarios, de los canales de televisión y cada vez más, de las radios. Los dueños del poder solo transpiran desesperación, al no manejar ya la forma de convertir en dinero su influencia.

No se sabe, no se entiende, qué está pasando. Los “expertos” y los “especialistas” son igualmente impotentes a la hora de explicar el estado de las cosas. “*No future*”, el grito de los punk en los 70, es una constatación absolutamente banal cuando

el futuro sucede justamente en cada segundo, a una velocidad que transforma en tibias crónicas del presente aquellas series que intentan explorar el futuro: *Black Mirror*, *The handmaid’s tale*, *Years and Years*.

Es el sueño dorado del anarquista: un mundo en que el poder es impotente y donde el futuro ya no existe. Pero ese escenario de desconcierto no se traduce en mayor libertad y prosperidad para los ciudadanos que pierden sus trabajos estables a una vertiginosa velocidad, para ser parte de un mercado cada vez más grande de trabajos inestables, mal pagados, pero ilusoriamente libres. Están solos ante una economía cada vez más concentrada en quienes, a su vez, prefieren no invertir, no arriesgarse, porque ya no pueden vislumbrar siquiera algo parecido a eso que antes llamábamos futuro. [S]

**El desconcierto no
se traduce en mayor
libertad y prosperidad
para los ciudadanos
que pierden sus
trabajos estables a una
vertiginosa velocidad,
para ser parte de un
mercado cada vez más
grande de trabajos
inestables, mal pagados,
pero ilusoriamente libres.**

El viaje que Milton Friedman no pudo olvidar

El 20 de marzo de 1975, el emblemático economista de la Universidad de Chicago aterrizó en nuestro país para realizar una serie de conferencias. A su llegada sostuvo una entrevista con Pinochet. Después de una semana en Chile, llovieron las críticas por no alzar la voz ante las violaciones a los derechos humanos. Incluso se le acusó de dirigir el *shock treatment*, como se conoció al duro plan para enfrentar la crisis económica. Esta crónica reconstruye ese viaje y sus consecuencias.

POR LEONIDAS MONTES

Milton Friedman ya era un reconocido y prestigioso economista en el año 1975. También, una destacada figura pública. Sus columnas semanales en la revista *Newsweek* eran muy leídas e influyentes. Fue asesor de Richard Nixon y posteriormente de Ronald Reagan. Como él mismo solía decir, era un republicano con "R". Además, era un serio candidato para el Premio Nobel de Economía. En fin, durante el apogeo de la Guerra Fría, sus ideas políticas libertarias se extendían más allá de la economía y su teoría monetaria.

Uno de los episodios más controvertidos de la vida de Milton Friedman fue su visita a Chile en 1975. Tanto es así, que 23 años después, en *Two Lucky People*, titula un capítulo entero "Chile", agregando un apéndice con documentos de esa visita que lo persiguió durante toda su vida. Con su común franqueza y crudo sentido del humor, recuerda: "Nunca pude decidir si debía divertirme o molestarme frente a la acusación de que administraba la economía chilena desde mi escritorio en Chicago".

Como veremos, quizá tenía buenas razones para estar más bien molesto.

Milton Friedman llegó a Santiago con su esposa Rose Friedman el jueves 20 de marzo de 1975. Rolf Lüders lo

esperaba en el aeropuerto. Había sido invitado a Chile por la Fundación de Estudios Económicos, un centro de estudios privado que dependía del Banco Hipotecario de Chile (BHC), controlado por Javier Vial. Al día siguiente, junto a Arnold Harberger y el economista brasileño Geraldo Langoni, graduado con un PhD en Chicago en 1970, se reunieron con Pinochet por casi una hora. Esa entrevista, en la que además de hablar de la cruda realidad económica Friedman le habría transmitido a Pinochet sus ideas sobre la relación entre libertad económica y libertad política, fue parte del costo de su primera visita a Chile.

Su semana fue intensa: durante el fin de semana viajó a Viña del Mar, habló en la Escuela de Negocios de Valparaíso; a su regreso participó en varios encuentros con diversas autoridades y representantes del mundo privado, dio dos charlas abiertas –en la Universidad de Chile y la Universidad Católica– y, antes de dejar Chile, después de jugar un partido de tenis con Javier Vial, participó en el seminario organizado por sus anfitriones.

El título de sus charlas universitarias fue "La fragilidad de la libertad". En la grabación que realizó después de su visita en Fiji, y que usa en *Two Lucky People*, dice: "Me desvié del tema principal de mis otras charlas que



tenían que ver con la inflación y hablé de la fragilidad de la libertad, enfatizando la rareza de las sociedades libres... y el rol que jugaba la emergencia de un Estado de bienestar en la destrucción de una sociedad libre. La línea general que había tomado... fue obviamente, a juzgar por la reacción, casi completamente nueva para ellos. Al escuchar la charla había una actitud de shock que se había permeado en ambos grupos de estudiantes".

En las charlas universitarias Friedman fue consistente con sus ideas. Y también provocativo, dada la situación política del momento. Su habitual argumento de la libertad económica como condición necesaria para la libertad política, ciertamente era un tema peliagudo y controversial al inicio de la dictadura. En su *Capitalism and Freedom* (1962) ya había sostenido que "la libertad económica es también un medio indispensable para alcanzar la libertad política". Eso explica su recuerdo de la "actitud de shock" que percibió en los estudiantes. No resulta sorprendente que en *El Mercurio*, que cubrió la visita de Friedman con especial ahínco, solo se haya mencionado una de estas charlas –la de la Universidad Católica– y de manera muy escueta.

Finalmente, el miércoles dio la charla para la cual había sido invitado. Al final de su presentación respondió

una serie de preguntas y, cuando le consultaron por la situación en Chile, dijo: "Mi diagnóstico es que el paciente sufre del virus 'déficit fiscal' con complicaciones de tipo monetario". El año 1974 la inflación había alcanzado un 369.2% y a comienzos de 1975 seguía siendo muy elevada. El déficit fiscal –financiado principalmente con emisión de dinero– era enorme. Por si fuera poco, el precio del cobre estaba en el suelo. Y el del petróleo, en el cielo. La solución era reducir drásticamente el déficit fiscal y administrar la política monetaria. En este contexto, se lanzaría el 24 de abril, justo un mes después de la visita de Friedman, el "Plan de Recuperación Económica", bajo el liderazgo de Jorge Cauas. Este paquete de medidas para enfrentar la crisis posteriormente se conocería como el "shock treatment", el plan que supuestamente Milton Friedman dirigía desde su escritorio en Chicago.

El jueves 26 de marzo, junto a su esposa Rose, dejan Chile rumbo a Australia. Y en Fiji, con una hermosa vista a la playa, graba sus impresiones de la visita a Chile (parte diciendo que no le gustó la comida en el Sheraton).

A su regreso a Chicago, ya no lo acompañaría el buen clima playero. La primera señal fue una carta publicada en la *Newsweek* del 14 de junio de 1975, donde un grupo



Al día siguiente de su llegada, junto a Arnold Harberger y el economista brasileño Geraldo Langoni, se reunieron con Pinochet por casi una hora. En esa entrevista, Friedman le habría transmitido a Pinochet sus ideas sobre la relación entre libertad económica y libertad política.

perteneciente a un Comité Ciudadano por los Derechos Humanos y Política Exterior expresa su “conmoción y consternación”, al enterarse de que Friedman “estaba sirviendo como asesor económico de la Junta de Pinochet”. Friedman inmediatamente responde que no es ni ha sido asesor del gobierno de Pinochet y aclara que fue invitado por una fundación privada, que dio clases públicas y que se reunió con muchas personas, incluyendo al general Pinochet. El 22 de septiembre de 1975, solo cinco meses después de su visita al país, una editorial del *New York Times* se refería críticamente a la situación en Chile: “Pero después de muchos meses de aplicar la teoría monetaria y los duros programas de austeridad del profesor Milton Friedman, el desempleo ronda el 20%, la producción industrial cayó fuertemente durante la primera mitad del año, la inversión extranjera gotea y la fantástica tasa de inflación solo recientemente está dando señales de aflojar. Sin lugar a dudas, existe una campaña marxista, llevada a cabo por gobiernos incluso más opresivos que el liderado por Pinochet, para manchar a la Junta y exaltar el caótico régimen de Allende”. En esta historia, la última parte de la editorial del *New York Times*, ha sido ignorada.

Diez días después de la publicación de esta editorial, Anthony Lewis escribe una influyente columna en el *New York Times* acerca de la tortura y represión en Chile. Menciona nuevamente a Milton Friedman, pero esta vez lo vincula directamente a las políticas económicas promovidas por la Junta Militar: “... la represión también puede estar relacionada con una política económica que no podría imponerse en una sociedad libre... La política económica de la Junta chilena está basada en las ideas de Milton Friedman, el economista

conservador americano, y su Escuela de Chicago. El mismo Friedman ha visitado Santiago y se cree que ha sugerido a la Junta un programa draconiano para acabar con la inflación”. Con esta columna, el supuesto vínculo de Milton Friedman con Chile, Pinochet y el “*shock treatment*” quedaría públicamente establecido.

Aunque existe evidencia de que el “Plan de Recuperación Económica” ya estaba diseñado y cocinado antes de su visita, también es cierto que su presencia en Chile contribuyó a promover la implementación del “*shock treatment*”. Había aprensiones –representadas por los “gradualistas”– sobre el costo social y político de estas duras medidas.

Antes de su visita a Chile, Friedman había recibido algunas advertencias sobre las posibles consecuencias del viaje. Y después, claro, llovieron las críticas. El mejor ejemplo es el fascinante intercambio epistolar con el economista austriaco Gerhard Tintner (1907–1983). El 2 de enero, antes de partir a Chile, Tintner le envía algunos artículos vinculando a Pinochet con “la cuestión judía”. Friedman, que era judío e hijo de inmigrantes judíos, le agradece la información y le cuenta que visitará Chile no para aprobar o desaprobado lo que sucede, sino solo como un observador que quiere aprender de la delicada situación económica que se vive allí. Finaliza su carta diciendo que “la tragedia es que en Chile la real democracia fue primero destruida por Allende, lo que produjo una contra reacción. No tengo dudas que esta contra reacción ha sido violando los derechos humanos. Dos males no hacen un bien”.

El 6 de febrero, Tintner le responde con algunos recuerdos nostálgicos de la Universidad de Chicago, y le dice que espera conocer, pese a sus aprensiones, su

opinión sobre Chile después de su viaje. Pero el 16 de junio de 1975, tres meses después de la visita a Chile, Tintner le escribe una larga carta acusándolo de ser un nazi y de tener un retrato de Pinochet en su escritorio. Esta misiva va con copia a una serie de destacados economistas (entre ellos, Paul Samuelson, George Stigler, Theodore Schultz, Arnold Harberger y Harry Johnson) e incluye también a André Gunder Frank (1929–2005), un actor importante en esta trama que había obtenido su PhD en la Universidad de Chicago, y el jesuita Gonzalo Arroyo (1925–2012), entonces alumno de doctorado en Iowa. Friedman le contesta un mes más tarde, confesándole que dudó en responder a su “histórica misiva”, ya que si se pusiera a su nivel tendría que “acusarlo de admirar a Goebbels”.

Friedman atribuye a Tintner un “curioso doble estándar” y le recuerda que sus visitas a la Unión Soviética y sus viajes a Yugoslavia, también para dar consejos en temas económicos, no generaron reacción alguna. Posteriormente, Friedman insistiría con este argumento del doble estándar. Seis años más tarde, en 1981, después de viajar a China durante tres semanas, Friedman escribió en su columna de *Newsweek*: “Puedo predecir con gran seguridad que Anthony Lewis no usará su columna para regañarme por entregar consejo económico a un gobierno comunista”. Después, el 27 de octubre de 1988, en una carta al *Stanford Daily*, Friedman describía que en su nuevo y reciente viaje a China había tenido una reunión privada de dos horas con el secretario general del Partido Comunista de China, Zhao Ziyang. Al comparar las dictaduras de Chile y China, irónicamente se pregunta si ahora debe estar preparado para recibir “una avalancha de protestas por haber estado dispuesto a dar consejo a un gobierno tan malvado. Y si no, ¿por qué no?”.

En su respuesta a Tintner también agrega: “[yo] no apruebo ninguno de estos regímenes autoritarios –ni el régimen Comunista de Rusia y Yugoslavia, ni las juntas militares de Chile y Brasil”. Enseguida analiza la situación con Allende y hace un diagnóstico sobre el pasado y el futuro de Chile: “Mi impresión es que el régimen de Allende le ofrecía a Chile solo malas elecciones: un comunismo totalitario o una junta militar. Ninguna opción es deseable, y si yo hubiera sido un ciudadano chileno, me hubiera opuesto a ambas...”

En las charlas universitarias Friedman fue consistente con sus ideas. Y también provocativo. Su habitual argumento de la libertad económica como condición necesaria para la libertad política, era un tema controversial en dictadura.

Entre los dos males, al menos hay una cosa que puede decirse de la junta militar: hay más posibilidades de volver a una sociedad democrática. Hasta ahora, y hasta donde sé, no hay ejemplo de un comunismo totalitario que se convierta en una sociedad democrática liberal... La razón de esta diferencia no es el mérito o la falta de mérito de los generales versus los comisarios. Es más bien la diferencia entre una filosofía totalitaria y una dictatorial. Por muy despreciable que esta última sea, al menos deja más espacio para la iniciativa individual y la esfera privada de la vida... recuperar la democracia depende críticamente del éxito del régimen para mejorar la situación económica y eliminar la inflación”.

También recuerda sus dos charlas acerca de “La fragilidad de la libertad”, en las que “explícitamente caractericé al régimen como no libre, hablé acerca de la dificultad de mantener una sociedad libre, del rol

del libre mercado y de la empresa, y de la urgencia para establecer dichas condiciones para la libertad. No hubo censura ni antes ni después, la audiencia era grande y entusiasta, y no recibí crítica alguna. ¿Pude haber hecho esto en la Unión Soviética? O más directamente, ¿bajo el régimen comunista que Allende pretendía, o en la Cuba de Castro?”.

Finaliza su carta a Tintner argumentando:

“Déjeme destacar nuevamente lo siguiente. No apruebo ni justifico los

regímenes de Chile, Brasil, Yugoslavia o Rusia. No tengo nada que ver con su creación. Deseo fervientemente que sean reemplazados por sociedades democráticas. No considero visitar esos países como un acto de apoyo. No considero inmoral aprender de su experiencia. Tampoco considero inmoral entregar consejo en política económica si me parece que las condiciones para mejorar la economía pueden contribuir al bienestar de la gente y a la posibilidad de un movimiento hacia una sociedad políticamente libre”.

Mientras se publicaba esta respuesta de Friedman a Tintner en el *Chicago Maroon* –dirigida, eso sí, a un *Dear Professor* para asegurar el anonimato de Tintner–, un grupo de estudiantes de Chicago, incluyendo a André Gunder Frank, crearon una “Comisión de investigación del caso Friedman/Harberger”. De inmediato comenzaron las manifestaciones y protestas en la Universidad de Chicago.

Casi un año más tarde, el 21 de septiembre de 1976, Orlando Letelier, de solo 44 años, fue asesinado en

Washington DC. Su auto explotó en Sheridan Circle, a pasos de la embajada chilena. En este atentado también murió su colega en el Institute for Policy Studies, la ciudadana americana Ronni Moffitt. Y su cónyuge, Michael Moffitt, quedó gravemente herido. Este crimen generó una enérgica censura y acaparó interés mundial. Después de una larga investigación de casi dos años, finalmente las sospechas sobre la participación de la DINA fueron confirmadas.

El 28 de agosto de 1976, apenas tres semanas antes del asesinato, la revista *The Nation* había publicado un ensayo de Orlando Letelier titulado “Los Chicago Boys en Chile: El terrible peaje de las ‘libertades’ económicas”. Tras el crimen de Letelier, este artículo fue muy leído, ampliamente reproducido y traducido a varios idiomas. En estas páginas Friedman es caracterizado como “el arquitecto intelectual y el consejero no oficial para el equipo de economistas que ahora dirigen la economía de Chile”. También lo muestran como el cerebro y promotor del “*shock treatment*”. Si bien Letelier intentaba defender el legado económico del gobierno de la Unidad Popular y criticar la política económica de los Chicago Boys, su objetivo también era Milton Friedman. Por ejemplo, aunque era de público conocimiento que Friedman había viajado solo una vez a Chile, Letelier se refiere a la “última visita conocida de los señores Friedman y Harberger a Chile”.

El 14 de octubre de 1976, tres semanas después del brutal asesinato de Orlando Letelier, se anuncia que Milton Friedman recibiría el Premio Nobel de Economía 1976 por “sus logros en los campos del análisis del consumo, historia y teoría monetaria, y su demostración de la complejidad de las políticas de estabilización”. Inmediatamente después del anuncio, el *New York Times* publica una carta, firmada por dos ganadores del Nobel, George Wald (Medicina) y Linus Pauling (Química y Paz), criticando al Comité de Premiación del Nobel por una “exhibición deplorable de insensibilidad” al entregárselo a Milton Friedman. Ese mismo día aparece otra carta en el mismo medio, esta vez firmada por quienes habían obtenido el Nobel de Medicina, David Baltimore y Salvador Edward Luria, calificando la decisión del Comité como “perturbadora” y como “un insulto a la gente de Chile”, que llevaba “la carga de las medidas económicas reaccionarias patrocinadas por el profesor Friedman”.

Milton Friedman respondió privadamente a cada uno de ellos, adjuntando la carta a Tintner, la respuesta a la carta del *Newsweek* del 14 de junio de 1975 y la carta de Harberger a Stig Ramel, entonces presidente de la Nobel Foundation, del 10 de diciembre de 1976. Como “científicos preparados para revisar sus hipótesis”, les pide “disculpas públicas por el daño causado”. Únicamente Baltimore y Luria le respondieron manteniendo su argumento.

En Estocolmo, múltiples demostraciones lo esperaban a su llegada para la ceremonia de premiación que se celebraría el 6 de diciembre de 1976. Durante la semana que estuvo en Suecia permaneció bajo escolta policial y con dos guardaespaldas permanentes. Después del golpe de Estado, muchos chilenos exiliados fueron acogidos por Suecia. Y con el apoyo del Chilekommittén, ya estaban preparadas las protestas. Una carta pública del Chilekommittén se refería al “trabajo para desarrollar las protestas contra el hecho de que Milton Friedman haya sido premiado con el Nobel de Economía. El acto es solo un eslabón en la lucha anti-imperialista, esto es, un trabajo de solidaridad con los oprimidos del Tercer Mundo que luchan por la liberalización social y económica”. En medio de la Guerra Fría, todo esto era parte de la campaña contra el capitalismo. Y también contra Friedman, su agudo y emblemático representante público.

En la ceremonia de premiación, justo antes de que Friedman recibiera el Premio Nobel, un manifestante se puso de pie y gritó en inglés “Down with capitalism, freedom for Chile”. Como recuerda Rose Friedman, “el momento fue breve, pero tenso”. Después de este *impasse*, las protestas y manifestaciones perseguirían a los Friedman durante varios años. Y Friedman las enfrentó con resignación y entereza. Por ejemplo, en octubre de 1998, cuando tenía 87 años, un joven de 27 le lanzó un pastel en la cara durante una conferencia sobre educación. Y 10 años después, en 2008, la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago quiso crear el Milton Friedman Institute para promover el estudio, la investigación y el desarrollo de la economía. Fue tal la oposición que generó esta iniciativa, que no se pudo implementar. Después de un arduo debate y muchas negociaciones, el 2011 se fundó el Becker Friedman Institute. Solo cabe especular sobre la conveniencia del orden alfabético.

Pocos meses después de recibir el Premio Nobel, Milton Friedman le escribe a Rolf Lüders –el único chileno que realizó su PhD en Chicago bajo su supervisión–, agradeciéndole las grabaciones de su charla para la fundación del BHC. Le cuenta que ha sido víctima de críticas y ataques por su visita a Chile y recordando las charlas sobre “La fragilidad de la libertad” que dio en la Universidad Católica y la Universidad de Chile, le pide si puede encontrar alguna grabación. Finaliza su carta diciendo que no se arrepiente de haber visitado Chile y que, por el contrario, fue una visita “educativa e instructiva”. Por lo demás, agrega, “no hay almuerzo gratis y el costo, aunque elevado, no ha estado exento de recompensas”.

Ninguna de esas grabaciones se ha podido encontrar. [S]

Plaza pública

“El que madrugue será ayudado, de manera que alguien que sale más temprano y toma el metro a las siete de la mañana tiene la posibilidad de una tarifa más baja que la de hoy”.

Juan Andrés Fontaine, exministro de Economía

“Las asambleas populares y protestas son a menudo desestimadas como juveniles o fantasías pasajeras. Pero ellas portan la semilla de toda transformación democrática. Es la expectativa de transformación democrática radical lo que el Estado y sus aliados corporativos temen”.

Judith Butler

“Entre el deseo y la nostalgia, hay un punto que se llama presente”.

Sylvain Tesson en La vida simple

“No es que esté en contra de los psicofármacos. Ellos son una maravilla. Piense usted que, en gran parte debido a ellos, hemos logrado mejorar casi el 100% de las depresiones y alrededor del 70% de las esquizofrenias. Pero el problema estriba en que se le están prescribiendo medicamentos a personas que no están enfermas, sino que están sufriendo, que es algo diferente a estar enfermo. (...) No se acepta el dolor ni el sufrimiento. Y el dolor no físico, el dolor del alma, es parte de la condición humana; el ser humano es un ser sufriente por naturaleza y no tiene otra posibilidad sino serlo”.

Otto Dörr, Premio Nacional de Medicina 2018

“Actualmente disfrutamos de una facilidad de movimiento desconocida para cualquier otra civilización urbana precedente y, sin embargo, ese movimiento se ha transformado en el mayor portador de ansiedad de las actividades cotidianas. La ansiedad proviene del hecho de considerar el movimiento incontrolado un derecho absoluto del individuo. El automóvil particular es el instrumento lógico para ejercer ese derecho, y su efecto sobre el espacio público, especialmente sobre las calles urbanas, es que el espacio se vuelve insignificante o incluso irritante, a menos que pueda subordinarse al movimiento libre”.

Richard Sennett

“He aquí una ley ática: quien encuentre un cuerpo humano sin sepultura debe siempre echarle tierra encima y sepultarlo mirando al poniente. Observan también esta otra costumbre: no se debe sacrificar un buey de labranza que haya trabajado bajo el yugo, ya fuese tirando de un arado o de un carro, porque ese buey debe ser considerado también como un campesino y compañero de fatigas humanas”.

Claudio Eliano

“Una democracia que reprime la manifestación es una falsa democracia”.

Felipe Guevara, intendente de la Región Metropolitana

Todo va a estar bien: Steven Pinker y su defensa de los valores de la Ilustración

En medio de un oscuro panorama global, dominado por el populismo, el calentamiento global y la desigualdad, un puñado de intelectuales ha optado por defender una tesis contraintuitiva: el mundo está mejorando. La figura más destacada es el lingüista, psicólogo e intelectual público canadiense-estadounidense Steven Pinker, quien reafirma su confianza en la razón y afirma algo que parece un juego de palabras, pero que no es nada divertido: “Los intelectuales progresistas odian el progreso”.

POR SERGIO MISSANA

Leibniz intuyó que un Dios todopoderoso y benévolo no podía sino crear un cosmos perfecto, regido por una armonía preestablecida, y sostuvo que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Esta idea encontró a un satírico apologista en el filósofo Pangloss, personaje del *Cándido* de Voltaire, quien declaraba que “todo es para mejor en el mejor de los mundos posibles”. Tal afirmación, en apariencia optimista, era profundamente pesimista. Si la realidad que habitamos –y en particular la realidad cultural– es la mejor que cabe imaginar, estamos muy pero muy mal.

Hoy no parece haber muchas razones para el optimismo: nos asalta día a día un bombardeo constante de noticias devastadoras; la crisis climática o una guerra nuclear podrían acabar con la civilización; parecemos nadar en un sumidero de corrupción, desigualdad y

violencia. En medio de este oscuro panorama, un puñado de intelectuales, incluyendo al filósofo Peter Singer y el economista John Mueller, ha optado por defender una tesis contraintuitiva: el mundo está mejorando, la humanidad ha progresado en el transcurso de la modernidad. La figura más destacada dentro de este grupo es el lingüista, psicólogo e intelectual público canadiense-estadounidense Steven Pinker.

En *Los ángeles que llevamos dentro* (2011), Pinker argumentaba –y respaldaba con cifras su argumento– que la violencia ha declinado a lo largo de la historia y que vivimos en “la era más pacífica de la existencia de nuestra especie”. Ello habría sucedido en seis movimientos: un proceso de pacificación, la declinación de las muertes violentas tras la consolidación de los Estados; un proceso de civilización: el sostenido descenso de los índices de



homicidios; una revolución humanitaria: la abolición, durante la Ilustración, de la esclavitud, la persecución religiosa y la tortura; una “paz larga” tras la Segunda Guerra Mundial, en que han disminuido las guerras entre Estados; una “nueva paz” tras la Guerra Fría, un descenso de conflictos de todo tipo; y las revoluciones de derechos a partir de 1950: civiles, de mujeres, niños, minorías sexuales y animales.

En *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso* (2018), Pinker expande esa idea para asegurar que no solo la violencia ha disminuido; el mundo ha mejorado en múltiples aspectos: esperanza de vida, acceso a la salud, nutrición, prosperidad, paz, libertad, seguridad, conocimiento, ocio y felicidad. Pinker asegura que los avances en todas estas dimensiones implican que ha existido progreso, esa idea clave de

la Ilustración que cayó en desuso tras las masacres de la primera mitad del siglo xx. Pinker sostiene que es necesario, en contra de los profetas antimodernos, reafirmar los valores centrales de la Ilustración y el principio fundamental de que es posible aplicar la razón y la empatía para mejorar la condición humana. Pinker aborda una defensa de la ciencia (el uso de la razón para entender el mundo), del humanismo (la posibilidad de encontrar un fundamento secular de la moral) y del progreso, centrado en el perfeccionamiento progresivo de las instituciones.

El autor aporta una batería impresionante de datos para probar que la pobreza ha disminuido en todo el mundo, lo mismo que la mortalidad infantil, al tiempo que la esperanza de vida se ha extendido. Han declinado las guerras y las muertes en combate, así como las



Entropía, evolución e información: las tres ideas que según Pinker son claves para comprender la condición humana.

hambrunas. Hoy dos tercios de la humanidad viven en democracia, la tasa de homicidios se ha desplomado (un habitante de la Europa medieval tenía 35 veces más posibilidades de ser asesinado que un ciudadano europeo actual), han disminuido las muertes por accidentes de tráfico, atropellos, accidentes aéreos y de trabajo, e incluso a causa de fenómenos naturales (debido a la resiliencia de la infraestructura). El alfabetismo ha crecido de manera exponencial, a la vez que se han acortado las horas de trabajo semanales y de trabajo doméstico. El crecimiento económico se ha estancado, pero ello quizás constituya una nueva normalidad. Se constata un proceso global de secularización. Los índices de felicidad también van en alza.

Quizás el único aspecto en que Pinker no logra aportar cifras que respalden su visión optimista sea el índice de suicidios. En el mundo se quitan la vida anualmente 800 mil personas, lo que constituye la decimoquinta causa de muerte. Los índices de suicidio se han mantenido más o menos estables a lo largo de las décadas, pero de una manera errática, que hace difícil conjeturar las causas para su aumento o disminución en distintos países. Parece concentrarse en fases de transición –la adolescencia y comienzo de la tercera edad– y verse afectado por factores como la cantidad de horas de luz o la disponibilidad de medios para llevarlo a cabo.

Si las cosas han mejorado y siguen mejorando para la humanidad, ¿por qué tendemos a pensar que vivimos en el peor de los mundos posibles?

“El mundo ha experimentado un progreso espectacular en todos los aspectos del bienestar humano”, señala Pinker, y “casi nadie lo sabe”. Ello se debe en parte a las

noticias, que operan en un ciclo de tiempo que destaca los eventos negativos, no los procesos positivos, y de acuerdo con una lógica que busca capturar la atención de las audiencias. Como señala el adagio en inglés: *If it bleeds, it leads* (algo así como: “Si la noticia tiene sangre, va a acaparar los titulares”). A nadie se le ocurriría titular que el día de ayer 137 mil personas salieron de la pobreza en todo el planeta y que ha ocurrido así durante los últimos 25 años. A ello se debe agregar un mecanismo psicológico, la “disponibilidad heurística”, que nos lleva a evaluar como posibles a futuros eventos que fácilmente nos vienen a la memoria.

Pinker resalta asimismo el pesimismo de la cultura y en particular de la clase pensante (que él llama “parloteante”): “Los intelectuales progresistas odian el progreso”. No los frutos del progreso (prefieren escribir en computadores y no con pluma y tintero, y ser operados con anestesia) sino la idea del progreso. Una actitud crítica frente al poder y el Estado de las cosas otorga *gravitas*, se tiende a equiparar pesimismo y sofisticación. Esta reticencia cultural ante el progreso tendría su origen en la primera gran reacción contra la Ilustración: el romanticismo. Pinker destaca la influencia decisiva de Nietzsche, cuyas ideas califica de “repelentes e incoherentes”, en una serie de corrientes de pensamiento del siglo XX hostiles a la ciencia, incluyendo el existencialismo, la teoría crítica, el posestructuralismo y el posmodernismo.

El autor enfatiza que el ideal de racionalidad de la Ilustración no implica afirmar que los humanos seamos seres consistentemente racionales. Por el contrario, los pensadores ilustrados demostraron un agudo sentido de las limitaciones de la naturaleza humana. Kant se

refirió a “la madera torcida de la humanidad”. Se trata más bien de un ideal y un correctivo. Debíamos aspirar a la racionalidad, dejando atrás falacias y dogmas. Una aplicación fundamental de la racionalidad es el humanismo: la noción de que la moral consiste en maximizar el bienestar humano. La moral ilustrada se basaba en la imparcialidad, en lo que equivale a variaciones de la regla de oro: la eternidad de Spinoza, el contrato social de Hobbes, el imperativo categórico de Kant y la verdad autoevidente –para Locke y Jefferson– de que las personas han sido creadas iguales.

La visión de Pinker es optimista, tiende a ver el vaso medio lleno (en realidad, casi completamente lleno). Destaca tres ideas claves para comprender la condición humana que no alcanzaron a conocer los pensadores ilustrados: la entropía, la evolución –lo que explicaría por qué muchos de ellos fueron deístas y no ateos– y la información. La entropía, en particular, nos ayuda a entender que nacemos en un universo indiferente e inmisericorde en que el caos, la violencia y la pobreza son el estado natural. Tendemos a olvidar este hecho básico, dando el progreso por sentado. Las sociedades se han vuelto más sanas, ricas, libres, felices y educadas. Aunque esta línea de progreso no puede ser automáticamente extrapolada al futuro, declara el autor, las cosas parecen bien encaminadas. Los avances se construyen

unos sobre otros. Cabe esperar que el desarrollo tecnológico que ha hecho posible el bienestar se acelere en la próximas décadas, lo mismo que los avances en el terreno moral. El progreso, sostiene Pinker, consiste en resolver problemas. Los grandes desafíos y riesgos existenciales que confrontan a la humanidad no son apocalipsis inminentes sino problemas a resolver.

Las tesis de Pinker adolecen de antropocentrismo: se centran en el bienestar humano, considerando el medio ambiente como secundario respecto de aquel. Los costos del progreso en términos de degradación ambiental no ocupan un lugar destacado en su análisis. Menciona la preocupación por los ecosistemas como una de las reacciones antimodernas, a la par con la religión y el nacionalismo reaccionario, abogando por un “ecopragmatismo” que los subordine a las necesidades humanas. Merece dudas también la implícita proyección al futuro de la línea de progreso, así como su crítica a las posturas catastróficas: el hecho de que no haya ocurrido una debacle no prueba nada. Una

guerra nuclear a gran escala, por ejemplo, solo tiene que ocurrir una vez. La tesis de que la pobreza –no la desigualdad– sería el elemento determinante del bienestar, es cuando menos debatible, como ha quedado de manifiesto en Chile estas últimas semanas.

Se ha cuestionado, asimismo, su visión idealizada de la Ilustración, que omite el lado más oscuro de esta, reflejado, por ejemplo, en afirmaciones de John Locke sobre los indígenas americanos, de Voltaire sobre los judíos, de Kant sobre los africanos o el panóptico, la prisión perfecta ideada por Jeremy Bentham. Pinker afirma que la barbarie del siglo XX no habría sido un naufragio del proyecto de la Ilustración, como postularon Adorno y Horkheimer, y más tarde Foucault y Bauman, sino una reacción contra los valores ilustrados. Sostiene que el genocidio y la autocracia fueron extendidos en la era premoderna y que han disminuido desde la Ilustración.

El filósofo John Gray apunta que las cifras sobre la declinación de la violencia desplegadas por Pinker se centran en exceso en la disminución de bajas en campos de batalla, lo que puede explicarse por el equilibrio del terror: la amenaza de destrucción nuclear mutua ha disuadido a las grandes potencias de entrar en conflicto bélico frontal. Las estadísticas tampoco se hacen cargo de las víctimas civiles de los conflictos armados ni de los efectos indirectos, los costos humanos difícilmente calculables de la violencia

bélica, en el marco de conflictos cuya naturaleza ha mutado, volviendo borrosa la distinción entre la paz y la guerra.

Muchos intelectuales tienden a entonar, casi por defecto, variaciones del tango “Cambalache”: “La vida fue y será una porquería”. La idea de un progreso gradual y pragmático no es sexy, le falta –para decirlo con un lugar común– “relato”. El libro de Pinker representa un esfuerzo contundente por articular ese relato, por aquilatar la “historia heroica” que habríamos protagonizado casi sin saberlo. [S]

Las tesis de Pinker adolecen de antropocentrismo: se centran en el bienestar humano; los costos del progreso en términos de degradación ambiental no ocupan un lugar destacado en su análisis.



En defensa de la Ilustración.
Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso
Steven Pinker

Paidós, 2018
744 páginas
\$29.000

Hablar del clima

La urgencia de un cambio profundo de sistema de producción, de transporte, de extracción, de uso de servicios y de logística apremia. Ya lo dijeron varios especialistas y algunos adelantados, como Benjamín Vicuña Mackenna en el siglo XIX y Luis Oyarzún y Nicanor Parra en el XX. El punto de fondo, quizá, sea que nadie quiere cambiar su estilo de vida. Es más, cualquier mención a nuevos límites se asume como una limitación de la libertad, como si la autonomía significara luz verde para atentar contra la propia vida y la de los demás.

POR PABLO CHIUMINATTO

En un brillante y hoy extemporáneo ensayo titulado “La sabiduría y el clima”, del libro *Lo que está mal en el mundo*, G. K. Chesterton se detiene en la importancia de ese lugar común que es “hablar del clima”; entre otras razones, algunas indecibles ya, dado su tono abiertamente poco feminista. El escritor británico recuerda cómo Robert Louis Stevenson llamaba a esta costumbre “el punto más bajo y el hazmerreír de los buenos conversadores”.

No obstante la distancia, hoy, paradójicamente, las razones para llegar a tal límite son casi las mismas que aquellas que Chesterton esgrime, pero por otras causas. Concluye que hablar del clima es importante porque es primigenio, para no decir primitivo. Es, además, algo pagano, en el mejor sentido del término. Luego, esa costumbre se da entre los grandes escritores y, finalmente, porque implica una forma de cortesía, es decir, un rasgo de ciudadanía y, en lo particular, de camaradería. La principal razón que esgrime Chesterton

para cultivar este hábito la resume en una noción de civilidad consciente de la cercanía y la sana distancia ante los demás. ¿Por qué?, bueno, primero, porque el cielo es común a todos: “Estamos bajo las mismas condiciones cósmicas”. Agrega: “Todos estamos en el mismo barco”, y cita en seguida la expresión del poeta irlandés Herbert Trench, un contemporáneo suyo, quien llama al planeta Tierra, “la roca con alas”. En segundo lugar, Chesterton recupera esta idea común de lo humano, porque la camaradería es filial, clave para el principio de igualdad del ser humano. Un tipo de igualdad, ciertamente, un tanto idealizada para los tiempos que corren y que, quizás, ya no es tan fácil de sostener como un *a priori*, salvo por una acepción global: la inminente catástrofe climática.

Iguales somos, ante ese porvenir sombrío, así como ante la responsabilidad que cabe en el hecho de intentar hacer algo para postergar su advenimiento. Y aunque no basta decir que los antiguos ya lo sabían, como si se tratara de una antología de literatura apocalíptica, nunca





Manifestación en Santiago el viernes 15 de marzo de este año, en sintonía con el movimiento de los jóvenes contra el cambio climático Fridays for the Future.

está de más recordar que, como señala Rafael Elizalde Mac-Clure, en un texto preclaro titulado *Sobrevivencia de Chile*, encargado por el Ministerio de Agricultura en el año 1958, reimpresso en 1970, ya Benjamín Vicuña Mackenna, apenas joven, en su diario de 1855, anunciaba que de no cambiar los hábitos y usos, en menos de un siglo la zona central de Chile sería un desierto. Aquellos que insisten en que el cambio climático no es más que una exageración podrán concluir que el intendente de Santiago entre los años 1872-1875, se equivocaba en su augurio. Pero quienes han comprendido que el cambio global es urgente, reconocerán en él un adelantado al desastre que se vive y al que se viene.

Uno de los receptores de esta mirada crítica es otro notable del pensamiento ambiental en Chile, Luis Oyarzún, quien a su muerte deja el manuscrito *Defensa de la tierra* (1972), el que será publicado, por sus más cercanos, al año siguiente (y reeditado por la Biblioteca Nacional en 2015). Puede ser que el tono catastrófico no ayude, pero qué más da, si hasta las evidencias crecidamente concretas tampoco parecen servir a la hora de constatar que las consecuencias son profundas. No solo por lo

que se sabe del cambio que vive el planeta, sino por aquello que está fuera del alcance de esa presencia sutil que llamamos Naturaleza.

De inmediato surgen voces, tal como lo fue cuando Nicanor Parra publicó sus *Ecopoemas* en el año 1982, que critican el hecho de que “hablar del clima” es una preocupación de quienes miran al cielo y no se preocupan de lo que ocurre en la tierra. Por no decir que se ocupan de lo etéreo, mientras lo social se aplaza. No obstante, día a día, las noticias, los índices, los porcentajes y las cifras anuncian que Chile, a pesar de ser calificado en los repertorios internacionales como “la mejor casa del peor barrio”, Latinoamérica, tiene características que lo hacen destacarse negativamente sobre el resto del vecindario, más aún cuando se trata de índices de contaminación del aire. No es fácil decidir qué es lo más urgente entre lo urgente, pero cuando no se puede respirar, sin duda se ha alcanzado un límite. Un límite no solo vital, sino también constitucional. El derecho a respirar un aire limpio no es una exigencia esnob ni rebuscada. No es mucho decir que sea humano en cuanto tal.

Nos acercamos cada día más a ese momento en que será un deber asumir, para quienes tienen tal responsabilidad superior, tanto los gobiernos como el Estado, de velar efectivamente por la vida de los habitantes. La urgencia de un cambio profundo de sistema de producción, de transporte, de extracción, de uso, de servicios y de logística, entre otros, apremia. Interrogarse por quiénes efectivamente hacen algo por cambiar las condiciones y quiénes se abstienen ante el temor de afectar precisamente la raíz del modelo extractivo y nocivo de lo orgánico y lo inorgánico, se mantendrá, sin duda, como una de las preguntas de la historia por venir. Esto, claro, siempre y cuando sobrevivamos para que algo así como el juicio de la historia importe. En todo caso, no se trata de la disyuntiva política tradicional de izquierda o derecha, esa polaridad no alcanza para abarcar ni para representar a los afectados, menos a los responsables.

La apelación al derecho de tener aire para respirar no es una opción de quien puede darse el lujo, ya casi imposible en Chile, de vivir en una ciudad con índices de contaminación del aire aceptables. Estamos muriendo ahogados y no es por la llegada del anunciado derretimiento de los polos, que hará que los niveles del mar inunden zonas completas, sino porque, mucho antes, cada año, cada invierno, una parte importante de la población de Chile se somete a condiciones extremas de mala calidad del aire. Sumidos entre excesos de agentes tóxicos y de polvo en suspensión, para no mencionar directamente la idea gráfica de la nube de humo, morimos un poco, sofocados, en silencio.

Por estas causas, hablar del clima, quizás, ya no sea el punto más bajo de la conversación, sino el punto más alto del síntoma. Eso que nos unía democráticamente, en palabras de Chesterton, eso que le otorgaba igualdad a un mundo marcado por las diferencias sociales y económicas, en contraste con un cielo común para todos, se está transformando en una nueva versión de la desigualdad, o en un lento suicidio colectivo. Creer que compartir el mismo cielo polvoriento de esmog es un signo de democratización e igualdad, no es una postal fácil de vender para las instantáneas vanidades de la OCDE.

Chile ha vuelto a ser elegido como el país número uno del continente para el turismo aventura y los

destinos naturales. Paradójico, por no decir irónico, que mientras se celebra la naturaleza, los paisajes y la geografía, los ciudadanos no tengan qué respirar en las ciudades. Cómo llamarle a eso, si no la aventura extrema de sobrevivir sin aire (y en el norte la cosa no va mucho mejor: tienen aire, pero el agua pareciera tener los días contados, mientras las mineras continúan con sus procesos extractivos como si todo fuera normal).

Volvamos al aire o a la falta de aire, que es la realidad para la población en la mayoría de las capitales de la zona centro y sur del país. Insistir sobre el hecho de que los que más sufren por esta forma de pausado envenenamiento son los ancianos y las personas menores, ya no basta. Da la impresión de que quienes tienen el deber de ayudar a que Chile tenga un futuro en el horizonte común del tiempo y del espacio, esto no les importara.

Temen perder votos, financiamiento, apoyo. La matriz energética sigue ahí, intacta, como si se tratara de la mejor norma para las grandes ciudades. Hacer mención a los responsables no implica solo a los políticos, la gravedad de la situación alcanza a toda la clase dirigente en todos los ámbitos de manera transversal, no es una cuestión exclusiva de ministerios y autoridades vigentes.

Es impopular limitar los efectos de una forma de vida a la que no le queremos ver los defectos. En Chile vivimos

en ciudades que son a la vez hogar y sarcófago de sus ciudadanos, entre el aire y la tierra, o, más bien, entre la polvareda y el polvo que seremos. Es evidente que las medidas de descontaminación, la alta concentración de parque automotor y, puntualmente, las formas de calefacción, no permiten sobrellevar una vida sana. Cualquier mención a nuevos límites se asume como una limitación de la libertad, como si la autonomía significara luz verde para atentar contra la propia vida y la de los demás. ¿Cómo no va a ser urgente hablar del clima? Si vivimos esperando la lluvia como quien espera una fiesta, un alivio, la sanación o la salvación quizás. Hablamos del clima mientras, ligeramente asfixiados, el cielo nos mira tras un velo de indolencia que no es más que el propio y vergonzoso reflejo de cómo vivimos. Una ciudad de siete millones de habitantes viviendo sobre sus desechos. [S]

¿Por qué la gente está siendo tan amable?

La artista y ensayista estadounidense, autora de *Clase cultural. Arte y gentrificación*, ha dedicado gran parte de su carrera a examinar los lazos entre capitalismo, arte y sociedad. En este ensayo, publicado en la revista *e-flux*, Rosler reflexiona en torno a la nueva presión social por ser agradable en la economía de la información, donde la “uberización” del trabajo y la costumbre de evaluar las transacciones –algo que ocurre mucho en el mundo del arte– ha instalado el imperativo de ser simpático y, de paso, ha llenado las relaciones comerciales de falsas emociones.

POR MARTHA ROSLER

Si el afecto es el proceso por el que las emociones toman forma, vale la pena preguntarse por qué todos están siendo tan amables. ¿“Amable”? Aquí una definición del diccionario Webster:

Dar placer o alegría: bueno y agradable
: atractivo o de buena calidad
: atento, cortés y amistoso

Nadie creería que hoy esté emergiendo un lado especialmente amable de la naturaleza humana porque las cosas van muy bien. A menos que seas parte del llamado uno por ciento, las cosas probablemente no están yendo tan bien. (Estoy hablando de la mayoría, pero claramente no de todos, los países muy industrializados y con salarios elevados). El desarrollo de las economías posindustriales (“posfordismo”), basadas en la información o en el conocimiento, llevó al término de los trabajos estables, asegurados con contratos, un sueldo digno, un futuro y la promesa de una pensión razonable al jubilarse. (Ya saben estas cosas). En la economía del conocimiento trabajamos, en un buen número,

por sueldos usualmente bajos. Incluso si no trabajas en esas “pegas” que generan plataformas como Mechanical Turk, Task Rabbit o Uber –por dar ejemplos–, de seguro trabajas gratis para las redes sociales por motivos laborales, de amistad y en buena medida también de autopromoción profesional. En el mundo del arte –y el periodismo, y quién sabe cuántos otros campos– han impuesto una jornada laboral de “24/7” sobre su mano de obra profesional, y no solo en sus escalas más bajas, como explicaré más adelante. El sector de servicios (alimentación, limpieza, hotelería y cosas por el estilo) y los trabajos del retail, además de imponer cada vez mayor inseguridad y horarios laborales inciertos, instala a los empleados más abajo en la pirámide social. ¿Ser obsequioso, incluso servil, para mendigar una propina? ¿Meter conversación como un conductor de Uber para obtener un buen “feedback” por la amabilidad? ¿Todas las transacciones deben ser calificadas! ¿Son estos comportamientos *de verdad agradables*?

La presión social por ser simpático es mucho más profunda que el imperativo de las buenas relaciones



Smile (2013), de Banksy

entre vecinos. Dice mucho de una obligación, en las economías neoliberales, de inventar, interpretar y adiestrar sistemáticamente un Yo transaccional.¹ “Muy amable” en realidad significa “no conflictivo” o “transacción de bajo costo”. Un principio básico del neoliberalismo se resume en la famosa frase “la sociedad no existe”.² Eso significa que *tú* eres totalmente responsable de cualquier consecuencia, ya sea relativa a una enfermedad, al éxito laboral o a la amistad. Así, la derecha republicana estadounidense exige arreglárselas por los propios medios: la gente *debe asumir la responsabilidad personal* renunciando a cualquier ayuda gubernamental. Los derechistas del Reino Unido inventaron el mote de “Estado niñera” para referirse a los programas de ayuda gubernamental. Como un eco del darwinismo social del siglo XIX, se consideró que la ayuda a los pobres dañaba la salud moral y el bien de la sociedad (y posiblemente la “raza”).³ Pero el concepto de bien común fue arrasado mucho más allá de la frontera que separa a los “pobres que no merecen ayuda porque no quieren trabajar” (*the undeserving poor*), de todos los que están

fuera de ciertos segmentos elevados. Esta responsabilidad se ofrece como libertad: libertad de ataduras, pero también libertad de obligaciones indeseadas. La llamada generación *millennial* ha crecido entendiendo que cada persona es responsable de moldear su yo más exitoso y vendible, y de evitar la trampa de la lealtad laboral, ya que los trabajos tampoco ofrecen ninguna promesa de lealtad.

El mundo del arte es quizás un caso especial. Es posible que los artistas –dejando de lado sus felicitaciones y condolencias prefabricadas en Facebook, destinadas a la prole, los padres y las mascotas– no se dediquen profesionalmente a cultivar la simpatía. Algunos curadores y varios historiadores del arte parecen inclinarse por una dignidad perversamente distante. Pero gran parte del aparato institucional a cargo de la distribución, la circulación, la publicidad y las ventas forma parte de una ofensiva de encanto y seducción a largo plazo. La economía de la experiencia, al igual que la economía del cuidado, exige un enfoque que viene de las relaciones públicas. Una alta proporción del personal de museos



Imagen de la exposición *Si tú vivieras aquí*, de Martha Rosler, que estuvo abierta en el MAC hasta el 13 de octubre.

y galerías, aquellos que deben comunicarse con gente de afuera y de adentro son, como la gran mayoría de los trabajadores de relaciones públicas, mujeres –un “gueto de cuello rosado”, es decir, un gueto femenino–, con todos los perjuicios que eso aún implica.⁴

En la economía de la experiencia, uno de los objetivos principales de los museos ha pasado a ser la promesa no de fomentar ni incitar la cultura o la contemplación, sino de edificar y sorprender a los visitantes, que van desde niños pequeños hasta ancianos y gente de todas las clases sociales.⁵ La economía de la experiencia exige autenticidad, lo que axiomáticamente se transforma en una falsa emoción exacerbada. Tal como el lenguaje “buena onda” de las relaciones públicas, los museos y galerías están públicamente emocionados, entusiasmados y encantados; como una vez dijo en broma y a la pasada mi amigo, el artista Tim Porges, estar emocionado es el negocio principal del mundo del arte. Como en Facebook, no existe un botón “No me gusta” (aunque ahora hay un botón de “enojado”, de “triste”; uno de risas, otro de sorpresa).

Las comunicaciones en el negocio del arte, en especial los correos electrónicos entre museos, galerías y artistas, muestran tropos más limitados –ni casuales ni demasiado formales–, emplazados en un espacio lingüístico hasta hace poco inhabitado, y en general

confinado a saludos y encabezados extrañamente elaborados. En estos documentos laborales, una fórmula hoy común –después del aún formal “querido(a)”– es “espero que este mensaje te encuentre bien”.⁶ Una intrusión en lo personal que es a la vez vacía, confusa y no más significativa que un beso al aire. Esta vaga invocación corporal es una regresión imaginaria al modo epistolar victoriano, por lo que uno podría pensar que no se trata tanto de cortesía sino de *cortesanía*. En un registro más coloquial, las despedidas estándar se exageran de forma tal que “mis mejores deseos”⁷ se eleva a “todos mis mejores deseos”, y “que tenga un buen día” pasa a ser “¡que tenga un gran día!”, y así. Esto viene más de la cultura de las ventas que de la escritura epistolar victoriana, pero, sea como sea, ha reemplazado de manera decisiva los cierres formales.⁸

Una amiga inglesa mira en menos toda esta “cháchara amable” tildándola de “hábito de las *gallerinas*” (como se llama en inglés a las recepcionistas jóvenes de las galerías, de actitud fría y displicente como una bailarina de ballet): creen que hablar así es de cuico. Bueno, quizás en Inglaterra, pero para nosotros –al menos en Estados Unidos– suena extrañamente forzado, como un eco lejano de otra época –o incluso de una época imaginaria. Pero su comentario me recuerda que la cortesanía inevitablemente remite al rango de

los subordinados sometidos a los caprichos de un pez gordo. No por nada, el mundo del arte ha sido comparado con la nobleza, un grupo prisionero de la realeza y de las altas burguesías, quizá hasta medio hambriento, pero que al parecer no pierde las esperanzas y aspiraciones de lograr tanto el favor como el acceso a esas altas esferas. Ambición, acceso, información rentable, adulaciones, chismes, luchas internas, competitividad expresadas con el cuerpo y a través de los modales... todo esto lleva a la creación de un grupo de cortesanos muy genuflexos que esperan una entrada al santuario de puestos respetables, aunque sea en los confines de la corte o, peor, en su trastienda.

El auge de la cortesanía coincide con la gentrificación. En medio de la explosión de la riqueza de la clase terrateniente, ganarse sus favores es la conducta habitual de los desposeídos, en un reino donde la tierra es lo más valioso. Este régimen de valores geográficos tiene su eco, como lo recuerda Fredric Jameson, en la figura dominante del curador, quien es contratado para distribuir los preciados bienes de una exposición.⁹

Se subentiende que la corte del arte, con sus súbditos principalmente femeninos, está fuera de la jornada laboral de cinco días y de 40 o 35 horas semanales (obligatoria para empleados asalariados en la mayoría de los países); sus miembros mal pagados y sobrecargados cumplen su semana de trabajo estando, tanto como pueden, disponibles y dispuestos a trabajar todo el tiempo.¹⁰

Los abogados jóvenes empezaron a hacer esto dos o tres décadas atrás, pero tenían como fin obtener un ascenso rápido para lograr ser socio de un bufete y ganar un montón de plata. En el mundo del arte, como en otros campos, este exceso de trabajo a menudo es necesario básicamente para no perder el puesto. Así que culpen a la inseguridad laboral y a las limitaciones de personalidad que provoca el neoliberalismo, cuando el asistente de un curador les escriba durante la noche de un fin de semana. Tiene que existir un apego profundo al trato del cortesano o el sistema entra en crisis.¹¹

Algo de nuestro desconcierto frente a la forma en que la gente se presenta, viene seguramente del hecho

de que una gran parte de nuestra comunicación ocurre en el espacio “incorpóreo” del texto online, a menudo con gente que no conocemos y sin el amparo que las presentaciones hechas por intermediarios –gente conocida para ambas partes– suelen ofrecer. Las comunicaciones digitales nos privan del sesgo performático del habla, una parte poderosa de la interacción verbal. Lo que podríamos llamar un habla torcida –que incluye el humor, el escepticismo, la ironía, el sarcasmo–, queda seriamente dañada cuando no hay un rostro, un cuerpo o una voz para expresar esos significados de un modo matizado.¹² No obstante, estos elementos figuran muchísimo en el comportamiento prefabricado que se puede ver en la televisión, en el cine y en gran parte de la vida públi-

ca. (Skype llena en parte este vacío expresivo de la comunicación digital). El emoticón o el emoji y el humilde signo de exclamación, sin mencionar el simple JAJAJA, se han adherido al vocabulario para tranquilidad nuestra y de quienes nos leen. Pero tanto el lenguaje matizado como los signos tranquilizadores usualmente son inapropiados en las relaciones comerciales, lo que provoca ansiedad, ya que nuestros correos podrían ser malinterpretados. De ahí que existan esas fórmulas de saludo libres de cualquier ansiedad y llenas de ¡dicha!, ¡júbilo! y ¡total compromiso!

La parafernalia de “preocuparse por los demás” –

las prácticas femeninas erradicadas de lo público– ha sido adoptada de forma táctica por el mundo empresarial.¹³ Cada intercambio orientado al servicio, incluyendo a los *bots* virtuales y a los empleados de call-centers remotos, deben supuestamente envolvernos en una calidez acogedora e infantilizante, al mismo tiempo que cada empleado, real o ficticio, está expuesto al *feedback* y a la evaluación por esos mismos criterios.¹⁴ La economía tecnológica se jacta de su identidad, como si fuera una suerte de espacio contracultural post-hippie, que hoy todos ven como una empresa *visionaria* y *disruptiva*. Pero esta destacada “nueva economía”, al igual que nuestros falsos amigos, despliega las mismas viejas prácticas corporativas predatorias, remozadas con “historias encantadoras y sentimentales del nuevo idealismo empresarial, una fe en el heroísmo que define la innovación creativa”, en palabras del periodista Nathan Heller. Heller,¹⁵

**Tal como el lenguaje
“buena onda” de las
relaciones públicas,
los museos y galerías
están públicamente
emocionados,
entusiasmados y
encantados; como una vez
dijo en broma y a la pasada
mi amigo, el artista Tim
Porges, estar emocionado
es el negocio principal del
mundo del arte.**



The Sun (2000), de Yue Minjun

citando al académico Fred Turner, rastrea el origen de esto en la “cultura colaborativa de investigación de la Guerra Fría”, por lo que este fenómeno no sería más que el mismo vino en una botella nueva.¹⁶

Pero desde una perspectiva más materialista, orientada al trabajo, productivista y política, esta era ha estado marcada, según la descripción de Luc Boltanski y Ève Chiapello en *The New Spirit of Capitalism*,¹⁷ por una ruptura radical ocurrida después de Mayo del 68, centrada en el paso del capitalismo industrial a una economía basada en el capital global de libre circulación, y en una fuerza de trabajo relativamente inmóvil.¹⁸ Los flujos de población han aumentado de manera dramática, por supuesto, con millones de personas escapando del colapso económico, del desarraigo, de la explotación y de la guerra, convirtiéndose en refugiados o en mano de obra migrante para distintas clases de trabajo –legal

e ilegal–, pero estos grupos no pueden esperar las mismas “fronteras abiertas” que se le ofrecen al capital.

El mundo del arte, también a partir de la década de 1960, entró en esta economía globalizada, y los artistas por lo general son trabajadores itinerantes que van a la zaga de instituciones flotantes y de las demandas del capital. Cuando nos quejamos de la pesadilla del mundo del arte manejado por el mercado, por su creciente institucionalización y sus caminos pauteados hacia el “éxito”, deberíamos recordar que por lo general participamos en él, en su búsqueda alienante y enfermiza por obtener una ventaja competitiva, y rara vez pensamos qué impacto tiene eso a todo nivel.

Es tiempo de decir: no más, Señor Buena Onda. [S]

Traducción de Virginia Moreno.

Notas

1 Una consecuencia es la convicción de que la principal obligación de una persona es cuidar su cuerpo, convicción expresada por todo el espectro político. Hay mucha literatura sobre el engaño de los programas de *coaching* que prometen ayudar a gente desesperada o a mujeres de mediana edad que buscan trabajo para producir su mejor y más vendible Yo. Ver, por ejemplo, el libro de Barbara Ehrenreich *Sonríe o muere: la trampa del pensamiento positivo*, Editorial Turner, 2011.

2 La famosa frase de Margaret Thatcher, dicha a la revista *Woman's Own*, fue: "Hay hombres y mujeres individuales y hay familias... La sociedad como tal no existe". <https://www.margareththatcher.org/document/106689>

3 Lo que estaba ocurriendo, obviamente, era una redistribución de la riqueza de los pobres hacia los ricos, además de una flexibilización de las regulaciones a los negocios y los impuestos.

4 Ver el artículo de Jennifer Pan en la revista *Jacobin* sobre los trabajadores del rubro de las relaciones públicas, quienes evocan el desprecio que prácticamente todo el mundo siente por ellos. <https://www.jacobinmag.com/2014/06/pink-collar/>

5 Los motivos que explican los cambios en la función social de los museos son muy complejos para que los desarrolle acá, aunque ya lo he hecho en varios otros lugares. Fredric Jameson, en su artículo "La estética de la singularidad", dice que el museo se ha transformado en un "espacio popular y de cultura de masas, visitado por multitudes entusiastas y que anuncia sus nuevas exposiciones como atracciones comerciales".

6 Algunos han sugerido que la prevalencia de la enfermedad y la muerte en el siglo XIX en Occidente hacía razonable dar la esperanza de que nada desafortunado había ocurrido entre el envío de una carta y su recepción.

7 Signo temprano de una era de entusiasmo forzado que empezó a comienzos de los años 70.

8 El vocabulario del inglés estadounidense, sin olvidar el inglés internacional, parece estar reduciéndose de manera drástica, al tiempo que se hunde en una fraseología infantil: se usa "malo" (*mean*) para decir "desagradable" o "descortés"; "enorme" (*huge*) para decir "grande"; "asombroso" (*amazing*) para decir "bueno"; "increíble" (*incredible*) para decir "muy bien" o "excelente"; mientras que cuando a alguien "no le gusta" algo lo "odia" (*hate*); "gustar" es "amar" (*to love*), y así.

9 Ver: Fredric Jameson, "La estética de la singularidad". En: *New Left Review*, N° 92, 2015, págs. 129-161.

10 No hay espacio acá para abordar la presión que se ejerce sobre los trabajadores no directivos para trabajar más sin recibir pagos por horas extras. Ver: "¿Quién es dueño de tus horas extras?", *The New York Times*, 22 de junio de 2015. Cito:

"Los empleados en Estados Unidos actualmente trabajan más horas que los de cualquiera de las diez potencias económicas, exceptuando Rusia (de China, eso sí, no tenemos buenos datos). Cuando el tiempo que excede las 40 horas de trabajo no tiene costo alguno para el empleador, la tentación de pedir más es casi irresistible. Pero para la mayoría de los empleados sobre los que no rigen normativas de horas extras, sus jefes tienen pocos incentivos para buscar formas de usar su tiempo de manera eficiente". Más dudosa es la afirmación de la autora del artículo, Fran Sussner Rodgers –asesora empresarial–, que dice que esto "no se trata solo de ser remunerado de manera justa por cada hora de trabajo. Se trata de usar bien el tiempo... una abrumadora mayoría de empleados no resiente el hecho de dedicar tiempo claramente dirigido a los clientes o al éxito de la empresa".

11 Los artistas deben mantener algo de fe en el sistema de galerías incluso si se muestran escépticos ante su funcionamiento.

12 Se puede obtener una imagen cómica de cómo se vería la automatización del trabajo afectivo aplicado a los e-mails a partir de la app (o aplicación informática) de Gmail *Emotional Labor*, de Joanne Mcneil.

13 Las empresas podrán adoptar ciertos tintes maternales en sus transacciones, pero entre los visionarios "pioneros de la tecnología" siempre está adscrita una fuerte identidad masculina, de la misma forma en que se usan tácticas empresariales despiadadas.

14 El sentimiento que la mayoría de la gente expresa –comprensiblemente– cuando se le pregunta por su experiencia con las "mesas de ayuda" es rabia incipiente, contra la que es desplegada preventivamente esta falsa preocupación de la que hablo.

15 Nathan Heller, "Naked Launch". En: *New Yorker*, 25 de noviembre de 2013, pág. 69.

16 Ver el libro de Fred Turner *From Counterculture to Cyberculture: Stewart Brand, the Whole Earth Network, and the Rise of Digital Utopianism* (University of Chicago Press, 2010). El capitalismo hippie continúa, obviamente: ver Ronda Kaysen, "The Millennial Commune". En: *The New York Times*, 31 de julio, 2015.

17 Luc Boltanski y Ève Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal, 2002.

18 O, en palabras de Badiou, el aumento gradual de la visibilidad política de los trabajadores industriales.

Las pintoras de la calle nueve

En 1951 se realizó en Nueva York una exposición que es todo un hito en la lucha contra la discriminación y el sexismo en las artes visuales, como lo muestra un reciente libro que rescata la vida y obra de Lee Krasner, Elaine de Kooning y Helen Frankenthaler, por nombrar solo a tres artistas que postergaron su carrera para apoyar a sus maridos, famosos representantes del expresionismo abstracto. Las cosas han mejorado algo en los últimos 30 años, pero aún queda mucho para revertir una paradoja vergonzosa: el porcentaje de artistas mujeres exhibidas en los grandes museos no supera el 10%, pero más del 80% de los desnudos son femeninos.

POR SEBASTIÁN EDWARDS

En 2013 se cumplió el centenario del pintor Jackson Pollock, el mayor baluarte del expresionismo abstracto. Ese año, uno de sus óleos fue vendido en Sotheby's por 23 millones de dólares (*The Blue Unconscious*). En la misma subasta, una tela de Lee Krasner, su esposa, se vendió por tan solo 900 mil dólares (*Dichotomy*).

Ambas cifras son enormes, pero un precio es 25 veces mayor que el otro. Lo que hace que esta diferencia sea especialmente paradójica es que, según una serie de académicos e investigadores, Pollock aprendió (y perfeccionó) su técnica de "pintura automática" y de "chorreo" gracias a su mujer. Fue ella quien lo impulsó en esa dirección y lo alentó en los momentos de angustia en que Pollock quería dejarlo todo, o volver a formatos más conservadores. Fue Lee quien lo recogió del suelo cuando caía borracho; era ella la que limpiaba su vómito y mantenía el estudio con un mínimo de orden. Lee

postergó su propia vocación para conseguir galeristas y coleccionistas que se interesaran por el trabajo de su esposo.

Pollock le pagó con infidelidades y críticas, con ninguneos y antipatía, con ataques de ira y depresiones sombrías, profundas y prolongadas. La noche en que murió en un accidente de automóvil, Pollock se encontraba con su amante, Ruth Kligman, una belleza neoyorquina de voz profunda, figura singular y cierto parecido a Sofía Loren. Ruth sobrevivió, mientras que Pollock y una amiga de la Kligman (Edith Metzger) fallecieron en forma instantánea. En esos momentos Lee Krasner se encontraba en París, promoviendo la obra de su esposo.

Pero Lee Krasner no fue la única artista de Nueva York casada con un pintor que lo pasó mal durante los 40 y 50. Elaine y Willem de Kooning tuvieron una relación tempestuosa, llena de peleas y separaciones,



Retrato del Presidente John F. Kennedy, por Elaine de Kooning

reencuentros pasajeros y nuevas rupturas. Durante largos periodos –especialmente cuando laboraba en *Woman I*–, De Kooning entraba en mutismos y desesperación. Elaine lo cuidaba y mimaba, quitándole tiempo a su propio trabajo y a su obra. Un aspecto curioso de esta historia, es que a los pocos meses de muerto Pollock, y justo cuando la crítica neoyorquina ungía a De Kooning como su sucesor y, por tanto, como el más prominente de los expresionistas abstractos, este empezó un affaire con la mismísima Ruth Kligman.

Según cuenta la leyenda, Helen Frankenthaler, otra artista formada en los años 40 y 50 del siglo XX, también casada con pintor –Robert Motherwell–, lo pasó un poco mejor. Aunque sigue siendo cierto que su obra ha recibido mucho menos atención y generado menores precios que la de su esposo, famoso por la serie de *Elegías* sobre la Guerra Civil Española.

El libro *Ninth Street Women*, de la crítica Mary Gabriel, cuenta la historia de cinco pintoras que lucharon contra el establishment y los cánones de los 40 y 50, para lograr un puesto en el mundo del arte. Además de Lee Krasner, Elaine de Kooning y Helen Frankenthaler, el volumen cubre las vidas y obras de Grace Hartigan y Joan Mitchell. Son las cinco mujeres más destacadas de la llamada “segunda generación” del expresionismo abstracto. Vivieron y trabajaron en el mismo vecindario, y establecieron relaciones de amistad y de solidaria complicidad. Y todas tuvieron que luchar por tener una voz, por pequeña que fuera, en el mundo del arte.

Mitchell, Krasner y Frankenthaler fueron alumnas del famoso artista alemán Hans Hofmann, aunque años después confesarían que aprendieron poco, ya que el maestro tenía un acento tan marcado y profundo que era prácticamente imposible entender lo que decía y las instrucciones que les daba. A veces, ni siquiera estaban seguras de que Hofmann estuviera tratando de hablar en inglés.

El título del libro está tomado de una famosa exposición de artistas de vanguardia que se montó en 1951 en un galpón en la Calle Nueve de Nueva York. A pesar de las dificultades que los artistas enfrentaron para llevarla a cabo, la muestra fue un éxito total, tanto de crítica como de público y ventas. Para ser parte de la exposición había que ser aprobado por dos comités de selección: uno oficial y el otro implícito, formado por críticos, pintores ya consagrados y otros personajes que, por alguna razón misteriosa, habían llegado a ser enormemente influyentes. Entre estos últimos

se encontraban el italiano Leo Castelli –quien pronto fundaría la galería icónica que lleva su nombre–, el artista Franz Kline y el crítico Clement Greenberg. Este último era quien, durante décadas y a través de sus artículos –primero para *The Nation* y luego para *Commentary*–, determinaba quién triunfaba y quién fracasaba en el firmamento artístico de Nueva York.

Desde luego, el mundo del arte no es el único donde las mujeres han tenido que luchar para ser tomadas en serio y lograr una cierta paridad con los hombres. Eso también es cierto en el mundo de la música clásica –¿cuántas conductoras de orquestas de primera línea conocemos?–, del teatro y del cine, y de la literatura. La escritora Siri Hustvedt capturó esta lucha en forma magistral en su novela *The Blazing World*, de 2014. Es la historia de la artista Harriet Burden, quien a pesar de un enorme talento es pasada a llevar en exposiciones y bienales por el simple hecho de ser mujer. Lo interesante es que la propia Siri Hustvedt ha sido objeto

de discriminación en el mundo de las letras. Para muchos, ella no es una escritora con mérito propio; para ellos, se trata, tan solo, de la esposa de Paul Auster.

Un personaje secundario, pero con apariciones recurrentes a lo largo de *Ninth Street Women*, es Roberto Matta, quien llegó a Nueva York en 1939, un poco antes de que los surrealistas,

liderados por André Breton, dejaran París para escapar de la ocupación nazi. Matta tuvo una enorme influencia sobre los expresionistas abstractos –incluyendo a De Kooning y Pollock–, tanto a través de su visión sobre lo que debía ser el arte como por sus propias obras, especialmente sus *Morfologías psicológicas*. Pero el mayor impacto de Matta fue sobre Motherwell, con quien viajó a México durante seis meses en 1941. Motherwell cuenta que los colores de las frutas y verduras en los mercados locales lo maravillaron, y que el tiempo que pasó con Matta en Coyoacán fue esencial en su formación artística. De hecho, su mayor producción durante ese viaje fue una serie de dibujos a tinta china, colectivamente conocidos como los *Mexican Sketchbooks*, en los que la influencia de Matta y el surrealismo es evidente.

En *Ninth Street Women*, Matta no es un personaje simpático o querible. Al contrario, aparece ante el lector como un ser contradictorio y complejo. Por un lado, genial, chispeante y envolvente; por otro, arrogante y frío. Para Matta las mujeres de sus amigos eran tan solo esposas y no podían aspirar a pertenecer a la tribu creativa que él presidía. Esto es lo que escribe Mary

Fue tal la repulsión que Lee Krasner sintió ante el trato discriminatorio, que le exigió a Pollock que dejara de asistir a las reuniones de Roberto Matta.

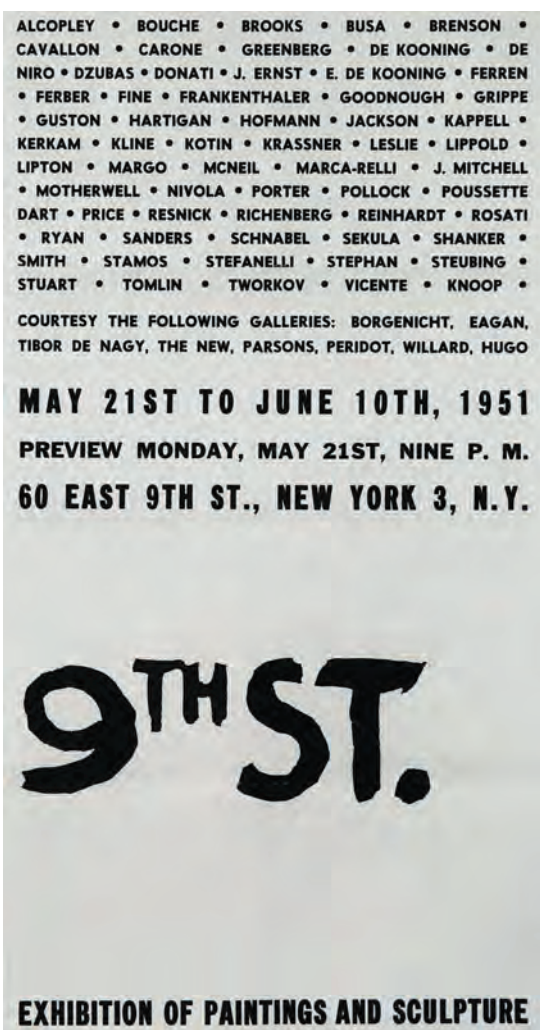
Gabriel: “Motherwell convidó a Pollock a unirse a un grupo de surrealistas jóvenes que se estaban separando de la escuela de André Breton. El instigador de la rebelión era un carismático pintor chileno... llamado Roberto Matta Echaurren... Matta cautivó a los jóvenes americanos. Actuaba como un maestro, exigiendo atención y respeto... Al mismo tiempo era divertido: su risa trinaba hacia lo alto, como la de una ‘soprano con alas’... [Matta] sugirió que los hombres se reunieran a discutir sobre arte en su estudio de la calle Novena, y que las ‘esposas’ fueran invitadas después para reuniones puramente sociales, donde jugarían juegos de salón surrealistas”.

Desde luego, la idea no les cayó nada de bien a las artistas. La Krasner sintió que para Matta (y para los otros surrealistas, incluyendo a Breton), las mujeres eran como perritos poodles o como muñequitas, “como algo que uno viste para exhibir ante los demás”. Fue tal la repulsión que Lee sintió ante el trato discriminatorio, que le exigió a Pollock que dejara de asistir a las reuniones de Matta. Escribe Mary Gabriel: “Los admirados *émigrés* le mostraron a Lee la fea realidad del sexismo en las artes, y ella temió que la idea surrealista de que el arte era un dominio masculino pudiera asentarse en Nueva York. De hecho, es lo que sucedió. Lee notó que algunos hombres empezaban a tratar a las colegas mujeres como si fueran seres inferiores. Años después recordaría: ‘Por primera vez en mi vida sentí que se podía pensar que una mujer era un estorbo. Estaban los artistas y estaban las damas. A mí me consideraban una dama, a pesar de que yo también era una pintora’”.

La gran exhibición de 1951 en la Calle Novena es solo uno de los muchos hitos en una larga lucha. En 1989, las calles de Nueva York se vieron invadidas con posters con reproducciones de *La Odalisca* de Ingres con una máscara de gorila. El póster llevaba una leyenda que decía: “¿Tienen que estar desnudas las mujeres para entrar en el Metropolitan Museum?”.

Con una tipografía más pequeña, el póster agregaba: “Menos del 5% de los artistas exhibidos en el Met son mujeres, pero 85% de los desnudos son femeninos”. El póster estaba firmado por un colectivo de artistas que se llamaba a sí mismo The Guerilla Girls. Las cosas han mejorado algo, en los últimos 30 años, pero aún queda mucho por avanzar.

En noviembre del año 2004, el Museo de Arte Moderno de Nueva York reabrió sus puertas luego de una remodelación masiva. El crítico Jerry Saltz se dio el trabajo de contar cuántas obras de mujeres había en los pisos cuarto y quinto, los niveles más importantes donde se exhibe, en forma rotativa, parte de la colección permanente. Había 415 obras, entre las cuales tan solo 20 –menos del 5%– eran de artistas mujeres. Algunos años después el porcentaje de mujeres había caído al 3.5%. Esto, aclara Saltz, sin contar las seis telas de la serie *Women* de Willem de Kooning.



Póster de Franz Kline promocionando la exposición de la Calle Nueve.

Poco a poco, distintos museos les han ido dando más espacio a mujeres, incluyendo a las artistas del libro *Ninth Street Women*. Por ejemplo, este año el Barbican organizó una enorme y estupenda retrospectiva de Lee Krasner, en la que se puede ver su evolución artística desde los 1930 hasta su fallecimiento en 1984. La muestra viajará a Frankfurt, Berna y Bilbao. Pero además de exposiciones se necesitan más libros, monografías y artículos que escarben el tema y que cuenten la verdad.

Una pregunta que ha perseguido a los estudiosos de las artistas de los años 40 y 50 –y específicamente a las mujeres en el libro *Ninth Street Women*– es si sus esposos les pidieron (o exigieron) que dejaran de pintar. La respuesta que nos da Mary Gabriel es que eso no sucedió. A ninguna de las cinco se le exigió abandonar su vocación. Estaba implícito que debían apoyar a sus maridos y que si ello significaba postergar su carrera, eso era lo que debían hacer. Pero sacrificarse y postergarse, no es lo mismo que abandonar totalmente las



Jackson Pollock mostrando un cuadro de su esposa Lee Krasner.

artes. Contra los prejuicios, contra el deber ser, contra el machismo dominante, ellas siguieron pintando, se hicieron famosas y, justamente por eso, se las incluye en estudios y libros. El problema es que nadie recuerda a aquellas que sí abandonaron sus carreras, que tiraron la esponja, que no pudieron seguir liderando en un mundo hostil y sexista. Además de las cinco estudiadas en *Ninth Street Women*, otras cuatro mujeres fueron incluidas en el show de la Calle Nueve. ¿Qué fue de ellas? ¿Qué pasó con sus carreras?

Otra pregunta esencial es ¿cuán en serio los hombres consideraban las carreras y las creaciones de sus mujeres? ¿Las miraban con condescendencia o como pares? Una foto en el magnífico libro sobre Lee Krasner, que acompaña la retrospectiva del Barbican de Londres, nos puede dar una clave al respecto: en la página 44 aparece una foto de Jackson Pollock afuera de la casa que compartía con Lee en East Hampton. El año es 1955, Pollock tiene un cigarrillo en la boca y mira hacia adelante con un aire de completa seriedad. Lleva una polera negra y sujeta un cuadro de su esposa

para que Hans Namuth lo fotografíe. Pero hay un problema: Pollock sostiene el cuadro en forma horizontal, cuando la composición es vertical. Pollock ayuda a que la obra de Lee sea fotografiada, pero no presta ninguna atención, y no le importa mostrar la tela “al revés”. Yo no conozco los detalles, pero me imagino que Pollock pasó innumerables veces frente al cuadro en el estudio de Lee. Sobre el caballete siempre estuvo en vertical. Pollock pasa y vuelve a pasar, se encuentra con el cuadro una y otra vez. Lo mira, pero nunca lo ve. S



Ninth Street Women

Mary Gabriel

Little, Brown & Company, 2019

944 páginas

\$26.080 en [buscalibre.cl](https://www.buscablibre.cl)

Brújula

EL PADRE DE LAS FAKE NEWS



Además de fundar el género policial y ser un maestro en el misterio, Edgar Allan Poe fue también un reportero bastante aficionado a la invención de noticias. *New York Sun*, por ejemplo, en 1844 publicó la asombrosa historia –rica en detalles– de un globo aerostático que, en apenas 75 horas de vuelo, logró cruzar el Atlántico. Poe ocupó nombres de aeronautas reales y echó mano a sofisticadas explicaciones técnicas para explicar la proeza. Sin embargo, dos días después de la publicación el diario debió rectificarse: “Al no haber aportado el pasado sábado los correos procedentes del sur una confirmación de la llegada del globo de Inglaterra... nos sentimos inclinados a creer que la información es errónea”. En 1849 volvió a poner en circulación una de sus noticias falsas, esta vez a través del periódico semanal de Boston *Flag of Our Union*, donde señalaba el descubrimiento, por parte de un científico neoyorquino, del método largamente buscado por los alquimistas para convertir los metales viles en oro. Como si no fuera suficiente, Poe invitaba a reconsiderar sus planes a aquellos que quisieran sumarse a la fiebre del oro, en pleno auge por entonces, aduciendo que con la revelación de este secreto el oro no valdría más que cualquier otro metal ordinario.

RAÚL RUIZ REVISITADO



A ocho años de la muerte del cineasta chileno, sus películas, planteamientos y textos laterales son cada vez más difundidos, analizados y discutidos. Recientemente se han publicado tres libros: *Duelos y quebrantos*, recopilación de poemas que Ruiz dejó inéditos y que viene a amplificar su producción literaria cuya obra mayor es su *Diario*; *Los años chilenos de Raúl Ruiz* es un estudio de Yenny Cáceres a las primeras películas realizadas antes de partir al exilio en 1973, en un relato coral que funciona al mismo tiempo como un retrato de su generación, incluyendo entre sus múltiples voces la del mismo Ruiz, quien habló profusamente con la autora poco tiempo antes de morir. Y *Metamorfosis. Aproximaciones al cine y la poética de Raúl Ruiz*, de Valeria de los Ríos, se concentra en una concepción del cine como método autorreflexivo donde lo dramático tiene una importancia mínima. Entre los libros aparecidos en el extranjero, destaca el que le dedica la excelente colección Signo e Imagen de editorial Cátedra, donde analizan la obra de Ruiz críticos como Adrian Martin y Jonathan Rosenbaum, el músico Jorge Arriagada o el filósofo Andrés Claro.

LAS MANIFESTACIONES SOCIALES DEL SIGLO XXI



Si *La batalla de Chile* resulta imprescindible para entender la crisis política que vivió nuestro país en 1973, del mismo modo que *El fondo del aire es rojo* lo es para quien desee adentrarse en los movimientos sociales de los años 60, hoy el género documental está captando las tensiones, luchas y frustraciones de los ciudadanos del siglo XXI. En Netflix hay una buena cantidad de títulos sobre feminismo, las movilizaciones medioambientales, la reivindicación de derechos sociales y los movimientos independentistas. Del año 2013, por ejemplo, es el nominado al premio Oscar *The Square*, de Jehane Noujaim, un relato coral sobre la revolución egipcia, desde el derrocamiento del líder militar Hosni Mubarak en 2011 hasta la deposición de Mohammed Morsi en 2013. La película destaca por su visceralidad e inmediatez, mostrando también cómo las redes sociales se han convertido en fundamentales armas de lucha.

Winter on Fire se sumerge en los 93 días de la revuelta popular ucraniana que terminó con el derrocamiento del presidente Viktor F. Yanukovich, después de que este decidiera estrechar lazos con la Rusia de Vladimir Putin en lugar de optar por la integración europea. El documental captura la extraordinaria movilización de casi un millón de ciudadanos a lo largo de todo el país, pero sobre todo pone atención a las acciones ocurridas en la plaza Maidan de Kiev, lugar que sirvió como base de operaciones de los manifestantes.

Joshua: adolescente vs. Superpotencia es un perfil del estudiante hongkonés Joshua Wong, quien desafió al Partido Comunista chino al liderar la llamada Revolución de los Paraguas, exigiendo mayor autonomía por parte del gobierno de Pekín, la que obligó a China a enfrentar una protesta popular de tremenda envergadura.

En *Al filo de la democracia*, la brasileña Petra Costa reflexiona sobre su país y las instituciones a partir de los procesos contra Lula da Silva y Dilma Rousseff, debido a las implicancias en esa enorme red de financiamiento ilegal de la política conocida como Lava Jato.

Kafka y la causa feminista

La pregunta de si la literatura del autor de *La metamorfosis* pasa demasiado por alto la causa feminista no resulta del todo justa. Porque Kafka se sitúa *más acá* de esta bandera, en lo que no consigue ser humano, y por ende, en lo que falla a la diferencia sexual. El hijo-insecto, ¿es el prototipo del escritor? ¿O de la escritora? ¿O del escritor? Mejor: si en Gregorio Samsa tocamos el límite de la humanidad, ¿tiene aún sentido articular el problema de la escritura junto al del género y al del ser sexuado? Desde su mudez, desde su cuerpo extraño, ¿tiene sentido hablar de lo masculino y lo femenino?

POR AÏCHA LIVIANA MESSINA

Cada vez que voy a hablar de Kafka a Estados Unidos, me preparo para que me pregunten por el lugar que las mujeres tienen en su obra. Hasta el momento, me lo he tomado siempre con un poco de ironía, pues no veo por qué Kafka debería estar preocupado de la causa feminista. Tenía ya tantos rollos personales... Además, estoy enamorada de Kafka. La voz que emerge de su obra forma parte de mi sistema de sobrevivencia. Que el destino de un abogado haya sido escribir *La metamorfosis*, me hace pensar que hay un hoyo dentro del universo, algo que escapa a toda lógica, pero también algo profundamente terrible, y que este hoyo no deja de respirar.

¿Acaso mi amor por Kafka hace que cierre los ojos sobre ciertos rasgos suyos machistas, o incluso que los excuse? Podemos reparar en el hecho de que en Kafka, efectivamente, los personajes “principales” son hombres (varones). Es más, en muchos de sus relatos, las mujeres tienen como único rol el de ser un poco pícaras o muy provocadoras, de engañar a los hombres (a los

pobres hombres, condenados sin causas precisas). En Kafka, las mujeres no se pierden en los meandros de la Ley. Al contrario, contribuyen a empeorar la situación de estos hombres (varones) ya perdidos. Y para peor, cuando Kafka escribe *La carta al padre* casi nada dice de su madre, además de que su amor por su marido le quitaba “independencia espiritual” (no en sí, sino desde el punto de vista del hijo).

¿Pero, la literatura está volcada a lo representado o hacia otra cosa?

Por cierto, no creo que la literatura de Kafka nos relacione con lo irrepresentable y que, en este sentido, sea algo así como un texto religioso. Pienso que el objeto de su escritura refleja la condición de enmudecimiento del escritor, de tal suerte que los cuentos y novelas reflejarían en realidad la condición –o *incondición*– del escritor. El objeto de la escritura no sería diferente del problema de su sujeto. Pensemos en *La metamorfosis*: un buen hijo de familia despierta un día en un cuerpo de insecto, no pudiendo así ir al trabajo, producir, ganar





Kafka y su hermana Ottla, en Praga.

dinero, ni tampoco hablar, comunicarse con otros y otras. Este relato me parece que narra la situación paradójica del escritor que escribe desde lo que le impide obrar en el mundo, comunicarse con otros y en este sentido ser mundano: ser parte de la economía que produce el mundo, la sociedad, sus valores (y sentirse bien con ellos). Kafka mismo, a pesar de tener un buen trabajo, experimenta este no poder trabajar, no poder producir, no poder ser parte de una economía común (esta economía que, si

seguimos a Marx, no es solamente productiva de bienes y de valores sino de la propia sociedad y humanidad). En efecto, para Marx es a partir del trabajo y de lo que produce que los individuos se relacionan unos con otros y se autoproducen como sociedad y como humanos. Sin una participación común en la producción y en la producción de lo común, uno deja de ser humano, de ser homogéneo con la sociedad, de sentirse parte de un mundo, de poder comunicarse tranquilamente con otros.

El enmudecimiento de Kafka no está relacionado con algo que no puede decir, sino con el hecho de que su inactividad lo sustrae del mundo de la producción, del sentido y entonces también de la producción de lenguaje y de significaciones (las cuales también son frutos de un trabajo, de un obrar, de una economía). Entonces, que un hombre, un buen hijo, que se levanta todas las mañanas para llegar a la hora al trabajo, despierte en un cuerpo de insecto no es una mera fantasía, el fruto de un acto de magia. Es la experiencia, la in-condición, de quien no consigue ser parte de la economía a través de la cual la humanidad se autoproduce. Aquí la extrañeza del cuerpo no es correlativa de una metamorfosis en el sentido de una transformación. Gregorio no es un animal: es la imposibilidad de ser humano, de comunicarse, de estar con otros. Gregorio se convierte en insecto por la imposibilidad de comunicarse. Su cuerpo es el correlato de su enmudecimiento.

Aquí la escritura se vuelve problemática. El hijo-insecto, ¿es el prototipo del escritor? ¿O de la escritora? ¿O del escritore? Pero... si en Gregorio Samsa tocamos el límite de la humanidad, ¿tiene aún sentido articular el problema de la escritura junto al del género y al del ser sexuado? Desde su mudez, desde su cuerpo extraño, ¿tiene sentido hablar de lo masculino y de lo femenino? ¿No es desde un cuerpo definido, mundano, que se puede relacionar con otros, que podemos concebir la sexualidad? Y, ¿no es desde la inscripción en un discurso que podemos concebir el género (en todas sus variantes)?

Con esto me quedé por algunos años tranquila. La pregunta de si la literatura de Kafka pasaba demasiado por alto la causa feminista no correspondía, porque Kafka se sitúa *más acá* de esta causa, en lo que no consigue ser humano, y por ende, en lo que falla a la diferencia sexual. Sin embargo, me parece que la relación de la obra de Kafka con una cierta causa feminista puede ser desarrollada ulteriormente. ¿Acaso lo que dispone la obra de Kafka no es, justamente, la organización típicamente patriarcal de la sociedad, desde el rol que ocupan los varones en ella, hasta el modo en que toda una economía la sustenta? Es más, ¿acaso la *Carta al*

padre no es una carta dirigida a esta fuente inaccesible de autoridad encarnada por el padre?

En Kafka está todo el dispositivo patriarcal definido como sociedad donde mandan los hombres, donde la familia se rige en torno a la figura del padre, y que funciona por medio de la dimensión productiva del trabajo con la cual nos legitimamos, rendimos cuentas (al padre). Pero este dispositivo presenta sus fisuras. No es que Kafka nos encamine hacia el matriarcado. En Kafka hablan los hijos perdidos, los hijos del fracaso de esta lógica (los "loser sons", como diría Avital Ronell). Lo interesante es que aquí los hijos no hablan en su condición de hijos, en cuanto hijos *de* un padre, sino desde su in-condición, desde lo que los hace otros, ni hombres ni animales,

extraños a la economía familiar y a la lógica misma que estructura tal familia, es decir, el patriarcado. ¿Será entonces que en Kafka la ausencia de una representación femenina *adecuada* tenga que ver con la ausencia de una representación masculina *adecuada*? Después de todo, Odradek o Gregorio Samsa provienen de lo que falla a la lógica de la diferencia sexual, así como de la diferencia de género. Kafka no sería indiferente a la causa feminista. Estaría *ya fuera* de ella, del círculo (entre otros familiar) que la pre-determina, de su ley.

Con todo, creo que se puede decir más.

Solemos concebir la literatura desde una idea, si no abstracta, por lo menos autónoma de lenguaje. Hacemos como si la literatura fuera una relación con el lenguaje, pero con un lenguaje desarraigado de la historia y entonces del modo en el que, por razones históricas, nos sexualizamos a través del lenguaje. Pues somos niñas, niños, niñes, desde un lenguaje. Somos varones y damas, masculino y femenino, somos incluso transexuales y asexuales *desde un lenguaje*. Gritamos, hablamos suave, hablamos firme, o hablamos temblando desde características (caracteres) ya predefinidos antes de que accediéramos a la palabra y desde nuestro propio cuerpo ya hablante, ya heredero de una historia del lenguaje y del cuerpo. De hecho, el patriarcado no es ni un mero hecho biológico que dependería de una supuesta supremacía sexual o genital, ni un mero hecho cultural. Si es la vida la que produce lenguaje, la que produce formas, colores, símbolos,

Odradek, Gregorio, los animales del bestiario, no remiten a una vida que se conserva y que, para asegurar tal conservación, se somete a la autoridad del padre. Son más bien fallas en esta economía que, si bien no asegura ninguna redención a los hijos perdidos y perdedores, dejan abierta una brecha y, también, una esperanza.

modos de aparecer y de esconderse ("la naturaleza ama esconderse", dice Heráclito), la vida es una continua escritura desde la cual los seres se diferencian en su apariencia, en su cuerpo. La sexualidad es así el fruto del carácter ya fantasioso de la vida.

Pensando así, el lenguaje de la literatura es el lenguaje de la vida. No es un lenguaje que refiere a significaciones ideales. En el lenguaje, las significaciones son vitales y son productoras de vida. Con el lenguaje, respiramos aire, nos constituimos como seres vivientes; y producimos aires: producimos vida como lo que está ya siempre en mutación. El lenguaje no es un lujo, un artificio en la naturaleza; es una de las condiciones de posibilidad de los seres vivientes. Es una de las formas de la naturaleza.

En *La metamorfosis* encontramos justamente esta dimensión mutante de la vida posibilitada, entre otros hechos, por el lenguaje e incluso por el modo en el que se expresa y se encarna la mudez. Si pensamos en Gregorio vuelto insecto, el insecto no designa una nueva condición de Gregorio. Gregorio no pasa de ser hombre varón a ser animal. No pasa de una condición humana (cultural) a una condición animal (biológica). No pasa de un género a otro. Esto presupondría que estos géneros, estas fronteras que los separan, son certeros. Ahora bien,

Gregorio encarna una in-condición: no es ni hombre ni animal. Es un hijo que tiene pensamientos humanos encerrados en un cuerpo animal. Durante todo el relato, Gregorio vuelto insecto no deja de pensar, incluso de tener atenciones, busca cuidar su entorno. Lo que no puede es comunicar. Es entonces un humano huésped de un animal. Siguiendo esta misma "lógica", Gregorio no se nutre de alimentos de insecto. En un momento determinado, escucha una pieza de música tocada (bastante mal) por su hermana. En ese momento empieza a tener hambre de música, lo que lo lleva a salir de su escondite y, por esta razón, por aparecer en su extrañeza, a ser matado por su propia familia. La música, su alimento espiritual (y a la vez su único alimento), lo lleva a la muerte, a ser echado a golpes de escoba, a morir sin sepultura... como un insecto (o como un perro, diría K.).

Gregorio el insecto *no vive de la economía familiar, sino de música*, de la música mala de su hermana. Por cierto, no vive para durar (y tampoco para conservarse), pero su enmudecimiento es también el evento de una escucha insólita. En el silencio del insecto está la vida en mutación. El silencio o la condición de mutismo, tal como el lenguaje, es vital y creador de vida. La vida que se transforma conserva la huella de un silencio. La historia de la vida da vida también a esto que podría no tener historia: el silencio, los seres mudos de la historia, esto de lo que no hay registro, pero que, en el caso de Gregorio, está encarnado en la extrañeza, incluso la monstruosidad de su cuerpo.

Volvamos con esto al tema del patriarcado. En Kafka está todo el dispositivo del patriarcado, y dentro de este

dispositivo, los personajes femeninos suelen ser personajes callados o bien mujeres provocadoras, como en el jardín del Edén, o bien madres dependientes de su marido y que por lo mismo serían "poco espirituales". Sin embargo, hay también una vida donde las premisas de este dispositivo están modificadas, pero también donde queda algo de este dispositivo, algo que dentro de este dispositivo podría no tener historia: un cierto silencio. Es de hecho esta mudez la que hace posible una mutación en la vida y

En Kafka hablan los hijos perdidos, los hijos del fracaso de la lógica patriarcal. Lo interesante es que aquí los hijos no hablan en su condición de hijos, sino desde su in-condición, desde lo que los hace otros, ni hombres ni animales, extraños a la economía familiar y a la lógica misma que estructura la familia.

con ella una mutación en la historia. Odradek, Gregorio, los animales del bestiario, no remiten a una vida que se conserva y que, para asegurar tal conservación, se somete a la autoridad del padre. Son más bien fallas en esta economía que, si bien no asegura ninguna redención a los hijos perdidos y perdedores, dejan abierta una brecha y, por ende, una esperanza. El patriarcado ancestral que gobierna la sociedad desde el modo en que la vida se racionaliza está derrotado por el aspecto híbrido de los hijos que abren a otras expresiones de la vida, y a otras historias de la vida. [S]



Ilustración: Verena Urrutia

“¿No es extraño que quienes dominan el género humano ocupen un rango tan superior al de quienes lo educan?”.

- Lichtenberg

El pop como síntoma

El radical reacomodo que para la industria discográfica y los medios ha traído internet hace fácil creer que el periodismo musical apenas guarda ya razón de ser. Por el contrario, la observación del panorama pop se ha permitido desvíos nuevos que contribuyen a profundizar y volver más desafiante el oficio. Allí están hoy los cruces –completamente atendibles– de creación, sociedad y política con reggaetón, rock y hip-hop, en lecturas de tendencias que la crítica literaria o cinematográfica no parecen captar.

POR MARISOL GARCÍA

Hablar sobre canciones nunca ha sido hablar solo sobre canciones. Lo mismo “Bésame mucho” que “Dancing Queen”, qué duda cabe, recrean mundos. Pero incluso con la conciencia de esa amplitud, escribir hoy sobre música popular exige competencias más exigentes que las de hace medio siglo, cuando la figura del crítico de rock apareció para moldear un tipo de cronista tan novedoso como en general monolítico: hombres blancos, angloparlantes, de escasas referencias musicales y literarias fuera de sus países (y de la guitarra eléctrica), encantados de confundir su entusiasmo personal con la licencia para fijarnos un canon.

“Saber de música” era entonces caminar por una pista de no mucho más de tres décadas de largo y seis países de ancho. Se anteponían rostros y anécdotas al contenido y los vínculos con su entorno para prescribirnos qué comprar, qué descartar y a quién idolatrar. “Escribir sobre música se volvió un reportaje de estilo

de vida, un columnismo de chismes que envenenó nuestra cultura auditiva”, estima el investigador y ensayista Ted Gioia.

En comparación, la escritura y análisis sobre cine y sobre literatura ganaban ventaja en desdibujar fronteras entre alta y baja cultura, en instalar a realizadores y escritores como voces críticas de su tiempo, y en vincular tradiciones internacionales, como un natural intercambio de referencias. Eran las disciplinas que le tomaban la temperatura a su época.

Tuvo que venir internet a asustar a la industria del disco y de los medios hasta reposicionar las piezas. Hoy cierta crítica musical parece no solo desafiante, sino particularmente reveladora en presentar tendencias ancladas a la canción popular como síntomas sociales profundos. El trabajo de autores nacidos después de 1960 y con al menos parte de su obra ocupada en fenómenos pop –Mark Fisher, Simon Frith, Simon Reynolds, David Toop, entre varios– fija ya un nuevo estándar de





Arriba: Simon Reynolds y Mark Fisher. Abajo: Simon Frith y David Toop.

escritura sobre música actual, que al fin cruza prensa, YouTube, filosofía y estudios culturales.

Que en los últimos años hayan aparecido libros con títulos como *Dame reggaetón*, *Platón* (Josep Soler), *Personas en loop* (Diedrich Diederichsen), *El trap: filosofía millennial para la crisis en España* (Ernesto Castro), *Future Days. El Krautrock y la construcción de la Alemania moderna* (David Stubbs) y *Resilience & Melancholy: Pop Music, Feminism, Neoliberalism* (Robin James) es indicativo de que incluso conceptos nacidos

al interior de corrientes musicales masivas –también banales– colonizan ya el debate intelectual. El cruce obliga a la atención de lectores incapaces de distinguir a Taylor Swift de Rosalía, no porque necesariamente sea novedoso o provocador, sino porque carga elocuentes pistas de nuestro tiempo. Siempre fue así con el pop y los cerebros tras su fabricación. Ya era hora de que el mundo editorial acusara recibo.

“La música registra la sociedad que la produce, y debe ser argumentada y narrada desde consideraciones

políticas, conectadas con las normas de género, de clase y de mercado del momento. Quien escribe sobre música puede usar las palabras para explorar asuntos profundos”, recomienda Luke Turner en una columna reciente para *Crack*. Pide allí el escritor y artista londinense la toma de conciencia sobre una crítica musical de resistencia: “En estos tiempos inestables, que los críticos ‘muevan el bote’ se vuelve más, y no menos, importante. Las tendencias contemporáneas en publicidad y medios son tan horribles que tú, el lector y oyente, te enfrentas con un vertedero infinito de *clickbait* y desecho comercializado. Es nuestra responsabilidad como críticos unirnos en un frente de combate y resistir”.

Moviendo el bote estaba ya hace cuatro décadas o más el estadounidense Greil Marcus, cuyo estilo de investigación y tipo de textos abrieron sobre todo a partir de su libro *Lipstick Traces*, de 1989 (*Rastros de carmín* en su primera traducción al castellano por Anagrama), una puerta de escritura sobre rock que, el tiempo ha probado, resultó ser más ancha y firme que la de los cronistas de prosa vistosa con los que hace décadas compartió espacios. No hay analista joven sobre música que no lo cite como influencia. En los años 70, Marcus optó por esquivar las luces de aquella plantilla que hizo de la escritura sobre rock

un asunto de listas de compra y falsas complicidades con las bandas, para apostar por asociaciones provocadoras, como el vínculo entre punk y situacionismo francés, y la reubicación de íconos populares (Elvis Presley y sus dobles, Robert Johnson, la canción “Like a Rolling Stone”) en señas culturales elocuentes para comprender el Estados Unidos de su tiempo.

“Apostó a que sus dos pasiones, música e historia, iban algún día a converger, y el tiempo le dio la razón”, destaca sobre el trabajo de Marcus el británico Simon Reynolds, 56 años, ocho libros publicados sobre punk, pop y electrónica. Tuvo este ensayista un inesperado superventas con *Retromanía: la adicción del pop a su propio pasado* (2011), aunque acaso mejor que las ganancias haya sido haber instalado un neologismo de análisis cultural luego citado al infinito. Frente a giras de reunión de bandas antes disueltas, carísimos *box-sets* con descartes de estudio, documentales sostenidos en recitales de

archivo y *revivals* de *revivals* se reflexiona en ese libro sobre la habilidad asombrosa del mercado para hacer de la música popular un negocio incluso cuando esta ha dejado de serlo.

Convencido de la función de la crítica musical como un filtro necesario en tiempos de exceso de oferta, Reynolds nunca ha dejado de levantar una voz provocadora sobre ciertas ramas del pop y la electrónica, del punk en adelante. Sus primeras reseñas para *Melody Maker* coincidían con la brillante furia musical que en Inglaterra despertó la era Thatcher. Pero el encuentro con los posestructuralistas franceses desvió su prosa hacia el ensayo. Según él, conocer *El placer del texto* de Roland Barthes y *Poderes de la pervisión* de Julia Kristeva fue como “incendiarse el cerebro. Lejos de estar escritos desde la sangre fría,

su teoría crítica parecía retorcerse en la misma energía indomable que la música”.

En un campo similar de cruce entre tradiciones de pensamiento puede ubicarse a Simon Frith (1946), profesor de la Universidad de Edimburgo. Su libro *Ritos de la interpretación* es un ensayo de referencia sobre categorías de gusto y canon en la música popular de las últimas décadas, que sin recelo alguno considera por igual a Billie Holiday y a PJ Harvey, o pasa de Puccini a los Pet Shop Boys. Como un Pierre Bourdieu atento a la radio, Frith defiende que

nuestras preferencias en música determinan identidades sociales más amplias, particularmente reveladoras. Habla, por eso, del acto mismo de la escucha como de una performance que involucra el cuerpo y el gesto social.

“El impulso para el proyecto que se transformó en *Ritos de la interpretación* provino de la curiosidad sociológica”, detalla en el prólogo de ese libro. “Juzgar canciones o interpretaciones como buenas o malas –y hablar acerca de esos juicios– constituye un aspecto muy importante de la cultura musical popular, susceptible de observación [...]. Distinguir algunas canciones, géneros y artistas como ‘malos’ es una parte necesaria del placer de la música popular, y es un modo en el que ubicarnos en diferentes mundos musicales. La palabra ‘mala’ es clave en esto: sugiere que los juicios estéticos y éticos están atados, y entonces que un disco no te agrada no es solo cosa de gusto, sino también de argumentación, y una que importa”.

“La música registra la sociedad que la produce, y debe ser argumentada y narrada desde consideraciones políticas, conectadas con las normas de género, de clase y de mercado del momento. Quien escribe sobre música puede usar las palabras para explorar asuntos profundos”, recomienda Luke Turner.

Doctorado en sociología, Frith ejerció como periodista y columnista musical para *Village Voice* y *The Observer*. En la colección de ensayos *Popular Music Matters: Essays in Honour of Simon Frith* (2014), 22 especialistas argumentan por qué Frith –fundador de la Asociación Internacional de Estudios en Música Popular– merece ser el académico ocupado en rock y pop “más citado del mundo”.

Acaso sea el entusiasmo por lo que él considera “el lío de tomarme la música popular en serio” lo que más prenda en la lectura de sus textos, y el compromiso por volver esa energía en una invitación sostenible. “Escribir sobre música probablemente sea el equivalente a ser un DJ. Así como este se apura en mostrarles a los demás un disco que le ha gustado, yo siento la misma urgencia de compartir lo que pienso sobre un disco. Y quiero que los demás piensen lo mismo, porque la música me hace pensar”.

La prensa musical británica formó en parte el ideario de Frith, lo mismo que el de Mark Fisher, que entre otras particularidades presenta la de haber crecido en importancia tras su suicidio reciente, a los 48 años. “Al establecer conexiones entre campos remotos –señaló Simon Reynolds–, Mark podía identificar la metafísica de un programa de televisión, las verdades psicoanalíticas latentes en una canción de Joy Division, las resonancias políticas de una película de Kubrick. Siento su ausencia como amigo y como camarada, pero más que nada como lector. Su escritura hacía que todo pareciera más cargado de significados”.

Seis libros y numerosos textos en medios y en su blog K-Punk levantó Fisher hasta 2017. Su escritura combina la crítica de música, de libros y de series televisivas con la alerta política, el tormento interior (varias menciones a su propia depresión cruzan su obra) y el disfrute del pop más masivo. En *Jacksonismo. Michael Jackson como síntoma*, Fisher le atribuye al cantante y bailarín un aporte musical equivalente al de los alemanes Kraftwerk en la electrónica: “Billie Jean’ no es solo uno de los mejores singles grabados alguna vez, sino una de las mayores obras de arte del siglo xx, una escultura sonora múltiple cuyo seductor brillo de pantera aún revela detalles y matices antes inadvertidos”. Considera en ese libro que en el disco *Off the Wall* (1979), “Quincy

Jones y Jackson construyeron una suite de canciones que hizo por la cultura negra de fines de los 70 lo mismo que las novelas y relatos de Scott Fitzgerald habían hecho por un momento americano anterior más blanco y más pudiente: lograron que las frágiles evanescencias de la juventud y la danza se transformaran en bellos mitos, enlazados con fabulosas añoranzas que no podían ni contener ni agotar”.

Realismo capitalista (2009) es la publicación más importante de Mark Fisher. Puede leerse como un diagnóstico social o como el categórico pasmo de un hombre deprimido ante un orden en el que “el capitalismo ocupa sin fisuras el horizonte de lo pensable”, sin que sea posible siquiera imaginar una alternativa coherente a su “atmósfera persuasiva”. El autor pesquiza los efectos

del neoliberalismo sobre la producción de cultura, la regulación educativa y laboral, y la salud mental con los que convivimos. Ya en 2013, además adelantaba un lúcido juicio contra la lapidación en redes sociales (toda esa tontería del “cancelado” a quien sea que Twitter determine). En su ensayo *Exiting the Vampire Castle* exponía la esencial crueldad e hipocresía de una nueva cultura “que hace imposible la solidaridad, y vuelve omnipresentes la culpa y el miedo”, y que al apuntar contra frases o comportamientos indi-

viduales abandona el abordaje político de asuntos que exigen la acción colectiva.

Los libros de David Toop (*Océano de sonido, Resonancia siniestra*) resultan envolventes por su precisa capacidad de presentar la escucha como una dinámica social, de profunda huella histórica. Los de Ted Gioia (*Canciones de amor: La historia jamás contada, Cómo escuchar jazz*) desdibujan obsoletas fronteras entre alta y baja cultura. La consideración rigurosa de todo alrededor de las canciones –su iconografía, sus ideas, su ambición– lleva su prosa por caminos de seductivo rigor, disponiendo sus ideas, como una banda su repertorio: ante una audiencia general, no selectiva.

Reporteros minuciosos habituados al estándar de publicaciones como el *New Yorker* han cruzado al reportaje sobre pop como si de alta política internacional se tratase. En esa revista instalaron su firma el erudito Alex Ross (*El ruido eterno, Escucha esto*) y John Seabrook, quien

Frente a giras de reunión de bandas antes disueltas, carísimos *box-sets* con descartes de estudio y documentales sostenidos en recitales de archivo, Simon Reynolds reflexiona sobre la habilidad asombrosa del mercado para hacer de la música popular un negocio incluso cuando esta ha dejado de serlo.

en *La fábrica de canciones* indaga por qué (y por culpa de quién) los más insistentes hits en el cruce entre un siglo y otro sonaban como sonaban (*spoiler*: todas las pistas llevan a Suecia y la asombrosa capacidad de los productores Denniz Pop y Max Martin para proveerle de material a clientes estadounidenses).

En castellano, los libros de gente como el periodista Víctor Lenore (*Indies, hipsters y gafapastas*) y el filósofo José Luis Pardo (*Esto no es música*) han elegido desde disciplinas disímiles provocar a la lectoría española con agudos argumentos sobre esa cultura de masas que rara vez considera la academia. Su compatriota Ernesto Castro, 29 años, es conocido como “el filósofo del trap”: efectivamente tiene un doctorado en el área (es profesor de la Complutense) y se ha valido hasta ahora por igual de YouTube, Twitter y las editoriales Errata Naturae y Alpha Decay para desperdigar sus ideas en torno al que considera el sonido de la crisis contemporánea (“del mismo modo en que el punk fue la metamúsica de la crisis del petróleo durante los años 70”).

El escenario como plataforma de manifestaciones visuales nuevas, ya indomables por el mercado o la heteronorma. La tensión entre creación y tecnología, y las exigencias promocionales que esta impone de modo irrenunciable. La marca de los movimientos migratorios en música urbana y el alarde (exagerado o no) en torno a apropiación cultural: asuntos de los que cierta crítica musical se ocupa en serio y con señas de aguda lectura social.

Pudieron gatillarlo las novelas. Hoy lo están haciendo mejor los discos, el *streaming*. O quizá se está leyendo mejor la música y los signos de la cultura pop. En palabras de Mark Fisher: “La música nunca se trató solo sobre música. Era más bien un medio que te demandaba otras cosas”.

Tal como en el subgénero de los documentales sobre músicos se ha superado el recuento biográfico convencional (tipo BBC) para dar paso a exploraciones subjetivas y sin el imperativo de la fama de sus protagonistas, también la escritura sobre música actual (pop, rock, hip-hop y derivados) cruza hoy nuevos límites, y pone al fin en circulación textos antes reservados a especialistas. Está en libros y en exposiciones de museo, en revistas aún en marcha, como *Wire* y *Rockdelux*; comparables en agudeza y selectividad a lo que por el arte hacen al respecto *Artforum* y *Frieze*. Para todo lo demás está Instagram, que es de algún modo una forma de crónica sobre pop, pero no la medida del pulso de este con su entorno ni las ideas de su tiempo. [S]



Océano de sonido

David Toop

Caja Negra, 2016

352 páginas

\$21.000



Realismo capitalista.

¿No hay alternativa?

Mark Fisher

Caja Negra, 2016

160 páginas

\$13.500



Retromanía. La adicción de la cultura pop a su propio pasado

Simon Reynolds

Caja Negra, 2012

448 páginas,

\$19.900



El ruido eterno.

Escuchar al siglo XX

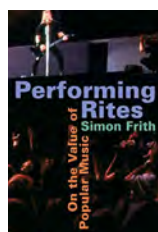
a través de su música

Alex Ross

Seix Barral, 2009

800 páginas

\$30.000



Performing Rites: On the

Value of Popular Music

Simon Frith

Harvard University Press, 1998

360 páginas

\$38.490

Macha de lujo

No solo mantener sino incrementar la relevancia más allá de todos los cambios del entorno en 25 años de recorrido parece difícil, pero es la tarea que ha cumplido un músico y a estas alturas referente popular chileno: Aldo Asenjo, el Macha. En sus tres bandas sucesivas, LaFloripondio, Chico Trujillo, Macha y el Bloque Depresivo, se da el lujo de tocar con una libertad que pocos pueden mostrar y una ética anticelebridad totalmente a contracorriente de los tiempos actuales.

POR DAVID PONCE

Ya es una genealogía. A más de 25 años de su aparición junto a una banda de rock intuitiva y salvaje, venida desde los valles interiores de la Región de Valparaíso en los primeros años 90, Aldo Asenjo, el Macha, comanda un viaje marcado por mutaciones sucesivas con LaFloripondio, con Chico Trujillo y con Macha y el Bloque Depresivo. Son tres grupos con los que este cantor, autor, compositor e instrumentista ha construido y ganado un lugar único en la música en Chile, y sobre ese espacio cuestiona y desmonta todos los supuestos sobre industria musical, medios de comunicación y popularidad, con un discurso crítico y un método propio.

Hay una relación orgánica y hasta biológica entre estos nombres, en una saga en la que cada transformación musical es hija de la anterior. LaFloripondio es el grupo de rock que sigue operando como la nave madre, iniciado en 1992 en Villa Alemana, Región de Valparaíso. Después Chico Trujillo, nacido en 1999, encarnó una natural derivaciónailable de ese viaje, como brazo cumbiero de LaFloripondio. Y luego Macha y el Bloque Depresivo, que surge hacia 2009, fue a su vez la natural derivación introspectiva del recorrido,

como brazo melódico de Chico Trujillo. Al frente o al fondo de estos elencos, Macha ha mantenido vivos los tres rasgos comunes y capitales que definen lo que ha hecho en toda su trayectoria: música adelantada, autónoma y crítica.

PREMONICIONES

Distinguidos desde el comienzo y anticipados a las tendencias, Macha y sus bandas han mostrado siempre un carácter personal. Fue así con LaFloripondio, parte de un rock emergente en los primeros años de la posdictadura en Chile, abierto a muchas influencias. Si el consabido ejercicio periodístico de entender a un músico o un grupo local por la vía de asignarlo a algún referente internacional podía servir en otros casos, no cuadraba con este grupo de nombre psicotrópico. Era rock alternativo a lo más, pero se desmarcaba por su diferencia. Había rock progresivo, metal, punk, música latina y mucha locura, aunque no daba para compararlo exactamente con Primus, Jane's Addiction, Mr. Bungle, ni nada similar. Más que con cualquier referencia literal, LaFloripondio se explicaba desde ya en términos propios: remitía a la jarana playera de un video como



“Zunga de cuero”, al paisaje del Marga Marga con mil distintos tonos de verde o hasta al almacén de barrio donde un Macha veinteañero trabajaba vendiendo verduras y frutas, como se vio en 1995 en un reportaje del programa *El mirador* en TVN.

Luego ese rasgo anticipado no paró de acentuarse. Chico Trujillo hizo en 1999 un paso de cumbia que solo Joe Vasconcellos había tenido la visión de dar cinco años antes con su éxito “Las seis”. Antes de ese par de hitos no hubo contacto entre el estilo de sonora cumbiera y los músicos de rock y pop chilenos. Y las cumbias que Chico puso en su primer disco, *Chico Trujillo y la señora imaginación* (2001), anticiparon una fiebre completa que redefinió el gusto popular masivo en el país, no solo a escala juvenil sino transversal a toda la audiencia. Cumplidos los años necesarios para generalizar lo que el nuevo combo del Macha ya había intuido a fin de siglo, a mediados de la década siguiente la capital figuraba empapelada cada semana con nuevos carteles de jornadas bailables animadas por Banda Conmoción, La Patogallina Saunmachín, La Mano Ajena, Juana Fe, Chorizo Salvaje, Combo Ginebra, Anarkia Tropikal, los primeros Villa Cariño y muchos más en ese templo de la nueva fiesta que fue el hoy clausurado Galpón Víctor Jara: una celebración mestiza que en Chile no se entiende sin la incidencia de Chico Trujillo.

Una tercera muestra sucesiva de esa clarividencia corresponde justo al tercer grupo de la saga. Con Macha y el Bloque Depresivo estos hombres prefiguraron esta vez un giro hacia el repertorio melódico y popular de América Latina. Era el lado B lógico del desenfreno, o sea la pausa, expresada en boleros, vales peruanos y otras canciones de pulso lento y versos sentimentales. De paso una raigambre hasta ochentera del Macha se adivina en el bautismo del grupo: “depresivo” era el atributo usual entre las juventudes de los años 80 para identificar un género del post-punk como el dark, luego llamado gótico. Pero ahora el calificativo era resignificado: el nuevo bloque del Macha era depresivo en modo latinoamericano. Y otra vez vaticinó un panorama en el que más tarde aparecieron nombres como Los Celestinos, Rulo, Demian Rodríguez, Roja y Negro, La Flor del Recuerdo y otros, entregados todos al influjo tradicional del cancionero continental.

**A mediados de la
década pasada,
Chico Trujillo llenaba
galpones, LaFloripondio
coexistía en el circuito
más underground del
rock y ambos grupos
salían de gira por Europa
en locaciones que iban
desde festivales a casas
okupa, como la histórica
Tacheles en Berlín.**

Es un cancionero que el Bloque Depresivo sintetiza en gran forma. En su repertorio el grupo enlaza composiciones propias (“Continental”, “Isla de errores”, “La carretera”) con boleros latinoamericanos como “Mar y cielo” y “No hay novedad”, la fineza de vales peruanos de Augusto Polo Campos (“Cada domingo a las 12, después de la misa”) o Mario Cavagnaro (“En vano”), canciones de Silvio Rodríguez (“Pequeña serenata diurna”), baladas popularizadas por Sandro (“Así”) y José José (“La nave del olvido”, “Lo que no fue no será”), y éxitos de los años 70 como “Solo tú”, de los italianos Matia Bazar. A partir de fuentes así el Bloque conversa todo el tiempo con la historia previa de la música chilena, porque el vals “En vano” es reconocido en la voz de Palmenia Pizarro, porque un bolero de la estatura de “El gran tirano” era

cantado por ese referente popular porteño que fue el cantante Jorge Farías; o porque “Vergüenza ajena” fue creado para la banda sonora de *Palomita blanca* (Raúl Ruiz) por Los Jaivas, antecedentes regionales indudables de una banda como LaFloripondio. Palmenia de San Felipe, Negro Farías del puerto, Los Jaivas de Viña y el Macha de Villa Alemana: cómo no van a hablar el mismo idioma.

AUTOGESTIONES

No parece casual que, por partida de nacimiento, la saga del Macha tenga cierta raigambre en lo que se entendía como rock independiente o alternativo desde

los 80, y en cierta ética que esa opción traía aparejada como definición: fuera de las corrientes principales del negocio musical.

Esa actitud encajaba bien con un tiempo en que lo “alternativo” fue espíritu de época, al punto de decaer hasta simple moda en su fase terminal a mediados de los años 90. Y encajó igual de bien en los primeros años del nuevo siglo, cuando el colapso de la industria musical, basada hasta entonces en la fabricación física de discos, generó en Chile una multiplicación de músicos, grabaciones y sellos autogestionados, o sea, independientes. “Alternativo” e “independiente” como sinónimos de una misma parada, la de estar al margen por opción.

LaFloripondio y Chico Trujillo calzaban en aquel orden porque esa ha sido su matriz. Y por lo tanto, el rock y la cumbia que tocaron entonces tenían sentido en una lógica basada en la diversidad y el ejercicio de la



Chico Trujillo en el Festival del Mundo Womad, realizado en Londres el 2017.

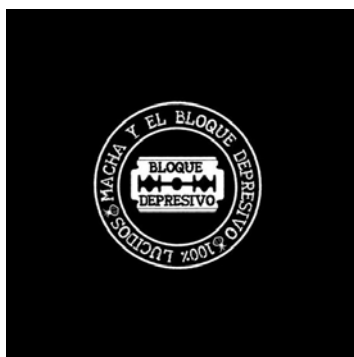
música; no en la celebridad ni en el impacto social del producto, como tiende a ser en estos días. “El Macha es la superestrella que siempre ha merecido ser” era un juicio de la época en torno al suceso de Aldo Asenjo, y no lo decía el jurado de algún “programa de talentos” de la tv sino el bajista de Familia Miranda, Rodrigo Gomberoff, banda independiente por definición.

Ya entonces Chico Trujillo llenaba galpones, La-Floripondio coexistía en el circuito más underground del rock y ambos grupos salían de gira por Europa en locaciones que iban desde festivales a casas okupa, como la histórica Tacheles en Berlín y el Café Zapata que funcionaba en su interior. De esos viajes quedan documentos como la canción “Ska de Lolo Mario”, grabada en 1999 y tributo a uno de los anfitriones chilenos de LaFloripondio en Alemania, y un circuito que luego recorrieron grupos incluso de mayor trayectoria como Fiskales Ad-Hok por ese país.

Es claro que en la actualidad, con la consolidación en especial de géneros como el reggaetón y el trap, esos valores “alternativos” se han desdibujado y en su lugar

ha emergido, o re-emergido, el culto por la masividad y la promoción, nunca mejor expresado que con internet como canal principal para la difusión de música gracias a sus múltiples herramientas de viralización. También hubo signos previos de este cambio de mentalidad. El pop todavía underground de comienzos de esta década, cultivado por gente como Javiera Mena o Fakuta, ya tenía entre sus referentes a figuras tan corporativas de los 80 como Madonna o Michael Jackson, y publicaciones más recientes como el fanzine “Pensando Purpose” (2017, Microeditorial Amistad) sobre Justin Bieber dan pruebas consistentes de una sensibilidad distinta para apreciar el pop sin cuestionamientos ideológicos clásicos frente a su condición capitalista y de mercado.

Más nueva aún que esa juventud desprejuiciada es la generación siguiente, nacida y educada de lleno en los valores de la década del 90 en adelante. De modo que, aparte del gesto colectivo de compartir escenarios y *feats.* en grabaciones, nada hay más coherente que las letras de los actuales exponentes del trap, y lo que hay en ellas sobre auto-afirmación, individualidad,



Portadas de discos de LaFloripondio, Chico Trujillo y Bloque Depresivo.

competitividad y consumo, en parte reflejo sugerente de la transición chilena y sus prioridades y expresado en el ego como detonante y estimulante creativo. Sin embargo, ni siquiera en ese escenario el carácter del Macha queda fuera de foco. Antes que eso, responde por contraste con el sello colaborativo que caracteriza a sus bandas, manifestado en los distintos grupos y cantantes con los que sobre todo Chico Trujillo y el Bloque Depresivo han compartido escenarios y grabaciones.

DESMONTAJES

El Macha y sus bandas interpelan, cuestionan y desafían casi todos los lugares comunes que hay sobre el ejercicio

de dedicarse a la música popular en Chile. Si hay límites, los disuelven. Si hay supuestos, los desmontan. Y si hay reglas, las desdeñan.

Disuelven por lo pronto las fronteras entre lo propio y lo adoptado, hasta volver casi sinónimos esos dos términos. En buena parte su escuela es el descubrimiento de músicas previas, y lo demuestran tanto la discografía de Chico Trujillo, con cumbias aprendidas de la Sonora Palacios o de Mike Laure, entre otros, como el repertorio de Macha y el Bloque Depresivo, con canciones que van desde boleros y vales hasta éxitos radiales de los años 70. Pero esa es también la base del repertorio original del Macha, cuyas creaciones se mimetizan a la

perfección con los mismos códigos. Es lo que pasa con “Loca”, de Chico Trujillo, la canción más representativa de la música chilena en lo que va corrido del siglo, por lo popular y lo transversal, o con “Continetales”, del Bloque, sobre un ritmo de *slow rock* y una melodía emocionante que dan forma a un clásico instantáneo desde la primera escucha.

Estas bandas desdennan además la noción de celebridad sobre el escenario. En una repartición democrática del primer plano que es norma en sus actuaciones, Macha y el Bloque Depresivo han invitado en vivo a gente tan diversa como Luis Alberto Martínez, titán de la canción melódica chilena, a Joe Vasconcellos, Álvaro Henríquez, Mauricio Miño (de la banda de ska Sonora de Llegar), Los Celestinos y muchos más. Y hay espacio abierto para músicas paralelas de los mismos integrantes de Chico y el Bloque, como el dúo que forman Macha y Pajarito Araya en Cabezas Rojas, como el músico y cantante Joselo Osses, alias La Voz de Terciopelo, y como el mismo Macha en plan solista: Fugitivo del Caribe.

Aldo Asenjo y su gente desmontan también las lógicas de la industria discográfica y de conciertos. Macha y el Bloque Depresivo publicaron su primer disco, *100% lúcidos* (2018), solo después de que el grupo llevaba años consolidado en escenarios, desafiando al supuesto rol que tiene un disco como certificado de inicio de una carrera musical. El método del Bloque fue el opuesto: tocar primero, y mucho, y solo después grabar. Chico Trujillo y el Bloque Depresivo venden sus discos a escala local en los propios conciertos y a escala global por la distribución del sello discográfico neoyorquino Barbès Records, en otra muestra de flexibilidad acorde con los tiempos.

Y esos conciertos son avisados con posteos en redes, sin publicidad ni menos apariciones en la prensa. No hace falta más para repletar desde el Teatro Caupolicán en Santiago hasta escenarios como La Quinta de Los Núñez, en Valparaíso, donde Chico Trujillo partió este año con cinco funciones consecutivas agotadas. Y las agendas son nutridas. Solo en lo que va de 2019 ha habido actuaciones de Chico y de Cabezas Rojas en Brasil en marzo; una gira de Macha y el Bloque

Depresivo por España, Bélgica, Francia, Inglaterra, Holanda y Alemania en julio y agosto; presentaciones de Fugitivo del Caribe en Colombia y Alemania en agosto y fechas de Chico Trujillo en España en septiembre y en Inglaterra en noviembre, como celebración de los 20 años del grupo.

Lo mismo vale para la difusión. Si la supuesta norma es que sin radio ni tv no hay manera de ser visibles, el gesto de estos músicos es pasar por alto a tales medios. No dan entrevistas, con contadas excepciones, y si Chico Trujillo tocó este año en un festival televisado, fue bajo sus condiciones, sin apariciones adicionales en programas del canal a cargo de la emisión, y eligieron el Festival de Olmué.

En cambio, en el Festival de Viña la banda se ha negado a actuar, pese a reconocidas tratativas de los productores, en una especie de prueba de fuego de independencia frente al dinero que la televisión haya ofrecido, por altas que sean las sumas. Tampoco son los únicos y menos es una extravagancia. Desde gente como Los Vásquez y Ana Tijoux hasta el frente del rap poblacional y contingente, certifican un arrastre considerable sin necesidad de acudir a una televisión en buena parte decadente, que lejos de ayudar, sería una incomodidad rayana en el desprestigio.

No es que esta prescindencia de los medios de comunicación convencionales tenga como reverso

una dependencia de los medios online. La popularidad del Macha y sus grupos no se puede reducir a un fenómeno de base digital; se expresa en las redes, pero no solo en ellas, porque es anterior. Entonces se asoma un factor de vieja escuela que viene a redondear la identidad de estos grupos. La base es la actuación en vivo. El mejor carácter del Macha y su entorno musical se encuentra desde siempre sobre el escenario. No se define por la cantidad de *likes* ni seguidores online, sino por la cantidad de gente que paga entradas para verlos en vivo. En épocas de populismo, de posverdad, de *fake news* y de la posible falacia de las redes sociales como plataformas supuestamente representativas de algo, una banda que apuesta a tocar en vivo es justo lo contrario de todo lo anterior: es certeza, un bien escaso y preciado en los tiempos que corren. En otras palabras, un lujo. [S]

Los conciertos son avisados con posteos en redes, sin publicidad ni menos apariciones en la prensa. No hace falta más para repletar desde el Teatro Caupolicán en Santiago hasta escenarios como La Quinta de Los Núñez, en Valparaíso, donde Chico Trujillo partió este año con cinco funciones consecutivas agotadas.

Julian Barnes y el cocodrilo en la laguna

Para el narrador británico el amor es irracional, injusto, obsesivo y horrible para todos los involucrados. No debe extrañar, entonces, que vuelva una y otra vez sobre él, como si fuera la materia prima de su ficción. De eso se trata también *La única historia*, donde un hombre maduro recuerda una antigua relación que se prolongó por más de una década, desde que tenía 19 años, con una mujer de 48. Es una obra sobre el erotismo, sí, pero ante todo acerca de la manera en que el dolor, o el daño, pueden permear nuestros recuerdos.

POR FELIPE EDWARDS DEL RÍO

Cuando Julian Barnes (Leicester, 1946) fue consultado el año pasado sobre qué trabajo habría escogido en otra vida, respondió: "Podría haber sido un cura eficaz, tal vez en un lugar campestre de Francia en el siglo XIX. Observando, escuchando y tratando de comprender, como un novelista. Pero me habría sentido tentado de tomar apuntes en el confesionario". Llama la atención esta reacción de parte de un escritor que se denomina ateo, que ha evolucionado hacia agnóstico y que comenzó su libro de memorias con la ingeniosa admisión "Yo no creo en Dios, pero lo echo de menos a Él".

Ambas citas reflejan una característica de su origen británico, la de tratar temas serios con humor y lo cómico con gravedad, a la vez que reflejan su ambición de explorar lo más profundo del alma humana.

La primera de ellas manifiesta una francofilia que data de su niñez y está presente en muchos de sus libros, partiendo por *El loro de Flaubert* (1984). Años atrás, Barnes observó que "en Gran Bretaña a veces me ven como un escritor sospechosamente europeizado,

con una dudosa influencia francesa. Pero en Europa, especialmente en Francia, dicen '¡Oh, no! Eres tan inglés!'. Probablemente estoy anclado en algún lugar del Canal de la Mancha".

Demostó esa apertura de mente y aleación cultural en el Magdalen College de Oxford, donde inicialmente estudió literatura francesa y rusa. Le pareció un poco frívolo dedicar tres años a perfeccionar su prosa francesa y escudriñar las obras de Racine, entonces cambió de carrera por Filosofía, Política y Psicología, que consideró más "apropiada".

Su hermano Jonathan, tres años mayor, fue un distinguido alumno y, posteriormente, profesor de Filosofía en Oxford, pero Julian no sintió afinidad hacia esa disciplina. Le parecía que cada semana consistía en aprender por qué toda la filosofía que había estudiado la semana anterior estaba completamente equivocada. Por lo tanto, volvió a las letras.

Se recibió en Literatura Francesa, aunque nunca perdió su interés por la filosofía y las ciencias sociales, las que de alguna forma aparecen en muchos de



Ilustración: Paola Irazábal

sus textos. “No hay sustituto... que pueda manejar la complejidad psicológica y el ser interior y la reflexión en la forma que lo hace una novela”, declaró en la *Paris Review*. “Un amigo psiquiatra –agregó– sostiene que las descripciones en Shakespeare de la locura son perfectas desde un punto de vista clínico”.

En 13 novelas y tres colecciones de cuentos, Barnes, como un filósofo, examina preguntas fundamentales de la vida y, como psicólogo, las analiza por medio de la vida interna de sus personajes. Escribe sobre el amor porque lo considera la materia prima para una novela: es irracional, injusto, obsesivo y horrible para todos los involucrados. Lo ha descrito como “el momento en que algo profundamente primitivo irrumpe en la superficie de nuestras vidas supuestamente adultas –el hocico del cocodrilo en la laguna de nenúfares. Irresistible”.

Esa visión del amor permea su obra más reciente, *La única historia*. La presenta, con su predilección por la metafísica y la psique, como un desequilibrio y,

consecuentemente, un peligro latente, potencialmente catastrófico. Su narrador, Paul Roberts, es un hombre maduro, jubilado, que le relata al lector una antigua relación suya que se prolongó por más de una década, desde que tenía 19 años, con una mujer de 48: Susan Macleod jugaba tenis en el mismo club y era madre de dos hijas mayores que él.

El cocodrilo del amor se hace notar desde la primera línea, cuando Paul nos plantea: “¿Preferirías amar más y sufrir más o amar menos y sufrir menos? Esa es, creo, al final, la única pregunta que cuenta”. Pero antes de proseguir, Paul responde por nosotros, se adelanta, confiesa que la pregunta en realidad no es válida, porque: ¿quién puede decidir con cuánta intensidad ama?

Como Sócrates, Paul se dedica a examinar la historia más importante de su vida, la de su amor con Susan, pero inmediatamente se encuentra con que no puede confiar en su propia memoria. Nuestras únicas historias, argumenta, porque son las más importantes de nuestras vidas, son las que nos contamos con mayor



“El corazón de mi vida; la vida de mi corazón”, escribe Barnes sobre su esposa Pat Kavanagh en el libro *Niveles de vida*.

frecuencia, aunque sea solo a nosotros mismos. Y todos estos recuentos, ¿nos acercan más a la realidad o nos alejan de ella? Paul no está seguro. Tal vez sí, con el paso del tiempo, uno sale peor parado en su propia historia, menos noble, se estaría aproximando a la realidad. Pero también hacerse el antihéroe de su propia historia puede ser una forma de autobombo, de vanagloriarse por su capacidad de autocrítica. “Tendré que ser cuidadoso”, concluye. “Bien, a través de los años he aprendido a transformarme en un ser más cuidadoso. Tan cuidadoso ahora como fui descuidado entonces. ¿O quiero decir despreocupado? ¿Una palabra puede tener dos antónimos?”.

Paul duda de sí mismo, igual que cuestiona la validez de su memoria y el significado de las palabras que emplea. No es que él sea un narrador en el que no podamos confiar, sino uno que está intentando contar la verdad y tiene en cuenta que lo puede hacer solo desde su propio punto de vista, con todas las limitaciones que ello implica. No le interesa contarnos sobre el clima, qué ropa usaba ni qué comía. “Estoy recordando el pasado, no lo estoy reconstruyendo”, afirma. Quizás nosotros, los lectores, estemos acostumbrados a leer ese tipo de detalles, pero no hay nada que Paul pueda hacer al respecto. “No estoy tratando de tejerles un

cuento, estoy tratando de contar la verdad”, insiste. Esa es la verdad que tal vez muchos nos tratamos de contar sobre nuestras propias vidas, pero no nos damos cuenta de lo difícil que es relatarla, aunque hayamos sido los protagonistas de ella.

“¿Ustedes entienden, espero, que les estoy contando todo tal como lo recuerdo?”, insiste. No cuenta con un diario de vida como apoyo y los demás participantes ya han muerto o están dispersos por el mundo. Por lo tanto, Paul relata su historia en pequeños trozos, a veces un párrafo de cinco líneas, y nunca de más de seis o siete páginas. No lo hace en orden cronológico. Su memoria no funciona de esa forma. Cree que nuestros cerebros organizan y recuperan recuerdos según las demandas que les hacemos, pero desconoce qué criterios se emplean para determinar cuáles eventos o sensaciones recordamos y cuáles olvidamos. Sospecha que la memoria prioriza lo que nos ayuda a seguir adelante, “consecuentemente habría un interés propio en traer las memorias más felices a la superficie primero. Pero nuevamente, estoy solo adivinando”.

La afinidad de Barnes con la cultura francesa, una vez más, es evidente. Uno se puede imaginar que Marcel Proust estaría de acuerdo con Paul sobre los misterios en torno a la memoria involuntaria, lo que recordamos

repentinamente, sin deliberación, y que Michel de Montaigne aprobaría de esas dudas de sí mismo.

En efecto, evocaciones dichas se concentran en el comienzo del libro, donde Paul describe cómo conoció y se enamoró de Susan. Se encuentran en un club de tenis en los suburbios de Londres a fines de los años 60, emparejados por lotería en un torneo de dobles mixtos. Años después, Paul observa que “lotería” es otra forma de referirse al destino. Parece representar el comienzo de un proceso gradual y persistente de pérdida de control sobre su vida.

Su memoria es aleatoria, impredecible. Recuerda 6-2, 7-5 y 2-6, resultados de esos partidos, pero no cuándo se dieron su primer beso, quién tomó la iniciativa o si fueron ambos. Tiene claras sensaciones de esos días y puede reproducir sus diálogos. Tras el campeonato, Paul ofrece llevar a Susan a casa en su auto. “¿Y tu reputación?”, ella responde. Paul, perplejo, cree que no tiene una reputación. “*Oh dear*”, replica Susan, “Entonces tendremos que conseguirte una. Todos los jóvenes deberían tener una reputación”. A Paul las frases de Susan parecen, en retrospectiva, más insinuantes de lo que percibió al escucharlas. Para el lector, Susan proyecta el humor e ingenio de Oscar Wilde y no la seducción dominante de una Mrs. Robinson de *El graduado*, la película dirigida por Mike

Nichols de esa misma época. Nada ocurrió en ese primer viaje juntos en su auto, ni en muchos más siguientes: ningún toque, beso ni cita secreta. Sin embargo, Paul sintió que existía entre ellos “una complicidad que me hacía a mí un poco más mí, y a ella un poco más ella”.

Además del riesgo inherente en cualquier relación amorosa, la inexperiencia de Paul conlleva una amenaza mayor. En *The Guardian* Barnes dijo que “existe un absolutismo adicional en torno a un primer amor, cuando no tienes con qué compararlo. No sabes nada, sin embargo piensas que lo sabes todo: esto puede ser calamitoso”.

Paul ignora o descarta cualquier consideración pragmática que abogue contra su pasión por Susan, como la diferencia de sus edades, el estado matrimonial de ella, así como la desaprobación de padres o la sociedad en general. Por lo contrario, el rechazo externo inflama,

corroborando y justificando su delirio por Susan. No le interesa comprender su devoción. Quiere experimentarla, deleitarse de su vigor, aceleramiento, egotismo, deseo, certeza, sencillez. “La verdad y el amor”, declara, “ese era mi credo. Yo la amo, y veo la verdad. Debe ser así de simple”. Su única historia consiste en el lento y triste proceso de superar este solipsismo.

Paul, cuando ya es adulto mayor, nota que el primer amor ocurre en primera persona y en primera voz (tal como, paralelamente, Barnes narra la primera sección de la novela). “Nos toma tiempo darnos cuenta de que hay otras personas y otras voces”, medita. Los demás actores incluyen al marido y las hijas de Susan, que Paul llama su “prehistoria”, tanto como los cambios que los sobrevienen al vivir en pareja. “Aunque al final logramos llegar cerca a lo que yo soñaba, no tenía idea de su costo”, refleja.

En la segunda y tercera sección, Barnes escribe en segunda y tercera persona, replicando la medida en que Paul se distancia y, eventualmente, abandona a Susan. Es un lento peregrinaje desde el descuido de su juventud hacia la seguridad y opacidad que tanto despreció a los 19 años al juzgar a sus padres y a otros adultos mayores.

Cómo lidiamos con nuestro pasado es el *leitmotiv* de muchas obras de Barnes en las últimas dos décadas. *El sentido de un final* (2011), su novela

ganadora del Premio Booker, también gira en torno al vínculo entre un universitario y una mujer mayor, madre de su novia. No vemos la relación misma sino el daño colateral que deja. Entonces, nuevamente se presenta el enamoramiento durante la juventud como un evento temible, potencialmente destructivo y violento. Barnes es especialmente perspicaz en su descripción de la adolescencia, con toda su impaciencia e inseguridad. Tony –el narrador– recuerda que en el colegio, junto a sus amigos, se sentía en un corral esperando ser liberados al mundo, donde emprendería su vida verdadera. “¿Cómo íbamos a saber que nuestra vida ya había comenzado, que ya habíamos obtenido algún provecho, que ya nos habían infligido algún daño?”, se cuestiona.

Para Barnes, la vida y el daño son inseparables, porque no existen los padres ni hermanos ni novias ni amigos perfectos. La pregunta es cómo reaccionamos

**Para Barnes la vida y el
daño son inseparables,
porque no existen los
padres ni hermanos
ni novias ni amigos
perfectos. La pregunta
es cómo reaccionamos
a las heridas que
inevitablemente
recibiremos, si
las toleramos o
reprimimos, y cómo
afectan a nuestras
relaciones afectivas.**

a las heridas que inevitablemente recibiremos, si las toleramos o reprimimos, y cómo afectan a nuestras relaciones afectivas. Algunos se empeñan en evitar cualquier daño a sí mismos en el futuro y a cualquier costo. “Estos son los despiadados”, dice Tony, “y con ellos tienes que tener cuidado”.

En distintas formas, Tony Webster y Paul Roberts fueron lesionados por sus primeros enamoramientos, víctimas del cocodrilo entre los nenúfares, y pasan el resto de sus vidas evitando esa laguna. No los convierte en seres crueles, pero les impide entregarse completamente en sus vínculos futuros. Lo que no pueden eludir es el sufrimiento que les trae la reflexión sobre el pasado. Cuando Paul piensa sobre su vida con Susan, su “única historia”, no se arrepiente. La emoción es más fuerte, y le complica definirla: “Podría ser culpabilidad; o su colega más agudo, remordimiento”. En el caso de Tony, al releer la feroz, venenosa carta que dirigió décadas antes a su amigo Adrian, cuando este le pidió permiso para salir con su ex novia, no padece de vergüenza o culpa sino “algo más inusual en mi vida y más fuerte que ambas: remordimiento”. Es una alteración a su ánimo más penetrante que la culpa, porque siente que ya no puede hacer nada al respecto. Ha pasado demasiado tiempo y el perjuicio que causó fue desmesurado, imposible de enmendar.

Las heridas de la vida, por supuesto, también han afligido a Julian Barnes. Siete meses después que publicó su libro de memorias y meditaciones sobre la muerte, *Nada que temer* (2008), falleció su esposa, Pat Kavanagh. Estuvieron casados 30 años. Él tenía 62 y ella 68. En *Niveles de la vida* (2011), la describe como “el corazón de mi vida; la vida de mi corazón”. Esperaba que envejecieran juntos y disfrutar sus últimos años con tranquilidad y recuerdos colectivos. Pero pasaron “de un verano a otoño con ansiedad, alarma, temor y terror. Entre diagnóstico y muerte transcurrieron 37 días”. Es un relato desgarrador de su duelo, en el cual protege implacablemente la privacidad de su relación personal. No describe la enfermedad ni el deterioro de su esposa, y tampoco se refiere a detalles de su vida matrimonial. Nunca menciona su nombre salvo en una sencilla dedicatoria, “Para Pat”, la misma que antecede *El sentido de un final* y otros dos libros que publicó durante los cinco años después de su muerte.

“Cada historia de amor es potencialmente una historia de un duelo”, afirma Barnes al describir su propia pena, con un tono similar al de sus personajes ficticios. Resulta difícil diferenciar entre las voces que Barnes emplea en sus ensayos, memorias y obras de ficción. Escribe sobre su propia tristeza y del remordimiento de Tony Webster con la misma intransigencia y, quizás, como lo haría un cura rural francés del siglo XIX, el que observa, escucha y trata de comprender. [S]



La única historia
Julian Barnes

Anagrama, 2019
240 páginas
\$18.000



El sentido de un final
Julian Barnes

Anagrama, 2012
192 páginas
\$17.000



Nada que temer
Julian Barnes

Anagrama, 2010
304 páginas
\$19.000



Niveles de vida
Julian Barnes

Anagrama, 2014
152 páginas
\$15.000

Los artículos más leídos de la web

WWW.REVISTASANTIAGO.CL

QUÉ POCO QUEDA

Tres libros recién aparecidos en Estados Unidos (*The Uninhabitable Earth*, *Falter* y *Losing Earth*) concuerdan en que el cambio climático no es un asunto gradual sino algo extraordinariamente rápido y feroz. El dato crucial es que en las últimas tres décadas los humanos hemos producido más emisiones de carbono que en toda nuestra historia anterior. Su lectura se vuelve imprescindible para comprender un conflicto que nos atañe a todos: hombres y mujeres, creyentes y ateos, progresistas y conservadores, estatistas y libremercaderistas. La catástrofe que se nos viene cambiará nuestra idea de progreso y la relación con la naturaleza, pero también nuestras nociones sobre la política, la cultura y la libertad.



ROBERT FRANK, LA MUERTE DEL ÚLTIMO MAESTRO

No resulta exagerado afirmar que el autor de *Los americanos* –fallecido el 9 de septiembre– ocupa un lugar junto a Henri Cartier Bresson como figura tutelar de la fotografía en el siglo XX. Su principal libro de fotografías trata sobre Estados Unidos, pero tuvo que publicarlo en Francia, porque su imagen del país era totalmente distinta a la postal hollywoodense: en vez de prosperidad, felicidad y homogeneidad racial, Frank evidenció la desigualdad, el racismo, la marginalidad sexual y económica, el dolor y el abandono.

LA INTERNACIONAL NEOLIBERAL (O LA HISTORIA DE UNA HEGEMONÍA)

Los principios pro-mercado se impusieron durante la dictadura de Pinochet, a partir de 1975, pero su historia es anterior, previa incluso a la Segunda Guerra Mundial, cuando un grupo de economistas liderados por el austriaco Friedrich Hayek se planteó la necesidad de detener “la decadencia histórica del liberalismo clásico frente al creciente colectivismo”. Chile se sumó a ese esfuerzo ya en los años 50, cuando la Universidad Católica firmó un acuerdo con su homónima de Chicago.

CABECITA

Usted sabe quién, de Rodrigo Fluxá, se sumerge en el crimen de Viviana Haeger con una exhaustividad e inteligencia poco vistas en el periodismo chileno. Su libro muestra lo que no lograron articular ni la justicia ni la policía ni los medios, para desentrañar angustiosamente una madeja de equivocaciones, negligencias y prejuicios que alumbran las fisuras de la sociedad como solo lo pueden hacer los grandes textos policiales, sean novelas o crónicas.

YANKO GONZÁLEZ: EL POEMA BAJO SOSPECHA

Objetivo general es el nuevo libro del poeta Yanko González, en el que se reúne una parte importante de su obra y que permite apreciar los atributos de un proyecto ambicioso: el lenguaje de la calle, la violencia, la ironía y la academia se entrecruzan para dar forma a estos poemas urgentes y singulares.

Fronteras perdidas: José Eduardo Agualusa

El autor de *El vendedor de pasados* y *Teoría general del olvido*, entre muchas otras novelas, posee un origen incierto: nació en Angola, pero su vida transcurre entre su lugar de origen, Brasil y Lisboa. Aunque podría también decir París y otros países de África. De esas geografías diversas y de un rico imaginario que alumbra las consecuencias de la guerra de Angola se nutre su obra, elogiada como una combinación explosiva de poscolonialismo, fantasía y reflexión sobre la memoria.

POR ANA PIZARRO

A partir de los años 60, la literatura de África subsahariana ha ido asumiendo los problemas surgidos a raíz de los procesos de descolonización, creando un lenguaje propio para la nueva situación social y cultural, con una mirada también nueva. Paralelamente al sólido sistema literario oral que existe desde tiempos inmemoriales en ese continente, esta literatura ahora escrita en lenguas europeas, comenzó a interrogarse sobre la historia, la vida cotidiana y la cultura de estas sociedades, en donde la colonización, las guerras por la independencia y la situación posterior constituyen su preocupación central. En ellas la latencia de las culturas populares, presentes en refranes que habitan a menudo estas escrituras, ha tenido un lugar importante. Es el caso del senegalés Hampaté Ba, del nigeriano Chinua Achebe o del autor del clásico *Los soles de las Independencias* (1970), Ahmadou Kourouma, de Costa de Marfil, donde aparece en toda su magnitud la negociación con el antiguo colono. En la obra del angolano Pepetela, por su lado, queda en evidencia todo el horror político y social de la posindependencia.

Pero estamos hablando ya de los clásicos. Una nueva ola de escritores africanos actualmente está poblando Europa y el mundo, a través de numerosas

traducciones, de historias, imaginarios, lenguas, problemas y expectativas del continente. Escritoras como la nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie (1977) con un discurso feminista africano, o la palabra directa y fuerte de Leonora Miano (1973), entregan una mirada sobre el continente abierta y cuestionadora.

"Fronteras perdidas" es la expresión con que se califica en Angola a quien no tiene un origen cierto, en quien conviven varias culturas, a quien se mueve entre una y otra. En este marco se mueve José Eduardo Agualusa (1960), escritor y periodista, también cineasta, nacido en Angola, pero cuya vida transcurre entre su lugar de origen, Brasil y Lisboa. Aunque podría también decir París, otros países de Europa, también otros de África, como brevemente América Latina. No se trata de geografías diversas; se trata de culturas vividas e integradas. De escrituras, de paisajes sonoros, de espectáculos visuales, de experiencia viva, de gestos y adentramiento histórico, absorbidos como alimentos terrestres, que se deslizan a modo de estratos sumergidos en su prosa. Ha escrito poesía, novelas y obras de teatro, y recibido numerosos premios internacionales. El sedentarismo no es lo suyo, ni en la vida ni en la escritura. Diríamos que hay un nomadismo temporal capaz de articular



El estilo de Agualusa ha sido definido como un cruce de J. M. Coetzee con Gabriel García Márquez.

la herencia de Machado de Assis con la de Jorge Luis Borges –en medio de la guerra de Angola–, y también una avanzada intelectual que trasluce tanto la lectura de Proudhon como la de Judith Butler o de Foucault, pasando por Pessoa y Flaubert.

Sus libros abordan la guerra de Angola o personajes históricos, como la reina Ginga, protagonista del siglo XVII de una de sus novelas (*La reina Ginga*, 2017), quien “era allí tan hombre que, en efecto, nadie la tomaba por mujer”. Sensual, dueña de su cuerpo, guerrera, inteligente, hábil en la estrategia política, adquiere una contemporaneidad inusitada.

En la obra de Agualusa no cabe el anacronismo, lo que simplificaría el ejercicio; si una modelación mayor de la palabra poética, una narrativa escrita en tono de poesía que logra incorporar múltiples flujos culturales y literarios en una voz simbólica, sólida y al mismo tiempo movediza, densa y frugal.

Nación criolla (1997) es su segunda novela. El título tiene que ver –una de sus virtualidades– con el nombre del último barco de esclavos que sale de Angola para su venta en Brasil, luego de la prohibición inglesa. Cuando el imperio anglosajón percibió que la esclavitud era un mal negocio, ya que el trabajo asalariado significaba

menos inversión y mayor productividad, vetó el tránsito oceánico. Esta novela es la expresión de identidades en movimiento, momentos de flujo de un espacio cultural a otro, análisis de instantes en el proceso de juego pluricultural. Es una novela de mixturas, escrita por un mestizo consciente de serlo. Tiene una organización epistolar y es a través de las cartas que el lector conoce al personaje de ficción, tomado del escritor portugués Eca de Queirós, quien se dirige a su tía, al mismo Eca y también a su amada Ana Olimpia, a quien libera de la esclavitud para relatar episodios de su vida con elegancia, humor y algunos guiños que remiten al gran Machado de Assis.

El tema del abolicionismo es uno de los tránsitos del personaje, Fradique Mendes, y la diversidad del espacio identitario en juego, en construcción en Angola, y en Brasil, los universos a donde llega, por razones diversas. “O que faco eu aqui?” (¿Qué hago aquí?), se pregunta consternado de pronto el personaje, salido de Portugal e intentando comprender “los secretos de África”, en medio de la confusión de culturas, de orígenes marcados por la colonización portuguesa. Todo en él es desplazamiento geográfico y cultural, una mixtura de vida que sentimos muy contemporánea.



Esta imagen de un edificio de Quibala, en Angola, es un reflejo de la destrucción que dejó la guerra civil que afectó al país entre 1975 y 2002.

Como el del propio autor, habría que subrayar, que va construyendo la historia de la literatura angoleña en el espacio marcado por la tradición brasileña –bien temperada– de Machado de Assis, pero también de los clásicos europeos y latinoamericanos contemporáneos (Borges, Cortázar) y la cultura popular africana como afroamericana. La afirmación anticolonial es también la necesidad de escribir la historia. Se remite al escritor africano ya clásico, Chinua Achebe: “Hasta que los leones no creen su propio historiador, la historia de la caza solo glorificará al cazador”.

Como en *Nación criolla*, en *El vendedor de pasados* (2017) Agualusa se centra en el tema identitario, que es el gran tema de los países que han logrado la descolonización, porque en ellos aquello que parece unitario, como es la noción de identidad, es paradójicamente lo contrario: la puesta en juego de pluralidades en proceso de articulación. Félix Ventura tiene el oficio de inventar vidas, historias, pasados. Luego de una guerra esto es útil, muchos necesitan cambiar su historia, volverse demócratas, tener un pasado heroico o simplemente inventarse otra vida, por miedo o fantasía. Es así como se desarrolla un espacio onírico en donde los personajes se encuentran o reencuentran, se descubren hasta que aparece el rostro verdadero de quienes se ven obligados a “blanquear” su pasado, su presente, su identidad.

El tema tiene proyecciones virtuales diversas. Está también el de la construcción de la Historia como versión absoluta, la de las diferentes voces, la de las historias o de la “petite histoire”, y su relación con las otras. Angola

es muchos pueblos con diferentes identidades. Y en el fondo de todo, la determinación de la guerra anticolonial, sus personajes, su horror.

Estamos frente a textos de un poeta que escribe narrativa, y en este sentido también de una narrativa–ensayo, que trae reflexión, a la vez que la transmite con belleza, que va dejando a su paso consideraciones sobre la existencia, sobre la sociedad dislocada de África de los siglos XX y XXI. Una historia absolutamente alejada de la folclorización, sin camellos ni colmillos de marfil, rota de una vez por todas la mirada colonial.

Teoría general del olvido (2012) se sitúa en medio de la guerra de Angola. La protagonista, Ludo, observa desde la mirilla de un lugar cerrado: el departamento en que ha quedado aislada, como si viviera en una fortaleza, separada del mundo, del horror y la modernización. Las posturas totalitarias obligan a los individuos a perder la inocencia, la originalidad e infiltran temor en todo el tejido social. La trama está atravesada por el problema de la fabricación de un “otro” monstruoso, en donde desfilan la guerra, el asesinato, la corrupción, el capitalismo, el robo, la venganza. El relato, con estructura de puzzle, se va armando poco a poco hasta enterarnos de la vida anterior de Ludo y sus aspiraciones básicas. Podríamos atribuirle la reflexión del autor sobre otro personaje: “Ciertas personas padecen del miedo a ser olvidadas. A esa patología se la llama atazagorafobia. A él le sucedía lo opuesto: vivía en el terror de que nunca lo olvidasen. Allá, en el delta del Okavango, se había sentido olvidado. Había sido feliz”. [S]



El sitio **culturadigital.udp.cl** es un repositorio online de todo el material cultural que la Universidad Diego Portales genera o adquiere. Reúne más de 13.000 archivos, entre ellos documentos, fotografías, objetos y videos.

Imágenes de colecciones y fondos fotográficos.



Notas sobre poesía, política y educación

Aunque la poesía ha cambiado mucho desde la Antigüedad –Platón fue su más ilustre enemigo–, la noción de que es una actividad algo irracional y las dudas sobre su eficacia para la enseñanza persisten hasta hoy. Y aunque la escuela sigue siendo uno de los lugares donde con mayor seguridad nos encontraremos con poemas, en la sala de clases solemos recitarlos latamente y analizarlos en la pizarra, con el fin de obtener “algo” que podamos declarar como materia pasada. El que los poemas mismos se resistan a ser apropiados de esta manera, que el resultado de esta pedagogía sea muchas veces la incompreensión e incluso el desprecio de lo poético, sugiere cómo la poesía puede mostrarnos algo sobre el lenguaje en general y la ideología educacional en particular.

POR ANDRÉS ANWANDTER

Hay al menos dos maneras típicas de concebir la relación entre poesía y política. En un primer tipo, se utiliza el poema para referir un evento político o como vehículo de algún mensaje social más o menos urgente. Sea como arma o herramienta, la poesía ofrece sus supuestos poderes retóricos al servicio de una causa determinada. El poeta se suma a ella con lo que aparentemente sabe hacer mejor: usar el lenguaje de manera efectiva o efectista, como un experto de la comunicación, dándole forma a un contenido que viene del ámbito de la política. Se suelen desdeñar los productos de esta colaboración, ya sea por panfletaria, por evidente o carente de ambigüedad poética.

En Chile es un lugar común denunciar *Incitación al Nixonicidio* y *alabanza de la revolución chilena* como el peor libro de Pablo Neruda. Y es cierto que su crítica

al “imperialismo yanqui” puede resultar ligera, pero no podemos saber cómo se leerán esos poemas en el futuro (asumiendo que la obra de Neruda es inmortal, como se dice), cuando ya nadie se acuerde bien quién era Nixon o qué eran los Estados Unidos. De pronto alguien vislumbra en esos versos algo que nuestro juicio actual, tan categórico, nos impide ver.

Cabe recordar, por ejemplo, que un poema tan reactivo y circunstancial como *La máscara de la anarquía*, de Percy Bysshe Shelley, escrito tras la masacre de civiles en Peterloo, Manchester, el 16 de agosto de 1819, y considerado en su época como algo muy menor, ha terminado inspirando –con su memorable estribillo ‘ye are many / they are few’– numerosos movimientos sociales, desde los primeros sindicatos de trabajadoras textiles en Nueva York, pasando por las protestas de las plazas de Tiananmen y Tharir, hasta el laborismo





Jorge Teillier

de Jeremy Corbyn, aparte de ser citado por Thoreau, Huxley y Gandhi. A mí me parece lo más accesible de Shelley: es un poema de bolsillo, se lee de una sola sentada, y sus veladas alegorías –generalmente explicadas en detalle a pie de página– traslucen una indignación genuina y contagiosa.

La desconfianza hacia los poemas que se proponen movilizar políticamente alcanza a Bertolt Brecht, a quien por didáctico, impersonal o proverbial se lo lee con una especie de placer culpable. No se me ocurre otra obra reconocida que nos confronte tan abiertamente con ciertos prejuicios críticos vigentes sobre lo que “debe ser” la poesía. Tampoco me sorprende que, por esto mismo, vuelva todo el tiempo, como el célebre fantasma de Marx.

A mi juicio, una variación contemporánea de este tipo de asociación entre poesía y política es aquella que, más que intentar transmitir eficientemente un contenido contingente, busca efectuar una crítica ideológica a través de la manipulación de la forma del poema. Asumiendo que la ideología radica en la sintaxis o la gramática convencional, los asociados de la poesía $L=A=N=G=U=A=G=E$ en Estados Unidos, por ejemplo, se han dedicado durante décadas a eludir cualquier convención lingüística para “abrirles la cabeza a mis estudiantes burgueses”, como señalara alguna vez el

poeta Bruce Andrews. La intención de movilizar (más que solo conmovernos) es similar a la que trasunta la poesía política más tradicional. También comparte con ella la idea de que un poema no tiene por qué no asumir sin complejos una función social, hacerse útil para una causa no necesariamente poética. Esto, a riesgo de que mucha gente ni siquiera identifique este esfuerzo como “poesía”, para no hablar de comprenderlo como activismo político.

El otro tipo de relación poesía-política que se suele postular (y yo creo haberlo escuchado con mucha mayor frecuencia en mi vida) se puede resumir en la frase “toda poesía es política”, cualquiera sea su forma o contenido. Según entiendo este argumento, por ser más o menos inútil, por no dejarse instrumentalizar (ni por la política ni por nada), la poesía es un acto de resistencia ante un mundo utilitario y prosaico. Mejor, dedicarse a la poesía afirma un cierto estilo de vida de poeta, que puede ser bohemio, maldito, rebelde, romántico, místico o ascético, posicionándose siempre en los márgenes de la sociedad. Esta marginalidad es cuestionable, porque la producción de poemas no deja de ser parte de una especie de mercado literario, aunque imperfecto, y los poetas son tan despreciados como celebrados en la esfera pública. En este sentido, es posible que esta postura solo refleje cínicamente una

incapacidad posmoderna de comprometerse con algún “gran relato”, como si la creación poética no tuviera otra que refugiarse en la escuela de la sospecha.

En *El odio a la poesía*, Ben Lerner sugiere que fue Platón quien dejó instalada hace siglos la inquietud de que los poetas son tipos medio antisociales, cosa que estos últimos nunca han querido denegar del todo. Las aprensiones del filósofo griego –que es sabido propone expulsarlos de su República– nos parecen exageradas hoy en día. No somos capaces de ver cómo la poesía amenazaría con destruir la comunidad política pero, por las dudas, no solemos revisar este argumento en detalle. O lo aceptamos con gusto: mal que mal, Platón es de los pocos autores que evidencia un temor genuino ante lo que percibía como “el poder” de la poesía, es decir, que le reconoce alguna influencia real sobre los seres humanos.

Vale la pena detenerse un momento aquí para pensar otro tipo de relación entre poesía y política, uno en el cual el poema no sea solo un medio para expresar una posición política ni un mero testimonio de una vida poética vivida más o menos a contrapelo de la sociedad. Para Platón, es lo que los poetas “hacen” con el lenguaje, no con sus vidas ni sus opiniones, lo que constituye una aberración. Los acusaba de hablar sin saber, sin buscar la verdad, seducidos por el mero sonido de las palabras, en lugar de discurrir filosóficamente. Esa era la pésima lección que dejaba la poesía. Y sus efectos nefastos sobre el orden social de la época le parecían evidentes. Hoy en día opondríamos, de manera similar, la ciencia –quizás la economía– a la poesía. Un poema ofrece justo lo contrario al empleo racional, o al menos razonable, de la lengua, pero no percibimos ninguna consecuencia social grave de esto. Así, la poesía “pasa colada”: es una materia escolar prescindible, pero que curiosamente insiste en asomarse en la enseñanza, sobre todo del lenguaje.

Si seguimos a Eric Havelock en su *Prefacio a Platón*, a finales del siglo V a. C. la poesía era la forma privilegiada para impartir la educación en Atenas. En un mundo predominantemente oral, los poemas ofrecían modelos de virtud y una forma algo aparatosa –sintética e inmediata– de almacenamiento de información que se activaba en el recitado, a través de una performance basada en la identificación acrítica con la palabra proferida. O algo

por el estilo. Esta hegemonía de la poesía coincidió con la crisis y decadencia de la sociedad ateniense y el lento ascenso de la escritura como forma de registro cultural. Esta última permitía otra relación con el pensamiento, caracterizada por el análisis y la distancia crítica con respecto a sus objetos. Es por ello que Platón consideraba a la poesía –comparada con el texto filosófico escrito que él se encargó de desarrollar– ineficiente para la formación de los guardianes de su sociedad ideal. Pero también peligrosa, ya que los desviaba alegremente del camino que conducía a la verdad. Recordemos que cuando Platón habla de “poesía”, aunque incluye en ella la lírica, se refiere sobre todo a representaciones dramáticas, usualmente acompañadas de música, y con *performers* fuera de sí, en una especie de trance, que se esperaba que contagiara a la audiencia, volviendo la obra una experiencia de comunidad.

Aunque la poesía ha cambiado lo suficiente desde la Antigüedad como para revisar la crítica que hace Platón de ella –“las Musas también aprendieron a escribir”, al decir de Havelock–, la noción de que es una actividad algo irracional y las dudas sobre su eficacia para la enseñanza persisten hasta hoy. No obstante, como un atavismo, la escuela sigue siendo uno de los lugares donde con mayor seguridad nos encontraremos con un poema. Por cierto, las lecciones sobre poesía que recibimos tienden a minimizar su posible influjo, a reducir

cualquier posibilidad de que ella misma nos enseñe algo sobre el lenguaje. Así, en vez de abandonarnos a la experiencia de un poema en la sala de clases, solemos quizás recitarlo latamente, pero con mayor frecuencia analizarlo sobre la pizarra, traducir en prosa lo que supuestamente quiere decir, clasificar su forma métrica, relacionarlo con la biografía de su autor, intentar obtener “algo” que podamos declarar como materia pasada. El que los poemas mismos se resistan a ser apropiados de esta manera, que el resultado de esta pedagogía sea muchas veces la incomprensión e incluso el desprecio de todo lo que suene poético, sugiere cómo la poesía –sin necesidad de que sintonicemos con ella– puede mostrarnos algo sobre el lenguaje en general y la ideología educacional al uso. Es quizás por esto mismo que a la poesía es preferible “tenerla segura” al interior de la escuela.

Ahora bien, una de las tendencias más marcadas que afecta a la educación a nivel global es la privatización.

**En lugar de establecer
un dominio discursivo,
la práctica poética suele
tomar el lenguaje como
lo que es en realidad: un
"bien común absoluto,
dado a todos al nacer"
(Badiou), un recurso
compartido, virtualmente
inagotable.**

No me refiero solamente al traspaso de la función educacional desde el Estado a proveedores privados, sino también a la creciente comprensión del aprendizaje como adquisición individual de habilidades y conocimientos: transmisión de contenidos de profesor a estudiante, y certificación del éxito de este proceso a través de títulos de dominio, como son las notas o los grados. En este contexto, es de sentido común cobrar por la educación: se trata al final de la venta de una especie de propiedad, que podemos después adjuntar a nuestros nombres. De ahí la importancia de la adquisición de un “cartón” por sobre el esfuerzo en la búsqueda de la verdad o el desarrollo personal que habría perseguido la educación en un pasado más o menos remoto. Es el título académico lo que supuestamente abre oportunidades –y es en ese sentido “un bien de consumo”, como sugirió alguna vez el presidente Piñera– en función del estatus de la institución que lo concede y los campos a los cuales aplica. Es probable que en general no agregue mucho valor incluir entre estos últimos a la poesía.

Si el conocimiento se concibe como una serie de regiones disciplinarias dentro de las cuales debemos aprender a movernos usando sus códigos de manera apropiada, la práctica poética consiste muchas veces en ignorar los bordes entre ellas: el campo de la poesía no es una disciplina específica, sino el lenguaje en toda su extensión. Para el crítico Gerald Bruns, la poesía es “lenguaje que excede las funciones del lenguaje [...] no puede ser adecuadamente conceptualizada, valorada, comprendida, o (mucho menos) producida al servicio de formas de la práctica discursiva”. Esto es lo que vuelve la poesía tan problemática de abordar en el currículo escolar: es necesario para ello obviar su naturaleza excesiva y tratarla como un tipo de discurso específico, con sus reglas, que se pueda estudiar y dominar. Por esto se prefiere la lectura a la escritura de poemas en el aula, porque la experiencia de crear con el lenguaje es capaz de poner en cuestión, en la práctica, todo el saber teórico que podemos adquirir “sobre” la poesía como género literario, o tipo textual, o cualquier otra categoría en la cual se intente confinarla.

En lugar de establecer un dominio discursivo, la práctica poética suele tomar el lenguaje como lo que es

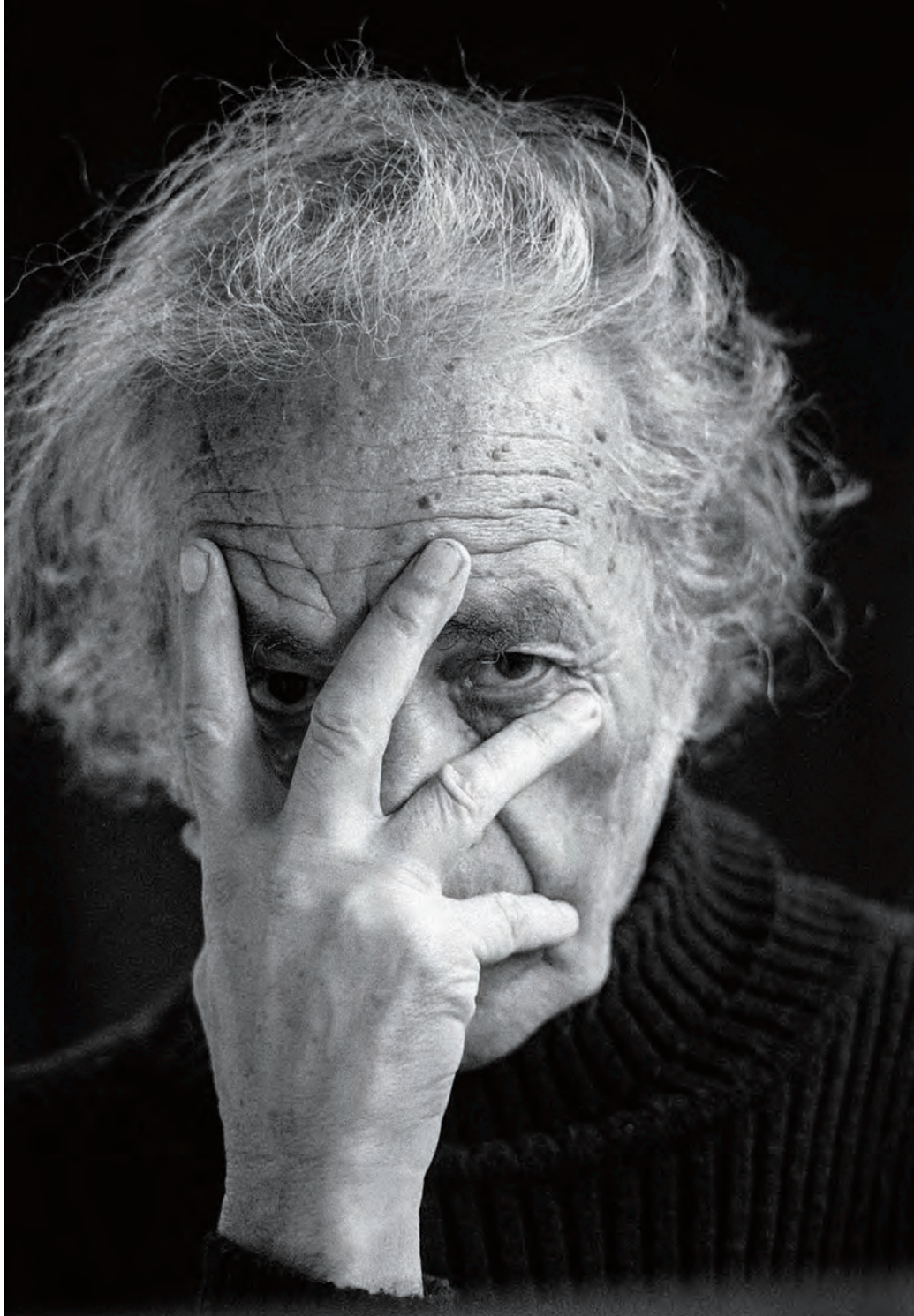
Es el título académico lo que supuestamente abre oportunidades –y es en ese sentido “un bien de consumo”, como sugirió alguna vez el presidente Piñera– en función del estatus de la institución que lo concede y los campos a los cuales aplica. Es probable que en general no agregue mucho valor incluir entre estos últimos a la poesía.

en realidad: un “bien común absoluto, dado a todos al nacer” (Badiou), un recurso compartido, virtualmente inagotable. Contra lo que la escuela nos quiere hacer ver, desde el punto de vista poético, el lenguaje no puede ser propiedad de nadie en particular, tenemos libre acceso a él y podemos en principio hacer lo que deseemos, ignorando los deslindes discursivos que reconoce la educación. Así es cómo la poesía, la producción literaria en general, va contra la lógica de la privatización y busca extender el espacio lingüístico con sus invenciones, para beneficio del colectivo. Crear un poema es una manera de reafirmar esta visión: mostrar que un poeta no es un mero usuario, sino una especie de comunero de la lengua. Alain Badiou argumenta, en un sentido parecido, que hay “un vínculo esencial entre poesía y

comunismo, si entendemos *comunismo* en su sentido primario: la preocupación por lo que es común a todos. Un amor tenso, paradójico, violento por la vida en común; el deseo de que lo que debiera ser común y accesible a todos no sea apropiado por los siervos del Capital. El deseo poético de que las cosas de la vida fueran como el cielo y la tierra, como el agua de los océanos y los incendios de una noche de verano –esto es, fueran por derecho de todo el mundo”. Según Badiou, el poema es

un regalo del poeta al lenguaje, un presente para toda la humanidad.

Este tercer tipo de relación entre poesía y política, aunque parezca simplemente mezclar elementos de los dos anteriores, no está basado como ellos en el desarrollo de una sensibilidad especial del poeta que le permita refinar la comunicación de una causa política o resistirse a un sistema social carente de poesía: se trata más bien de recuperar y compartir –a través de la práctica creativa– una actitud universal hacia el lenguaje, una que lo afirma como bien común, no como adquisición individual. Así, en lugar de limitarse a reproducir una lengua determinada, la poesía apunta a que produzcamos cada cual algo con ella: un poema que expanda otro poco el ámbito lingüístico y nos devuelva, aunque sea por un instante, lo que la socialización nos ha querido hacer olvidar, el poder de las “palabras de la tribu”, como diría Nicanor Parra. Una manera sutil de subvertir la



Nicanor Parra (gentileza Cenfoto)

enseñanza convencional del lenguaje y cuestionar de paso una Constitución política y un modelo económico fundados ambos sobre la noción de propiedad privada. Pero ¿cómo funcionaría esta poética en la práctica?

Es una especie de demostración, sugiere el poeta austriaco Ernst Jandl: “Escribir y hablar en una lengua venida a menos / es un demostrar”. Jandl no usa aquí el infinitivo para imitar una jerga medio heideggeriana, sino para acoger hospitalariamente el alemán tarzanesco de los inmigrantes en su poema. Una demostración en los distintos sentidos de esta palabra: cada poema en efecto “demuestra” lo que es posible hacer con el

lenguaje, y puede ser al mismo tiempo una manifestación contra las políticas oficiales de la lengua que las escuelas intentan, a regañadientes, implementar. Una reclamación del derecho inalienable a crear con la palabra. Puede que todo esto suene exagerado, pero no es tan absurdo pensar que, en un futuro cercano, se intente privatizar de veras la lengua materna, como ya se ha hecho con el agua y otros bienes comunes. La única resistencia en ese entonces será tomarse a la fuerza el lenguaje en común, ocuparlo y producir con él modos alternativos de habitar la palabra. Quizás en eso la práctica poética tenga por fin algo que enseñarnos. [S]

Crónica de dos amigos

POR BRUNO CUNEO

Rilke, dicen sus biógrafos, se pasaba toda la mañana escribiendo cartas y por eso su correspondencia completa incluye varios miles, que ocupan varios volúmenes de sus obras completas. Neruda escribió muchísimas menos, pero no fueron tan pocas, y un grupo de ellas, publicadas hasta hoy solo en Argentina por Margarita Aguirre, su secretaria, forma uno de los mejores epistolarios poéticos que haya leído y es además una guía inmejorable para conocer la génesis, emocional y verbal, de *Residencia en la Tierra*, el mejor libro de Neruda y tal vez del idioma.

El libro se llama *Correspondencia durante "Residencia en la Tierra"* (Sudamericana, 1980) y reúne las 32 cartas que intercambiaron Neruda y el escritor argentino Héctor Eandi, principalmente entre 1927 y 1933, aunque hay algunas posteriores. Eandi, que fue el primero en valorar internacionalmente la obra de Neruda (en 1926 publicó un artículo sobre los *Veinte poemas* que encendería la relación entre ambos), acompañó y asistió al poeta de muchas maneras durante todo el período —desde 1926 a 1933!— en que concibió las *Residencias* y se desempeñó como cónsul honorario de Chile en destinaciones de Asia que aun hoy harían llorar a un diplomático de carrera: Birmania, Ceylán, Sumatra, Java, Singapur, países de horror colonial, repletos de miserables, alcohólicos, enfermos, “ingleses”, en los que vivió su propia “temporada en el infierno”, como dejó anotado en sus memorias.

Neruda, en efecto, padece en estas cartas de todo: abandono, tedio, depresión, ansiedad sexual, pobreza y de ocasionales raptos maniáticos, que espantan incluso a sus monstruosos vecinos: hace morisquetas grotescas cuando sale a la calle, recoge perros vagos para acompañarse, hace pelear a su mangosta con serpientes venenosas, mete mujeres a su casa por montones, se emborracha, fuma opio, se queda en cama tres días sin poder levantarse. En general, siente que el ser y el lenguaje se le deshacen, que está rodeado, como Kurtz en *El corazón de las tinieblas*, de “extraños seres de destierro, exterminados, sin comprensión posible”,

cuya forma larvaria se acrecienta con el sopor que le provoca un canto ritual que sale de una casa vecina: la “Devil's Dance”, que es de una “monotonía tiránica y un ritmo de anillos sin fin, como el cante jondo”. Ese ritmo demoníaco, pocos lo han notado, será también el de las *Residencias*, que Neruda caracteriza como “un montón de versos de gran monotonía, casi rituales, con misterios y dolores”, una salmodia lúgubre y uniforme, “como una cosa comenzada y recomenzada, como eternamente ensayada sin éxito”.

Eandi, que había vivido años antes un horror similar en un poblado del Chaco, se convertirá por ello en su audiencia ideal y único confidente: sentir que alguien desconocido lo piensa y lo recuerda en estos días aciagos, dice, le devuelve la vida a uno que ya solo se siente “pariente de la nada”. No solo eso, Eandi le envía incontables paquetes de diarios, libros y revistas, trata de conseguirle colaboraciones pagadas en algún medio argentino y llega incluso a realizar gestiones con Alfonso Reyes, por entonces cónsul de México en Buenos Aires, para que intervenga en su favor ante la cancillería chilena, que se empeña sádicamente en negarle el traslado a un funcionario que partió a los 22 y ya se encamina a los 30. La generosidad de Eandi, nueve años mayor, no tiene límite, conmueve, y si hace todo lo que hace es porque cree en él, porque reconoce la originalidad y el valor de su obra, pero también porque odia, como dice, “estos tiempos de alacranerías despiadadas y de juventudes empuñadas por una envidia digna de sirvientes o de eunucos”.

Del joven Neruda admira también su arrojo, su libertad para desestablecerse y perseverar en su trabajo poético, a diferencia de él, que ha debido casarse y buscarse un trabajo estable en una firma de maquinaria sueca, para desgracia de su vocación, que apenas le dará tres libros y que considera mediocres: “Mi vida se tranquiliza, cada vez más, y esto me desazona a menudo. Yo creo que solo vivimos de veras en ese período salvaje de la juventud, en que hacemos conquistas a costa de nuestra propia destrucción. En cuanto hallamos el equilibrio,

en cuanto nos acomodamos para vivir cómodamente, empieza el período de la reproducción y la muerte". Paradójicamente, Neruda desea precisamente lo contrario: hastiado a morir, quiere establecerse, casarse, vivir en una ciudad grande, y lo logró, al menos por un tiempo, cuando en 1931 conoció en Java a Maruca Agenaar, con quien tuvo una hija, Malva Marina, cuya trágica historia se menciona a medias aquí y constituye la mayor omisión de sus memorias.

Hace años leí la correspondencia completa de César Vallejo, que es igual de dramática, pero encontré poquísimas ideas o frases que valiese la pena subrayar, ya que básicamente las cartas eran largas excusas para conseguir algo de plata, casi siempre del bueno de Pablo Abril, que era generoso como Eandi. Neruda, en cambio, se explaya en las suyas sobre sus ideas literarias y sus intenciones poéticas, enumera también sus lecturas, de Proust y de los "nuevos ingleses" (Joyce, Huxley, D. H. Lawrence), que lee en inglés y admira sobre todo por su capacidad para "relatar directamente, con cierta virilidad y descuido exteriores, que es algo bastante inesperado para hombres como yo, cuya sola noción literaria ha sido modificar la forma, problema cutáneo que me parece sin sentido". Menos cauto y estratégico que de costumbre, más joven en el fondo, se da el gusto incluso de cargarse a unos cuantos contemporáneos. De Victoria Ocampo, por ejemplo, dice que "le consulta a Ortega y Gasset hasta para arreglarse los refajos"; de Borges, que conocía a Eandi, dice que está más preocupado de los problemas sociales y culturales que de la "absorción física del mundo", y en cuanto al ya mencionado Ortega, "el vampiro escolástico", no escatima en insolencia: "Todo lo que es raciocinio y esterilidad en España viene de su 'florida prosa'. Y esa postura de 'bacán' de la literatura y las artes, de Apolo y Atenea, de señor protector con oficina en el Olimpo".

Neruda y Eandi se encontraron recién el año 33, luego de que el fiel amigo trasandino lograra finalmente que lo nombraran cónsul en Buenos Aires. Duró un año en el cargo, se vieron mucho, participaron en fiestas, pero

después de eso Neruda partió a Madrid, llegó el éxito, la Guerra Civil española, "la llamada de la historia", el giro político de su poesía, y la correspondencia entre ambos se fue volviendo cada vez más fría, esporádica, hasta detenerse el año 43.

Dos décadas más tarde, cuando Margarita Aguirre contactó a Eandi para interrogarlo sobre las cartas, llevaban muchos años sin verse ni escribirse. Eandi no se quejó de este olvido ante ella, era noble, y se limitó a entregarle todas las que conservaba y agregó una que nunca se atrevió a enviarle, escrita probablemente en 1961, el año en que jubiló y su empresa lo invitó a conocer Suecia.

Es una carta bellísima, "tal vez demasiado lírica", en sus propias palabras. En ella Eandi repasa esa época memorable de su vida, en la que asistió, dice, al nacimiento del destino poético de Neruda, e hizo todo lo que pudo por él, mucho antes de que llegaran "los críticos y los profesores de estilística". Pero la carta da a entender también que se sintió olvidado por el poeta y que no podía acompañarlo cuando le llegó la fama y su poesía se fue llenando de preocupaciones políticas, que eran muy tímidas, casi inexistentes, por la época en que se escribían, como demuestra una carta que Neruda le envió el 33: "Y todavía me queda esa desconfianza del anarquista hacia las formas del Estado, hacia la política impura. Pero creo que mi punto de vista, de intelectual romántico, no tiene importancia. Eso sí, le tengo odio al arte proletario, proletarizante. El arte sistemático no puede tentar, en cualquier época, sino al artista de menor cuantía. Hay aquí una invasión de odas a Moscú, trenes blindados, etc. Yo sigo escribiendo sobre sueños".

Eandi murió el año 1965 y sus hijos volvieron a publicar el año 2008 el epistolario, que nunca se ha publicado en Chile, por lo que es prácticamente desconocido. Los hijos lo renombraron *Neruda-Eandi: Itinerario de una amistad*, un título que me parece mucho más justo y cercano para un libro extraordinario, escrito por dos jóvenes escritores que culminaron, con distinta fortuna, sus carreras en Suecia. [S]

Lorrie Moore: escenas de la vida de provincia

Libros donde las historias y personajes son más importantes que el estilo y las ideas: esa podría ser una buena síntesis de la gran tradición de la narrativa norteamericana, de la que Lorrie Moore es una de las mayores exponentes de hoy. Invitada estelar del Festival Filba, dictó una conferencia titulada *¿Qué es una novela?*, firmó libros y presentó la reedición de *¿Quién se hará cargo del hospital de ranas?*, novela en la que volvemos a ese paisaje poblado por hombres y mujeres que habitan en ciudades alejadas de los centros políticos y culturales, y que sienten que su vida se desperdicia en medio de la rutina laboral y la familia.

POR CRISTÓBAL CARRASCO

Supongo que cuando Franz Kafka escribió a su amigo Oskar Pollak que los libros debían ser el hacha que rompiera el mar helado que hay dentro de nosotros, no estaba pensando, precisamente, en los libros de autoayuda. Podría haberlo hecho, de todos modos. Aunque posee raigambres antiquísimas, como los libros de sabiduría del *Antiguo Testamento* o la obra de Séneca, la literatura de autoayuda es un fenómeno eminentemente moderno, que posee un inicio muy específico: la publicación del libro *Autoayuda*, del escocés Samuel Smiles en 1859, y que inició una revolución silenciosa y radical entre los lectores y la literatura en general.

En *Autoayuda*, Smiles desarrolla una especie de código de conducta inspirado en historias de personas de éxito y frases de autores como Shakespeare o la *Biblia* misma. El libro, que fue autopublicado por Smiles, tuvo un éxito instantáneo: miles de copias vendidas y elogios como el de Bernard Shaw, que lo tildó de “Plutarco moderno”. Pero fue, como todo, también fruto de su tiempo: la proliferación de la imprenta en el siglo XIX, la pérdida de los valores católicos en Europa y el ascenso de la ética

protestante, produjeron un quiebre moral que Smiles supo ver bien y que Max Weber analizó mejor aún en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*: la gente ya no buscaba la vida eterna, sino el éxito.

Y por éxito Smiles entendía algo muy específico: que los deseos se realizaran, que la gente fuera rica, social y sentimentalmente aceptada. Para ello, nada mejor que un manual de conducta, una especie de corpus normativo de la felicidad y el ascenso social. Los códigos oficiales –que, por cierto, también proliferaron en ese mismo siglo– no tenían la misma pretensión: muchos de ellos tenían como misión ordenar las relaciones civiles, garantizar los derechos mínimos de los ciudadanos o prohibir las conductas delictuales, pero ninguno de ellos decretaba cómo vivir bien, menos lo imponía o sugería.

Muchos autores han tratado de desentrañar el efecto que produjo la expansión de la literatura de autoayuda desde fines del siglo XIX. Autores como Michel Foucault (en *El orden del discurso* o algunas de sus entrevistas) o Eva Illouz (en su magistral *La salvación del alma moderna*), se han ensañado en mostrar la autoayuda como una

herramienta de dominación y opresión social. De seguro hay algo de cierto en ello, pero en un plano paralelo, y en plena “epidemia de los manuales de superación personal” (como dijo el *New York Times*), la escritora norteamericana Lorrie Moore –egresada de Cornell y estudiante ejemplar de los cursos de escritura creativa– publicó en 1985 su primer libro de relatos, *Autoayuda*, y que a través del tono, a medias categórico, a medias compasivo, revelaba un mandato que, en plena expansión neoliberal de fines del siglo XX, nadie parecía dudar: la obligación de encajar, de funcionar, de acoplarse al modelo.

Quisiera detenerme en ese lugar común. En el primer relato de *Autoayuda*, “Cómo ser la otra mujer”, Moore relata, a través de órdenes y consejos, el inicio de un *affaire*: “Mira los Hummels de terciopelo falso que giran alrededor de los zapatos de piel; algunos son blancos como los que lleva tu padre y están apoyados en guirnalda sobre un montoncito de nieve sintética. Todas las tiendas han cerrado. Ves tu aliento en el cristal. Dibuja un símbolo de la paz. Esperas un autobús. Él surge de la nada”. En el *affaire*, la protagonista es ingenua y descuidada, el amante es un galán insignificante. Todo el relato suena, o parece sonar, como una condena a la infidelidad. De hecho, pocas páginas después, la narradora-jueza lo dice, con el tono de la autoayuda, pero también de la cercanía, como si la narradora supiera lo que siente la protagonista: “Cuando tenías seis años te creías que ‘amante’ significaba algo molesto, como ponerse un zapato en el pie equivocado. Ahora eres mayor y sabes que puede significar muchas cosas, pero que esencialmente significa ponerse el zapato en el pie equivocado. Caminas de manera diferente. No te reconoces en los escaparates; eres otra mujer, una loca escapatista con gafas que tropieza frenética y preocupada entre los maniquíes”.

Nunca sabemos –porque Moore es lo suficientemente lista para que sus palabras no suenen completamente condenatorias ni empáticas– qué es lo que piensa la narradora, y quizás ese sea el ingenio de iluminar ese lugar común: los relatos de *Autoayuda* son una expresión magistral de la tensión que existe entre mandato y libertad, orden y liberación.

El mismo *New York Times* consideró esos cuentos “una colección de historias divertida, coherente y conmovedora” y “no totalmente irónicos”. Por sobre todo, señalaba que “desde sus inicios, la ficción ha pretendido, entre otras cosas, ser buena para nosotros. La superación personal, así como la instrucción en modales y las fábulas, fueron la ingeniosa defensa de lectores y escritores acusados de ociosidad. La sabiduría actual supone que la ficción debe tratar sobre nada; se supone que simplemente ‘es’, pero un libro como *Autoayuda*, de hecho, nos instruye sobre nuestros dilemas actuales y permanentes y es bueno que así sea”.

Creo que esa es, justamente, la gracia de Moore: a sabiendas del estado de la literatura, a sabiendas de que los libros ya no serán el hacha que rompa nuestro



Lorrie Moore firmó libros en la Biblioteca Nicanor Parra de la UDP.

corazón, insiste en intentarlo, y para ello, nada mejor que mostrar las miserias de la clase media a través de la literatura que más consumía.

Luego del éxito de *Autoayuda*, Moore siguió una carrera vinculada a la academia. Trabajó desde esa época para la Universidad de Wisconsin –en la que hizo clases de escritura creativa por casi 30 años– y comenzó a colaborar habitualmente con relatos y artículos para *The New Yorker*, *Paris Review* y *The New York Review of Books*. Publicó un par de años después su primera novela, *Anagramas*, y luego, casi a mediados de los años 90, *¿Quién se hará cargo del hospital de ranas?*, que acaba de ser reeditada por Eterna Cadencia.

A Chile vino a presentar esa novela, en el marco del festival Filba que se realizó a comienzos de octubre en la Universidad Diego Portales. ¿Qué es una novela? fue el título de la conferencia que dio en el auditorio de la Biblioteca Nicanor Parra. La respuesta fue rica en imágenes y sinuosa: Moore caminó por el espacio o el lugar en el que transcurre la acción, se detuvo en los personajes y en la voz, y finalmente apeló a la estructura.

“Todo parece nuevo y sospechoso en ese lugar”, comenzó diciendo sobre ese mundo paralelo, esa

realidad sustituta, en la que el escritor se sumerge cuando comienza a escribir una novela. “La gente se siente acogida o abandonada en esa habitación”, dijo después, agregando que en *¿Quién se hará cargo del hospital de ranas?* el espacio es la infancia. “A veces hay que elegir una distancia que no te hiera”.

Para Moore los personajes vienen después que el territorio y en su voz radica el triunfo de la novela: es lo que nos queda a los lectores, ese susurro, ese tono, ese humor. La novela, al final, es un género de preguntas (al revés del cuento, donde prima la acción), “que no resuelve misterios sino que los captura”.

¿Quién se hará cargo del hospital de ranas? parte en París, en medio de una comida insulsa entre una pareja a medias acomodada, a medias feliz de disfrutar las estrecheces de vivir en el extranjero. Sin embargo, no es suficiente para la pareja, que se despedaza. Fruto de esa insatisfacción, la protagonista comienza a recordar a Sils, su amiga de adolescencia, con la que trabajaba en un parque de atracciones de medio pelo en las cercanías de la frontera con Canadá y con la que comenzó a vivir la vida que perdió en su matrimonio: se emborrachaban, iban a fiestas, huían y planeaban abortos. Con la remembranza, Moore, junto con exponer algunos de los temas que había tratado en *Autoayuda* –la incomodidad y la insatisfacción de una vida desperdiciada en la clase media norteamericana–, expone un paisaje que comenzó a mostrar a partir de su estancia en la Universidad de Wisconsin: la forma en que los norteamericanos que no pertenecían a las grandes capitales culturales de Estados Unidos vivían su relación con las grandes ciudades y con la cultura. ¿Cómo eran los norteamericanos que no vivían en Nueva York? ¿Qué relación tenían con lo que pasaba afuera de sus ciudades pequeñas y encerradas?

Aquel paisaje quedó preciosamente retratado cuatro años después, cuando Lorrie Moore publicó en *The New Yorker* el que probablemente sea su mejor texto: “También eres feo” (que después aparecería en su libro de relatos *Como la vida misma* y que fue elegido por John Updike entre los mejores cuentos norteamericanos del siglo XX). La protagonista es una profesora morena del medio oeste norteamericano que se ha acostumbrado a la vida confortable de los campus universitarios, las citas mediocres con hombres simplones y las habladurías de sus prójimos. Su tez morena la hacía ver como extranjera (“que la Profesora Hendricks sea de España no le da el derecho a ser tan negativa hacia nuestro país”, dice con gracia la narradora), pero no es solo eso: Moore, que había ya abandonado el tono de los manuales de autoayuda, volvía a insistir con la disconformidad que las protagonistas sentían ante su entorno. La protagonista, Zöe, debe lidiar con la inminencia del cáncer, el éxito de su hermana, la irrelevancia de su trabajo (pese a que, en realidad, es interesantísimo: se dedica a analizar el uso del humor en la presidencia norteamericana; hoy estaría dichosa), y la sensación ominosa de que, pese a

todo, nunca es suficientemente perfecta. La narradora dice: “Se esperaba, en suma, que fueras Heidi. Que llevaras leche de cabra hasta las colinas sin pensarlo dos veces. Heidi no se quejaba. Heidi no hacía cosas como pararse frente a la nueva fotocopidora IBM diciendo: ‘Si esta fotocopidora de mierda se vuelve a estropear, me corto las venas’”. La protagonista, por supuesto, no lo logra: en medio de una fiesta, hace una escena absurda y violenta con un hombre con el que ha coqueteado durante la noche. Como en algunas novelas de Saul Bellow, donde los personajes cultos y pensativos terminan sucumbiendo ante la violencia, Moore ensaya esa versión en la vertiente femenina. ¿Cómo es posible?, nos preguntamos. ¿De quién es la culpa?, pensamos también.

Algo de aquella pequeña tragedia parece olvidarse cuando leemos textos como los de Moore, porque en un comienzo sus relatos parecieron centrarse más en el ingenio y en el humor que en la vida misma de los personajes, pero no por eso dejan de ser trágicos. Por eso, si hay algo que Moore ha podido desarrollar, es su capacidad de que los personajes sean el centro, más que su estilo, y que sean las historias las que nos emocionen, más que sus ideas. [S]



¿Quién se hará cargo del hospital de ranas?

Lorrie Moore

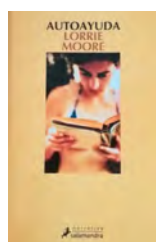
Eterna Cadencia, 2019
176 páginas
\$16.000



Al pie de la escalera

Lorrie Moore

Seix Barral, 2009
384 páginas
\$19.000



Autoayuda

Lorrie Moore

Salamandra, 2002
224 páginas
fuera de catálogo

Josefina Licitra: cronista de silencios

Una historia protagonizada por un grupo de mujeres del movimiento revolucionario Túpac Amaru, silenciada por sus propios compañeros hombres a la hora de reivindicar las gestas, es el eje del nuevo libro de esta escritora argentina que vuelve, con la fuerza y la sutileza que la distinguen, a preguntarse cómo se construye la memoria, qué significa la dignidad y la libertad para los ignorados y los desplazados.

POR MARCELA AGUILAR

Entre todas las voces de la crónica latinoamericana, la de Josefina Licitra resuena quedamente y, sin embargo, su sonido perdura por largo tiempo. Cuando tenía 28 años ganó el primer premio de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) por “Pollita en fuga”, un perfil publicado en *Rolling Stone* de Argentina, sobre una adolescente que lideraba una banda criminal en el conurbano de Buenos Aires. Un texto duro, filoso, que comienza así: “No se le notaba. La última vez que Silvina cayó presa –el 5 de mayo pasado– estaba en la cama con su novio, embarazada y desnuda, pero no se le notaba. La brigada bonaerense la encontró a 15 cuadras de la Villa Hidalgo, en el partido de San Martín, en una casa chica de cemento blanqueado, jardín reseco en la entrada y una segunda construcción al fondo. Silvina estaba encerrada en un cuarto con Jorge, uno de sus novios, cogiendo bajo el aire de un ventilador de techo. La brigada entró en el cuarto con modales bonaerenses y la sacó a patadas.

–Rati puto –saludó Silvina. Le pegaban más fuerte y no la dejaban vestirse.

–Rati la conchadetumadre dame la ropa.

La brigada le pateó los riñones, el estómago, las piernas y el culo. Silvina gritó:

–En la panza no. Quiero a mi abogado.

Pocos días más tarde, *Clarín* publicó una nota que

decía: ‘Estaba embarazada de dos meses’. Pero a esta altura –60 días después, cuando nos encontramos en algún lugar de la provincia de Buenos Aires– sé que lo perdió. Porque Silvina, ya van a ver, es uno de esos casos en los que se pierde todo”.

Licitra se lo escribió todo en esos primeros años de colaboraciones en revistas y periódicos del continente, cuando la crónica estaba de moda y todos los meses aparecían nuevos medios impresos con ganas de publicar historias. Más obrera que artista, se hizo el tiempo para trabajar en su primer libro, *Los imprudentes*, un relato sobre adolescentes homosexuales en Buenos Aires a comienzos de este siglo. Uno de ellos es Santos, un chico de familia millonaria que un día cualquiera le revela a su madre que es gay.

“En realidad la cuestión gay –escribe Licitra–, en líneas generales, había sido barrida del hogar. Para Santos, ese silencio era una buena señal: no lo iban a echar, y el clima familiar incluso era tolerable. La vida transcurría como si tal cosa –cuatro hermanos, una mucama, un apellido patricio– hasta que dos días más tarde su madre se acercó a Santos con una mueca vaporosa, un gesto casi virginal.

–Santitos, quería decirte que nosotros te vamos a acompañar –lo acarició con la mirada–. Acá estamos: somos tu familia. Incondicionales. Tenés que relajarte,



Licitra ganó el primer premio de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano por "Pollita en fuga", un perfil sobre una adolescente que lideraba una banda criminal en el conurbano de Buenos Aires.

tenés que dejarte contener, nosotros solo te pedimos que esto quede en la familia –sonrió–. Solo te pedimos prudencia. Esto es algo muy personal, muy tuyo. Te ruego que no lo hables con nadie, ni con tus amigos, ni con los primos, ni con los tíos, ni con la gente que te conozca. Es cuestión de tiempo. Vos vas a estar bien, Santitos, esta es una carga que no dura para siempre. Yo conozco un psiquiatra. Con mucho esfuerzo vas a poder curarte.

Ese libro tiene 12 años, muchas costumbres han cambiado en Argentina desde entonces, pero Josefina dice que aún le escribe gente para contarle que *Los imprudentes* le ayudó a salir del clóset, la acompañó en el proceso.

–Me parece genial que esas historias todavía tengan sentido para lectores jóvenes –dice al teléfono desde Buenos Aires–, pero no tengo la expectativa de que mis libros perduren en el tiempo. Sé que son material periodístico, son un registro de un momento, no pienso demasiado en qué pasará con ellos en el futuro.

Después de *Los imprudentes* vinieron *Los otros. Una historia del conurbano bonaerense* y *El agua mala. Crónica de Epecuén y las casas hundidas*. Son libros sobre gente que habita en los márgenes –sociales, geográficos, a ratos

morales–, gente que gasta la vida en defender lo poco que tiene. Gente triste.

Su nuevo libro, *38 estrellas. La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia*, tiene una portada festiva, triunfal: unas mujeres se asoman por la ventanilla de un auto, sonríen y levantan los puños en un gesto de celebración. Son las tupamaros que escaparon de la cárcel en Montevideo en 1971, por un túnel que hicieron ellas mismas con sus materiales de costura (tijeras, palillos, reglas) y que conectaba con el alcantarillado de Montevideo.

–Me interesé por esa historia, al comienzo, por una razón, muy simple: nadie la había contado como yo me imaginé que podría contarla.

En realidad, la fuga no duró más de media hora. Ese relato, en clave de suspenso, es la excusa de Licitra para indagar en otros temas que son los de siempre, los que le interesan: cómo se construye la memoria, qué significa la dignidad y la libertad para los ignorados y los desplazados.

“No es un libro feminista –dice–. No tiene perspectiva de género, no sé reconocermelo desde una perspectiva feminista. Pero pasó que con los años el libro empezó a cargarse de sentido, empezó a crecer en términos de voz, a adquirir una perspectiva universal.

El libro se trata, entre otras cosas, de cómo un grupo de jóvenes –muy jóvenes, algunas de 16, 17 años– mujeres uruguayas se unieron al movimiento tupamaro en una época en que reverdecían los grupos revolucionarios latinoamericanos. De cómo terminaron en la cárcel y de cómo miran hoy a esas adolescentes que fueron.

–Me asombró conocer sus historias, mujeres que a los 25 años se fueron presas y que ya tenían un pasado político, experiencia con armas. Es un grupo que, al entregar el cuerpo al movimiento tupamaro, entrega también su posibilidad de maternidad, de futuro. No digo que toda mujer deba ser madre, pero en estos casos no hubo opción, la maternidad es una posibilidad que les fue negada y ellas no lo vieron en el momento en que entraron a la cárcel.

Y esas mujeres son, en los años 60, 70, incluso para la revolución, personajes secundarios.

–Las actas tupamaros, que registran lo que uno llamaría los “usos y costumbres” del movimiento, incluyen protocolos con ejemplos insólitos sobre la función de la mujer. Una buena militante, dice uno, recibe a su compañero con un plato de comida al final de un día de revolución. O explican las ventajas de que una mujer transporte armas o explosivos porque no hay nada más inofensivo que una mujer con su bolso paseando sus perros. Es probable que esos textos los haya escrito Eleuterio Fernández Huidobro, quien fue ideólogo del movimiento y más tarde se convertiría en ministro de defensa de José Mujica. Era y es un gran escritor, una mente avanzada y sofisticada que, sin embargo, a la hora de pensar en la mujer le asignaba un papel muy menor.

La propia fuga que narra el libro no formaba parte de las efemérides de los tupamaros. La historia oficial del movimiento era una épica masculina. La propia Josefina Licitra dudó en algún momento de su lectura, porque ninguna de las fugadas parecía resentir este olvido. Sin embargo –y esto lo cuenta en el libro–, en una conmemoración a la que asistió ya cuando había terminado su investigación, vio cómo algunas mujeres pidieron la palabra para criticar, tímidamente, que las hubiesen dejado de lado. En la mesa de los oradores solo había hombres.

–Es difícil cuestionar, desde dentro del grupo se interpretan las críticas como una deslealtad. Hace poco leí una investigación sobre lo difícil que es ser feminista en Cuba, donde por décadas se ha considerado al feminismo como un movimiento pequeñoburgués.

SOBREVIVIENTE DEL BOOM

Ganar el premio de crónica de la Fundación Nuevo Periodismo Internacional, creada por Gabriel García Márquez en 1994, le significó a Josefina Licitra entrar en una red de creciente prestigio en los años 90: la de los Nuevos Cronistas de Indias, un grupo impulsado por la FNPI que incluía a consagrados de la narrativa de no ficción, como Tomás Eloy Martínez, Alma Guillermo

Prieto, Elena Poniatowska y al propio García Márquez, quien dictó talleres para jóvenes talentos durante los primeros años de la organización. De esos talleres, y de los premios anuales, surgieron nombres y proyectos que renovaron el mapa de la cultura impresa latinoamericana: revistas como *Etiqueta Negra*, *Gatopardo*, *Letras libres* o *Anfibia* fueron la plataforma que hizo visibles estas nuevas escrituras; editores como Julio Villanueva Chang o Cristian Alarcón formaron equipos de cronistas que expandieron los alcances de este movimiento por toda Latinoamérica. En 2012, dos antologías de crónica publicadas en España –una en Alfaguara y la otra en Anagrama– bendijeron al género como la respuesta latinoamericana a la crisis mundial del periodismo impreso. En Latinoamérica, anunciaban los prólogos de esas compilaciones, todavía era posible contar historias como se debe: profundas, complejas, con matices.

Más que una constatación, era un deseo. El periodismo de las buenas historias nunca se masificó como Tomás Eloy Martínez anunció que ocurriría, en ese ya clásico discurso sobre los desafíos de la profesión para el siglo XXI. La mayor parte de las revistas dedicadas a la crónica han cerrado, al igual que muchas de las colecciones de crónica lanzadas por editoriales en Iberoamérica. El auge duró 20 años, cuando mucho.

Josefina Licitra nunca se creyó lo del boom. Mientras contemporáneos suyos daban entrevistas en que se subían entusiastas a la ola de los nuevos cronistas, ella mantuvo la calma. Por eso ahora se le cree cuando observa la resaca:

–Me parece que, como todo lo que fue canonizado por un tiempo, esa canonización establece un formato que le quita al texto la posibilidad de la sorpresa. Me pasó como jurado en concursos y también como editora de revistas: vi mil descripciones de ambientes parecidas, textos que se agotaban en la descripción, en las imágenes. Mucha imitación del estilo de grandes escritores. Por ejemplo, Leila Guerriero tiene marcas personales como esos asteriscos con que separa los momentos en sus textos. Eso tiene un sentido literario, como ocurre también con sus párrafos breves, de una línea a veces, que están allí para mostrarte algo, un detalle que no debes pasar por alto. Hay algo poético en esos espacios, son también puntos de respiración. Bueno, he visto textos escritos por otra gente, con muy pocos recursos, plagados de asteriscos. Lo que quiero decir es que en estos años he visto muchos textos que eran cáscaras de crónicas, pura forma. Porque no es tan fácil encontrar una historia para contar.

Hubo también, dice, una presión de las editoriales por publicar no ficción.

–Como toda máquina, presiona por que lleguen más productos. Y nadie escribe bien un libro de no ficción por año. Los cronistas terminaron agotándose un poco.

La crónica requiere tiempo. No solo para salir a la calle y estar atento a la época en que uno vive,



Operación Estrella fue el nombre con que se conoció el escape de 38 mujeres en Uruguay, el 30 de julio de 1971.

sino por sobre todo para hacer silencio, sin tener la obligación de publicar:

—Cuando veo textos fallidos pienso que ahí no hubo en algún momento silencio, silencio para pensar qué quieres contar. Cuando no hay una respuesta genuina a una curiosidad propia, lo que resulta es un devaneo estético, un texto que pretende hablar de algo que ocurre en el mundo real, pero que no responde ni a tu curiosidad ni a la de nadie.

En el periodismo hay una desconfianza enorme sobre la posibilidad del silencio. En el periodismo se privilegia la rapidez, pero en este tipo de trabajo, que tiene una dimensión de creación artística o al menos proto artística, es necesario parar, pensar. Sé que parece un lujo, pero hay que encontrar la manera. Yo los libros los trabajo lentamente, mientras produzco otras cosas que necesito para vivir. Por eso no quiero sonar como si renegara del mercado, es más, me abrazo al mercado, pero uno debe tener la astucia para construir su espacio.

Hoy Josefina Licitra es editora de la revista argentina *Orsai*, donde dice que buscan textos que “nos provoquen cosas, nos diviertan, nos hagan morir de risa o de pena o de rabia”. Son crónicas que no se marean con la búsqueda de nuevas estructuras formales ni textos que parecen escritos, básicamente, para iluminar el “yo” del narrador. La crónica, a fin de cuentas, se adscribe al periodismo. Por eso mismo ella no relea sus libros, ni tampoco se complica pensando en que pueden volverse obsoletos.

—No tocaría los libros que ya publiqué para corregirlos ni actualizarlos. Me parece que son registros de una época y está bien que lo sean, si finalmente

se trata de periodismo. Pero como te decía, con *Los Imprudentes*, hay gente que todavía me cuenta que le ha servido en su proceso de asumir su orientación sexual, que ha sido una compañía. Ahí te das cuenta de que si hay un nuevo lector, el libro revive. Con *Agua mala* me llegaron casos de otros pueblos, hasta de España me escribieron para contarme. Quizás lo que envejece es la anécdota, porque el andamiaje sigue presente: la desidia del Estado en este caso; en *Los otros* es la fractura social, los pobres que ven la posibilidad aterradora de terminar como indigentes. Eso sigue existiendo, esa clase media siempre al borde de desplomarse. Los libros tienen capas de sentido y mientras algunas pasan, otras permanecen. Cómo sobrevivirán mis libros en el tiempo... No es algo que me importe demasiado. Finalmente, no estaré aquí para saberlo. [S]



38 estrellas. La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia

Josefina Licitra

Planeta, 2019

208 páginas

\$9.000

Wisława Szymborska

POR FRANCISCO MOUAT

Cuando leo y releo la poesía de la polaca Wisława Szymborska, entro y vivo en uno de los mejores mundos que se me permite conocer y habitar. En ese mundo infinito, sin fronteras, experimento una de las alegrías de mi modesta existencia: atravesar sin apuro los poemas escritos originalmente en polaco por Wisława y traducidos al español (son las versiones de su poesía que más me gustan y que más justicia hacen, creo, a la autora) por Gerardo Beltrán y Abel Murcia, traductores rigurosos, generosos e inspirados de la obra de la más importante escritora en mi vida, una que me conmueve, me asombra, me sorprende, me hace reír, me invita a releerla y sabe decir como ningún otro lo medular: que nos aferramos a un no sé como a un oportuno pasamanos.

Hacer justicia a Szymborska es, entre otras cosas, dejar que su voz nos habite. Y esperar a ver qué ocurre con ella dentro de nosotros. Por ejemplo, el poema "Vermeer": Mientras esa mujer del Rijksmuseum / con esa calma y concentración pintadas / siga vertiendo día tras día / la leche de la jarra al cuenco / no merecerá el Mundo / el fin del mundo.

O "Algo sobre el alma", que empieza así: "Alma se tiene a veces. / Nadie la posee sin pausa / y para siempre. / Es algo quisquillosa: / con disgusto nos ve en la muchedumbre, / le repugna nuestra lucha por supuestas ventajas / y el rumor de los negocios. / No dice de dónde viene / ni cuándo se irá de nuevo, / pero evidentemente espera esa pregunta. / Según parece, / así como ella a nosotros, / nosotros a ella / también le servimos de algo".

Cuando recibió el Premio Nobel de Literatura, en 1996, Wisława Szymborska eligió hablar de la inspiración a pesar de no comprender muy bien qué significa: "Hay, hubo, habrá siempre un número de personas en quienes de vez en cuando se despierta la inspiración. A este grupo pertenecen los que escogen su trabajo y lo cumplen con amor e imaginación. Hay médicos así, hay maestros, hay también jardineros y centenares

de oficios más. Su trabajo puede ser una aventura sin fin, a condición de que sepan encontrar en él nuevos desafíos cada vez. Sin importar los esfuerzos y fracasos, su inquietud no desfallece. De cada problema resuelto surge un enjambre de nuevas preguntas. La inspiración, cualquier cosa que sea, nace de un perpetuo *no lo sé*". En ese mismo texto se animó a discutirle al sabio del Eclesiastés: "¿Qué es eso de que no hay nada nuevo bajo el sol? En la lengua de la poesía, donde se pesa cada palabra, ya nada es común. Ninguna piedra y ninguna nube sobre esa piedra. Ningún día y ninguna noche que le suceda. Y sobre todo, ninguna existencia particular en este mundo. Todo indica que los poetas tendrán siempre mucho trabajo".

En el epílogo de *Instante*, los traductores Gerardo Beltrán y Abel Murcia se preguntan cuestiones fundamentales sobre su oficio y la evidente dificultad de traducir una poesía como la de Szymborska: "¿Cómo traducir la marcha de las nubes que pasan, si ni ellas ni su paso son nunca los mismos? ¿Qué hacer con los sueños para quedarnos dormidos y despertar de nuevo en aquel del que partimos? ¿Cómo invitar a las plantas a dejar de callar en otro idioma? ¿Cómo traducir la luz, las sombras, la mañana? Cada poema es una casualidad inconcebible, un charco sin fondo, una existencia y, por ende, una infinidad de no existencias, futuro y recuerdo, una pequeña muerte y una bella viuda, un breve equipaje de regreso, una señal, un baile, una pregunta; cada poema deja tras de sí su cierto todo, su cierto cien por ciento y una serie interminable de silencios, que también hay que traducir".

Últimos versos del poema "Fotografía del 11 de septiembre", que escribió después de ver la imagen congelada de hombres cayendo desde las Torres Gemelas en Nueva York: "Solo dos cosas puedo hacer por ellos: / describir ese vuelo / y no decir la última palabra".

Algo así sucede leyéndola, volviéndola a leer. Lo último que deseamos en la vida es tener la última palabra en algo. Entre otras cosas, porque eso significaría acabar con el misterio, matar lo que aún viva en nosotros. Su poema sobre un gato en un piso vacío es demasiado bello, lo mismo que aquel titulado "Posibilidades": "Prefiero el cine. / Prefiero los gatos. / Prefiero los robles a orillas del río. / Prefiero Dickens a Dostoievski. / Prefiero que me guste la gente / a amar a la humanidad". [S]



Poesía no completa

Wisława Szymborska

Fondo de Cultura Económica, 2008

412 páginas

\$12.500

¿Qué es una familia?

Una mujer joven busca entender el inexplicable suicidio de su esposo, cuatro niños son abandonados por su madre en un apartamento en el que se ven forzados a sobrevivir a solas, una muñeca inflable cobra vida cuando su dueño sale a trabajar, decidida a aprender a ser humana. Las películas del japonés Hirokazu Kore-eda son una indagación en la intimidad, el afecto y las pulsiones que laten por debajo de las relaciones familiares. En su última película, *Un asunto de familia*, parece redoblar la apuesta, pero confirma a su vez que su cine rehúye las respuestas. Kore-eda plantea que los cuestionamientos son una experiencia y un fin en sí mismos.

POR RODRIGO HASBÚN

Un padre cincuentón y su hijo de 10 años se van de un supermercado de Tokyo sin pagar. Se les nota que lo hacen a menudo, que un poco sobreviven así. De regreso a casa se topan con una niña a la que ya han visto otras veces abandonada fuera de la suya, aun en noches tan frías como esa. Terminan ofreciéndole refugio, al menos por unas horas. El lugar donde viven ellos es abigarrado y pequeño, y la comida que comparten ahí con la madre, la tía y la abuela es envasada, barata, pero ni eso ni nada parece importarles si están juntos, disfrutando como nadie de la compañía y la calidez, y de la presencia inesperada de esa niña que parece tan triste por los maltratos a los que la someten en su propia casa. Nosotros empezamos a sospechar desde muy pronto que va a quedarse a vivir con esos extraños entrañables, que ellos sabrán darle el amor que sus padres le niegan. Sospechamos también que la situación, vista desde afuera, no puede terminar bien.

Así arranca *Un asunto de familia*, la desgarradora y bella última película de Hirokazu Kore-eda, cuya filmografía está atravesada de principio a fin por dramas intimistas como este, y por la pregunta más o menos persistente de qué constituye una verdadera familia. Es una pregunta engañosamente simple, como todo lo es en su cine, donde poco a poco se van evidenciando la complejidad de las relaciones y la hondura de las emociones de sus personajes, así como los claroscuros de la sociedad japonesa actual, hacia la que suele asomarse desde la orilla de los invisibles. Con *Un asunto de familia* ha llevado el cuestionamiento más lejos que nunca.

De Hirokazu Kore-eda puede decirse que nació en Tokyo en 1962, que vio mucha televisión mientras crecía ("soy parte de la generación japonesa que más televisión vio", dice) y que él mismo trabajó en un canal durante años, para el cual dirigió varios documentales antes de rodar



Dos escenas de la película *Un asunto de familia*, que ahora está en Netflix.



Hirokazu Kore-eda ganó el 2018 el premio mayor en el Festival de Cannes.

su primer largometraje de ficción. También puede decirse que en algún momento quiso ser novelista, antes de darse por vencido y emprender una carrera cinematográfica meteórica en la que, desde principios de los 90, ha hecho cinco documentales y 13 largometrajes de ficción, los cuales llevan tiempo siendo celebrados en los festivales más importantes del mundo. Culminando esa racha, *Un asunto de familia* recibió el año pasado el premio mayor en el Festival de Cannes.

De su filmografía puede decirse a su vez que en sus casi tres décadas de carrera nunca había filmado fuera del Japón hasta este año (en el que estrenará un drama ambientado en Francia y protagonizado por Juliette Binoche, Catherine Deneuve y Ethan Hawke), que la mayoría de sus películas las ha escrito, dirigido y editado él mismo, y que todas ellas se desprenden de dilemas singulares, extraordinariamente dramáticos aunque siempre incrustados en el reino de la cotidianidad, trazados a escala humana.

En *Maborosi*, una mujer joven busca entender el inexplicable suicidio de su esposo, al que amaba y con el que acababa de tener un hijo. En *Afterlife*, los muertos recientes que la protagonizan están obligados a elegir el más feliz de sus recuerdos, para llevárselo consigo al otro mundo, antes de que todos los demás se borren.

En *Nadie sabe*, cuatro niños son abandonados por su madre en un apartamento en el que se ven forzados a sobrevivir a solas. En *Air Doll*, una muñeca inflable cobra vida cuando su dueño sale a trabajar, y se empeña en aprender a ser humana. En *De tal palo, tal hijo*, dos parejas son informadas de que sus hijos fueron intercambiados por error en el hospital donde nacieron, y deben negociar si quedarse con el niño que criaron o devolvérselo a los padres biológicos.

Son premisas llamativas que harían feliz a cualquier productor de Hollywood, y no extrañaría que a partir del éxito de *Un asunto de familia* empiece una ola edulcorada de “remakes”. En manos de Kore-eda, sin embargo, ninguna de estas películas ofrece soluciones fáciles: la viuda joven es incapaz de encontrarle sentido al suicidio de su marido, algunos de los muertos recientes se pierden en su memoria o en la obligación de elegir un solo recuerdo que dure para siempre, la muñeca inflable atisba la complejidad humana, que es también la complejidad del amor, pero no logra adaptarse... Son películas que tampoco ofrecen respuesta a los dilemas filosóficos o éticos que plantean. Su territorio es el del matiz, el de las sombras y la luz escasa de las que habla Tanizaki en su célebre *El elogio de la sombra*, el de los cuestionamientos que son una experiencia y un fin en sí mismos.

Es un fenómeno infrecuente que una película de autor, discreta y minuciosa, reciba clamor popular. Si no se trata de una película de género (y la poderosa industria cinematográfica japonesa está especialmente orientada hacia ellos), el fenómeno es aún más inusual. Solo en Japón *Un asunto de familia* fue vista por más de tres millones de espectadores, y alrededor del mundo ha debido sumar un par más.

La historia de la familia Shibata podría explicar esa efusiva recepción, pero a mi parecer es la intensa experiencia cinematográfica que ofrece Kore-eda lo que ha terminado cautivando a tantos. Su primer gran acierto, y el más visible de ellos, es la elección de quiénes encarnan a los personajes: el casting de *Un asunto de familia* es en verdad memorable. A la presencia asidua en su cine del carismático Lily Franky y la tan querible Kirin Kiki, que moriría poco después de que la película fuera estrenada, la acompañan actuaciones persuasivas de Sakura Ando y Mayu Matsuoka, y sobre todo la luminosidad de Jyo Kairi y Miyu Sasaki, el niño y la niña que se asoman al impredecible mundo de los adultos con asombro y desconfianza, sin saber bien a qué atenerse.

Más allá del casting, Kore-eda suele ser prodigioso en su acercamiento a los actores con los que trabaja, a los que les ofrece una suerte de ética del espacio común. Para él, el cineasta no es un intruso entre ellos, pero tampoco una presencia invisible: en el caso de *Un asunto de familia* podría decirse que habitan la misma casa, y que forman parte de una de esas familias eventuales que tanto lo fascinan. Dentro de esa familia posible, renuncia como cineasta a las formas más evidentes de su autoridad, para volverse más bien un miembro silencioso. Así, sin estridencias ni ampulosidad, y casi sin moverse, su cámara se limita a registrar aquello que tiene enfrente, y esa inmediatez desemboca en una cercanía apabullante que termina metiendo en esa misma casa a los espectadores. Es un cine inmersivo, sin afuera, a cuya calidez también se debe quizá la unánime celebración de la película.

Por último, me gustaría resaltar una sensibilidad vinculada a la noción japonesa del *mono no aware*, que hace referencia a una melancolía suave, a una conciencia blanda pero constante de lo transitorio. En una cultura permeada por el desprendimiento budista, no es un estado que desemboca en la angustia o la desesperación, sino en una suerte de entendimiento asumido de la naturaleza fugaz de todas las cosas. Al igual que las de su maestro Yasujiro Ozu, *Un asunto de familia* está atravesada por ese *mono no aware*. A pesar de toda la fiereza que pueda evidenciar, de las condiciones en las que viven los personajes y la ceguera del sistema judicial, invariablemente hay una amabilidad en la forma

en la que despliega las pequeñas tragedias que la constituyen. Bajo la inminencia de su desaparición, claro, todo se vuelve precioso: una cena o un día en la playa, los fuegos artificiales que apenas se ven entre los edificios, un paseo al lado de alguien que quiere ser tu padre. Bajo la inminencia de su eventual desaparición, todo resplandece aún más. Seducido por el brillo ocasional que se desprende de un momento cualquiera, Kore-eda nos fuerza a prestar atención y, de nuevo, nos sumerge en ese ámbito familiar.

Nada es lo que parece en *Un asunto de familia*, y lo milagroso de la convivencia de los personajes termina aguándole los ojos al más duro, sobre todo hacia el final, cuando se va atisbando de a poco, revelación tras revelación, cómo cada uno de ellos ha ido a parar a esa familia, y a dónde van a ir a parar después de ella, cuando todo empiece a desmoronarse de un día al otro.

Los personajes están muy equivocados sobre sí mismos, se juzgan demasiado duramente, y eso también es conmovedor. Nosotros hemos atestiguado la hondura de su humanidad, su abrumadora capacidad de entregarse a los que tienen cerca, de mejorarse entre sí. De su mano, nosotros hemos visto todo lo que puede ser una familia verdadera, una familia hecha de gestos mínimos y de tiempo, una familia de esas que no solo se deben a la sangre o al apellido común. [S]

Memoria del Winnipeg: luces y sombras del exilio republicano español en Chile

La llegada hace 80 años a Valparaíso del barco que trajo a los refugiados españoles tras la Guerra Civil, sirve al autor de este ensayo para subrayar el deber cívico de la memoria, es decir, ese lugar en el que se hacen comunes las memorias privadas. Y también para subrayar que todo exilio es un fracaso sustantivo y definitivo en el que no importa el qué vaya a pasar después, sino lo que queda incumplido. Un cementerio de promesas o el espacio del futuro interrumpido, como decían Francisco Ayala y María Zambrano.

POR FRANCISCO MARTÍN CABRERO

El 4 de agosto de 1939 zarpaba del puerto fluvial de Pauillac, poco distante de la ciudad de Burdeos, un carguero acomodado de urgencia para el transporte de personas con más de dos mil españoles refugiados en Francia como consecuencia de la derrota republicana en la Guerra Civil. Un mes después, al calar del sol del segundo día de septiembre, atracaría en Valparaíso, para, en la mañana siguiente, domingo 3 de septiembre, proceder al desembarco de aquel cargamento de cuerpos desnutridos y almas desoladas. Era el Winnipeg, el barco de la esperanza, como le llamaron aquellos extraños viajeros cuyo ánimo se movía entre las ilusiones perdidas y un intangible fracaso poblado de incertidumbres. Algo, en efecto, había fracasado en sus vidas y quedaba atrás, muy atrás, o tal vez no tanto, en aquella Europa que se disponía a continuar fuera de España la peor de todas las guerras

conocidas hasta entonces. Algo también se abría como horizonte: un destino lejano casi al fin del mundo, donde quizás podría plantarse una nueva esperanza.

No fue el Winnipeg el primero ni sería tampoco el último de aquellos barcos que llegaron a Chile repletos de españoles huyendo de España. La imagen de la madre que devora a sus hijos parece apropiada para esa historia poblada siempre de “españoles fuera de España”: judíos sefarditas, moriscos aljamiados, novatores, afrancesados, liberales, masones y un largo etcétera tan constitutivo de lo español –conviene no olvidarlo– como el de los peninsulares. Si algo entendieron pronto los exiliados republicanos fue que su experiencia les hermanaba a todos los exiliados de la historia de España, y que ese mismo hecho, exclusivo y excluyente a la vez, los hacía portadores de una verdad de España que acontecía lejos de su tierra. Del aliento de ese reconocimiento



Llegada de refugiados españoles a bordo del Winnipeg en 1939. Toda la serie de fotografías corresponde a Miguel Rubio Feliz. Colección Museo Histórico Nacional.



salió siempre lo mejor de aquel exilio (tal vez también lo mejor de España).

No fue el único el Winnipeg, como tampoco lo fue el Sinaia que llegó al puerto de Veracruz poco tiempo antes, pero sus circunstancias –las de ambos– cristalizan la solidaridad latinoamericana con los refugiados españoles confinados en los campos de concentración franceses. La historia es bien conocida: Chile y México establecieron canales institucionales para la acogida de los refugiados españoles. Lázaro Cárdenas y Aguirre Cerda pudieron contar con la colaboración y el compromiso de Alfonso Reyes y Pablo Neruda. Ambos habían vivido en España y a sus movimientos culturales de renovación se habían vinculado de manera esencial y no exenta de cierto protagonismo: Reyes a la Generación de 1914, la de Ortega y Gasset y Américo Castro, y Neruda a la de 1927, la de Lorca y Alberti, entre otros. México y Chile abrieron entonces sus puertas a la diáspora de los republicanos españoles que escapaban de España y de Europa (cabe decir también que a esa generosidad los exiliados españoles intentaron responder entregando en general lo mejor de su profesionalidad).

Cuando se cumplen 80 años de la llegada del Winnipeg, conviene tener presente que el deber cívico

de memoria es ese lugar en el que se hacen comunes las memorias privadas y donde el patrimonio de los recuerdos familiares pasa a ser también una posesión que trasciende lo estrictamente personal y se hace civil. La *civis* mira hacia el pasado para abrir camino hacia el futuro, sin duda, y la historia no tiene mayor cometido que el de contribuir a la creación de un mundo mejor. Del deber cívico de memoria –siempre bajo amenaza– salen algunos de los hilos más resistentes y capaces de dar consistencia al tejido social propio de lo humano.

Hacer memoria es recogerse en el lugar de la memoria, en esa intimidad de lo colectivo que hace del recuerdo el centro y el eje de una temporalidad que nos saca de la repetitiva monotonía del tiempo sucesivo. No todas las horas son iguales, ni tampoco los días se suceden uno tras otro sin mayor distinción, sino que, al contrario, el tiempo de la memoria introduce la variable diferencial que ejecuta luego el acto conmemorativo. Conmemorar es rememorar: es volver a hacer memoria, dar una vuelta más a los recuerdos que acompañan y fundan nuestro linaje ciudadano. Es, pues, hacer memoria con otros o junto a otros, pero siempre en compañía. Y de la compañía, el festejo, porque a la postre conmemorar también es festejar.

Festejar como se debe, en disposición moral y recogimiento íntimo ante la verdad de lo conmemorado. Ante todas las voces de aquella verdad que desde atrás nos invita a la reflexión y a la meditación. Porque a veces, sobre todo en nuestro tiempo, tan propenso a dejarse deslizar por el terreno fácil de los lugares comunes, la fiesta conmemorativa tiende a cubrir y silenciar algunas de aquellas voces del pasado en el arrastre natural que supone el desarrollo consolidado del discurso histórico. Aquí –que quede claro– no se habla aún de ninguna verdad histórica, que tiene otro estatuto y otro lugar de disquisición, sino de esos recuerdos personales transmitidos de padres a hijos que fueron tejiendo un espacio colectivo en el que convergían una experiencia española y una esperanza chilena.

Quizá por ello, hoy no estaría de más recordar algunas de las verdades incómodas que acompañan como una sombra los relatos de la Guerra Civil y del éxodo republicano. Y acaso la primera de esas verdades incómodas deba ser la debida deconstrucción de las narrativas y de los discursos que ven dos bandos enfrentados (nacionales vs. republicanos) y el predominio final, tras tres largos años de encarnizada guerra, de uno sobre otro. No es que sea falso, pero es una verdad a medias (y todos sabemos ya que de las medias verdades han salido y siguen saliendo las peores mentiras). Aquella guerra no la ganaron los ejércitos franquistas, sino que, en propiedad, acaso haya que decir sin mayores ambages que la perdió la República. Y la perdió porque en el seno de las fuerzas republicanas se desencadenó una suerte de guerra civil dentro de la otra Guerra Civil. Los episodios del mayo de 1937 en Barcelona hablan claro respecto a qué fue lo que debilitó definitivamente a la República: fue esa lucha fratricida entre comunistas y anarquistas la que abrió las puertas al ejército franquista para hacerse con el control del país, sin duda, pero fue también, sobre todo, la que sentenció la derrota republicana (ver *Tierra y libertad*, de Ken Loach).

Es obvio que aquel enfrentamiento entre anarquistas y comunistas no era un fenómeno simplemente nacional. Era la contrapartida a la ayuda militar soviética: Stalin trasladaba a la Guerra de España la exigencia de su lucha personal y política contra anarquistas y trotskistas. En

aquel tablero de ajedrez que era la política europea de entonces, aquella guerra entre españoles –pero donde participaban activamente Alemania e Italia en apoyo de los militares sublevados, la Unión Soviética en ayuda de la República, Francia e Inglaterra con más miedo que vergüenza, negando su apoyo a la República– constituyó una distracción para operaciones y jugadas que se pensaron más importantes y de mayor envergadura. Una suerte de sacrificio (políticamente) asumible en aras de una estrategia (moralmente) equivocada. No fue el único infierno de la República española, pero sí el más amargo y difícil de digerir desde el otro lado de la historia.

Conviene también a nuestro recuerdo de hoy hacer memoria de las condiciones en que fueron recibidos en Francia los refugiados españoles que huían de España. No

hubo centros de acogida ni ningún tipo de solidaridad institucional, sino la impiedad y la intemperie de los campos de concentración. De ellos se salía para ser devueltos a la España franquista, lo que significaba una muerte segura o la prisión en el mejor de los casos, o para seguir combatiendo esa otra guerra que era la misma guerra y hoy llamamos Segunda Guerra Mundial, o reclamados por el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles para ser trasladados fuera de Francia.

Ahí –en ese punto crucial en que la derrota se hace condena– se inscribe la acción de Pablo Neruda como cónsul especial para la inmigración española en la Embajada de Chile en París. El cometido de Neruda, más allá de toda leyenda, lo describe Julio Gálvez Barrada: “Rescatar españoles republicanos de los campos de concentración en Francia”. No se trataba solo, pues, de salvar de la derrota de una guerra, de la persecución y represión franquistas, que es lo que suele pensarse y repetirse, sino también del destino inhumano que Francia y Europa habían reservado a los republicanos españoles. Neruda, al contrario de tantos otros, no miró para otro lado y supo encarar la tragedia que se abatía sobre el pueblo español. El suyo fue un gesto de humanidad en un tiempo en que no se veía mucha. Pero, a decir verdad, no fue un gesto privado, del ciudadano y del poeta que sin duda era Neruda, sino de Chile entero, pues actuaba institucionalmente en representación del gobierno chileno.

**El exilio español en Chile
es el que presenta un
menor número de artistas e
intelectuales. (...) No bastaba
ser un simple ser humano
en dificultad, sin tierra y sin
casa, sin aliento casi, sino
que tenía que ser útil a los
criterios de productividad de
la nación.**



También en Chile soplaban vientos contrarios a aquella magnífica cadena de solidaridad hacia los refugiados españoles (las fuerzas de la derecha y la jerarquía eclesiástica jugaron a confundir a la opinión pública con argumentos contrarios a la llegada de los refugiados españoles), y aunque no fueron suficientes para impedirla, sí lo fueron para condicionarla poderosamente. Se ha hablado mucho –y en general mal– de la “selección” llevada a cabo por Neruda para configurar el cupo de pasajeros del Winnipeg. La selección, en verdad, estuvo ya marcada desde el inicio por el gobierno de Pedro Aguirre Cerda: para contrarrestar la campaña de la derecha se insistió en el beneficio que recibiría la economía chilena con los trabajadores españoles, pues aportarían innovación en amplios sectores del mundo laboral (pesca, agricultura, minería, industria textil y maderera, entre otros). Es por este motivo que el exilio español en Chile es el que presenta un menor número de artistas e intelectuales, en comparación, por ejemplo, con el exilio mexicano. La política es el ámbito de lo posible, claro está, pero lo posible de entonces fue una rebaja de aquel gesto extraordinario de humanidad. No bastaba ser un simple ser humano en dificultad, sin tierra y sin casa, sin aliento casi, sino que tenía que ser útil a los criterios de productividad de la nación.

De la “selección” de Neruda también se ha dicho que cerraba el paso a los anarquistas y promovía a los comunistas, lo cual tal vez no sea del todo cierto en lo que refiere a la promoción de los últimos, pero sí en las dificultades que encontraron los anarquistas para embarcarse en el Winnipeg. En este sentido, tal vez ha llegado el momento de tomar en seria consideración –sin descalificarlo a priori– el libro de Fernando Solano Palacio, *El éxodo* (Valparaíso, 1939), a la sazón el primer libro publicado en Chile por un exiliado de la guerra de España. Solano Palacio fue pasajero del Winnipeg, pero pasajero no oficial, pues viajó como polizón: su condición de anarquista le jugó en desventaja frente a otros que, con carnet de partido o sin él, tuvieron menos dificultades para poder entrar en la lista oficial de pasajeros. En su libro, verdadera crónica de los últimos meses de la guerra, del paso atroz por los campos de concentración franceses y del viaje ultramarino hasta el desembarco en Valparaíso, Solano denuncia con contundencia la campaña contra los anarquistas españoles que se llevó a cabo desde el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles, órgano del gobierno republicano en el exilio, campaña en la que también habría jugado –acaso sin querer– el propio Neruda. No para juzgar nada o condenar a nadie, pues no puede ser esa nuestra tarea de hoy, sino simplemente para entender el efectivo acontecer de todo aquello. Porque entender y comprender la verdad que subyace a cada una de las voces del exilio debería ser la base de todo acto conmemorativo de nuestro tiempo.

O recordar también el papel que jugaron las mujeres –hijas, compañeras, madres, esposas– en la inserción familiar de aquel exilio español en la vida chilena, sin reducir el relato a quienes alcanzaron algún tipo de éxito y reconocimiento público, que a la postre es lo más fácil y lo que interesadamente sirve para encubrir una verdad más profunda, más dura y dolorosa, sino intentando llegar un poco más allá de donde quedó parada la investigación, que ha hecho mucho, sin duda, pero debe seguir haciendo más, quizá para sacar a la luz ese sacrificio femenino que se oculta detrás de uno que otro éxito y reconocimiento masculino. Pero sin jugar al ataque de nada, pues en efecto no se trata de eso. Porque era otro tiempo y la dinámica de las relaciones entre hombres y mujeres era también muy distinta de la nuestra, pero que ello no sirva para dejar las cosas como están, en cierto modo tapadas, sino para desocultar un sacrificio que fue efectivo y quedó hartó tiempo desatendido e inobservado, sin la debida y justa consideración.

O recordar lo anónimo, lo que ni brilló ni tuvo éxito ni antes ni después de aquel viaje terrible, sino que a la postre acabó siendo marginal incluso dentro del mismo margen del exilio. Recordar el fracaso, porque el exilio es eso: un fracaso sustantivo y definitivo en el que no importa el qué vaya a pasar después, sino lo que queda incumplido. Un cementerio de promesas, o el espacio del futuro interrumpido, decían Francisco Ayala y María Zambrano que era el exilio. Algo que se aloja en la persona como una falta, como una radical ausencia que ya nada ni nadie va a poder colmar jamás. Tal vez ello nos ponga en la cuenta de que no se puede hacer memoria del exilio desde ningún éxito. Tal vez porque hay en ello un punto insospechado de inmoralidad e injusticia.

O recordar también el “segundo exilio” que se abrió en 1973 para muchos de aquellos republicanos españoles ya establecidos en Chile y que se sentían en Chile como en su casa, porque era su casa, en algo que debió de parecerles como la repetición de un destino funesto, tal vez la broma de un dios aburrido que sí se entretenía en jugar a los dados.

Tal vez tenía razón Borges y la memoria no sea más que un montón de espejos rotos, pero en ello cabe la responsabilidad moral de que puedan estar todos los fragmentos. No cabe duda. S

Las cartas robadas: Sigmund Freud y Marie Bonaparte

POR FEDERICO GALENDE

Una tarde de octubre de 1897, su alteza la pequeña Marie, hija de Roland Bonaparte y bizneta del emperador, asistió junto a su padre a un teatro de París para ver unas piezas de *Hamlet* y *Edipo* interpretadas por el apuesto Mounet-Sully, quien al igual que su amante, la actriz Sarah Bernhardt, repletaba cualquier recinto en el que se presentara. La princesita Marie tenía por entonces solo 11 años, pese a lo cual anotó en su diario íntimo que no paraba de masturbarse, a la siga de un orgasmo que se le escurría y que a partir de aquella tarde, estimulada por la voz dulce y la mirada penetrante de Mounet-Sully, la llevó a identificarse no con Edipo, sino con el alicaído príncipe de Dinamarca. En sus *Memoires*, fallidas por donde se las mire, lo pormenorizó así: “Al igual que Hamlet, tampoco yo sé querer, sumida como estoy en la atadura de los mismos enigmas, la vida, la muerte, la difícil sobrevivencia, incluso la misma irresolución y la misma parálisis de la voluntad”.

Ese mismo mes de octubre, Sigmund Freud, tras regresar a Viena después de compartir en Berlín lo que llamó un “verdadero idilio” con su amigo Wilhelm Fliess, dirigió a este una carta de agradecimiento en la que también figuraba el nombre del príncipe de Dinamarca: “¿Cómo crees tú que podría interpretarse la frase del histérico Hamlet cuando dice que *la conciencia nos hace cobardes a todos*? ¿Cómo entender esas dudas en vengar

a su padre, asesinado por su tío, en quien a la vez no tiene ningún escrúpulo en enviar a sus cortesanos a la muerte y no vacila ni un segundo en matar a Laertes?”.

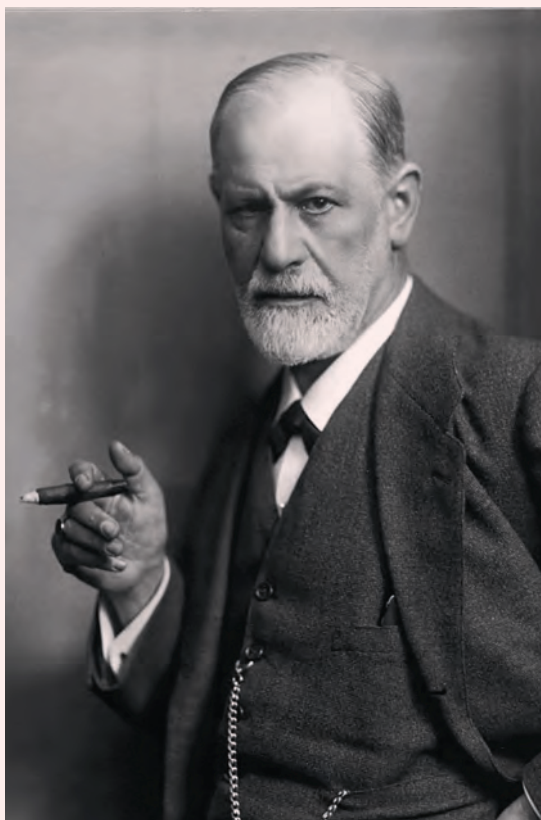
Con independencia del lapsus (el más común de los lectores de Shakespeare sabe que Hamlet, ignorante de que la punta del florete estaba envenenada, mató a Laertes sin proponérselo), resulta evidente que en el desarrollo inicial de Freud el príncipe no es, como lo había pretendido Goethe, un simple hombre débil; es la sede de un choque entre fuerzas brutales que pronto dará lugar al nuevo héroe moderno: el inconsciente.

El futuro padre del psicoanálisis también tenía el suyo: cinco o seis años atrás, sin intuir en lo más mínimo que avanzaba decisivamente hacia una primera teoría de la castración, se había dedicado en la ciudad de Trieste a dilucidar el misterio de los testículos de las anguilas, de las que la ciencia concluiría años más tarde que nacían hermafroditas y definían su género a gusto, una vez hundidas en las profundidades del Mar de los Sargazos.

Entretanto la princesa Marie, inmersa en el destino aciago de su frigidez, recorría los hospitales, se concentraba en toda clase de investigaciones sobre la sexualidad femenina, rastreaba la duración del coito entre los primitivos y viajaba de vez en cuando a Egipto a entrevistar mujeres musulmanas excisionadas. Los muñones de labios que diseccionaba y los clítoris cortados que ponía bajo la lente del microscopio le permitieron concluir, de manera precipitada sin duda, que la anorgasmia femenina era producto de una distancia excesiva entre el clítoris y el meato uretral. En resumen, con más de tres centímetros de distancia el supuesto punto G perdía por goleada.

Tras aplicar esas exigentes medidas a su propia vagina, perdió las esperanzas y se embarcó en una historia platónica con un príncipe bobo, que era hijo del rey Jorge I de los helenos. El príncipe no había leído a Shakespeare ni conocía por lo tanto el drama de Hamlet, pero vaya curiosidad: había sido dejado en custodia por el rey de los helenos nada menos que en Dinamarca. El hermano del rey se había encargado de cuidarlo personalmente y Marie, sin comprender ya los límites entre la ficción y la realidad, garabateó una mañana en su diario: “Un melancólico príncipe danés reina de ahora en más sobre el pueblo de Edipo”. Se apresuró a considerar que Hamlet estaba por fin con Hamlet, y que juntos habían derrotado ese mundo helénico sobre el que a distancia, y sin que ella aún se enterara, discurría Freud.

Pero lo habían derrotado a medias, pues cuando después de una temporada en el país nórdico se cansó de renovar todas las semanas el guardarropas, de dormir entre pieles de animales exóticos y aparecer en todas las revistas de moda, ella regresará a París y se encontrará, gracias a Laforgue, con su verdadero príncipe azul. El príncipe es el mismísimo Sigmund Freud, a cuyos pies la



Sigmund Freud y Marie Bonaparte

princesa caerá rendida y se entregará en cuerpo y alma.

El dinero le importa demasiado poco comparado con el placer que le causa dilapidarlo en los suntuosos regalos que ofrendará a su nuevo analista: en sus manos depositará los adorables chow-chow que el doctor protegerá por el resto de su vida, los auténticos jarrones griegos comprados con esmero en los anticuarios de Atenas, los finísimos puros traídos de diversas legiones del mundo, los chocolates suizos y los pañuelos de seda y los abrigos forrados con legítimo astracán de Namibia o del Mar Caspio. El doctor disfruta locamente de su nueva condición de criatura mimada, a tal punto que ahora acaricia con inesperada indulgencia los mismos objetos que hasta hace unos pocos días sometía a sus típicas y extrañísimas interpretaciones. A modo de cumplido, pedirá a los suyos que tras morir “sus cenizas sean recogidas en la dulzura profunda de su más bello jarrón griego”.

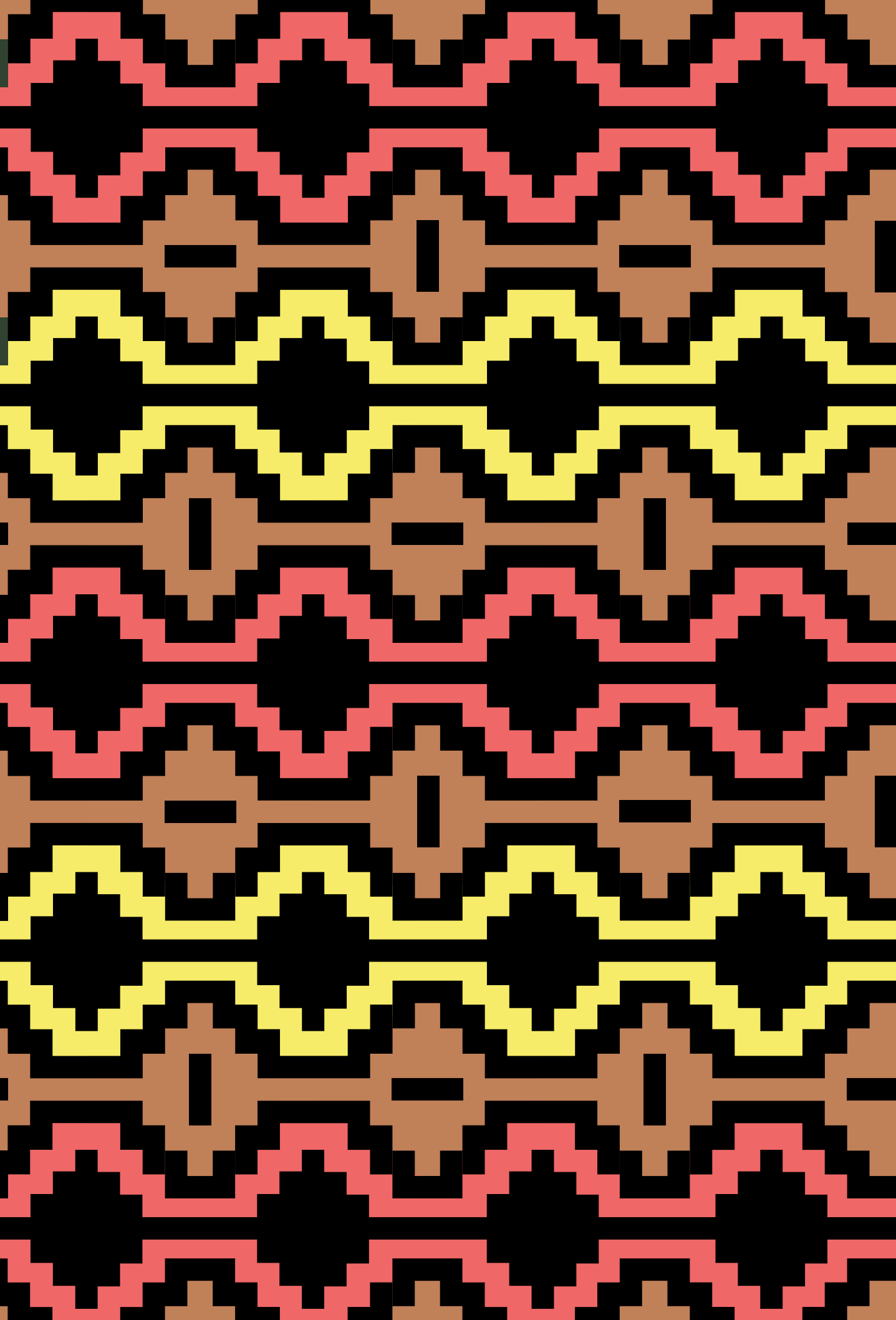
Todo daba la impresión de andar sobre ruedas, hasta que un día de 1936, después de que el análisis de Marie Bonaparte se interrumpiera, Freud recibió de improviso una carta firmada por ella. Entre su inagotable red de proveedores, había descubierto a un anticuario de nombre Stahl, que ofrecía venderle la correspondencia completa con Wilhelm Fliess. Freud, enfermo ya de su irreversible cáncer a la boca (fumaba por encima

de 20 puros diarios, pero insistía en achacar su mal a las pulsiones sexuales que lo vinculaban con su hija Anna), comenzó a toser como un energúmeno y casi se cae de la silla. No daba crédito a lo que estaba leyendo.

¿Cómo interpretarían sus discípulos aquel ambivalente idilio con Fliess? ¿Y sus improvisaciones, sus teorías en borrador, sus erratas acerca de Hamlet, la frágil prehistoria del psicoanálisis a la vista de todos?

Le hubiese devuelto a la princesa cada uno de sus jarrones griegos a cambio de que ella no publicara esas cartas, y aunque le ofreció todo el dinero del mundo para comprarlas y le suplicó una y otra vez que se las entregara, la princesa no le dio en esta ocasión el gusto: las cartas eran suyas y punto.

¿Cómo fue que no notó Freud que en las intrigas y en las traiciones y en las cartas robadas está cualquier princesa en su salsa? La propia Marie le había servido la clave en bandeja cuando, tres años antes, se decidió a publicar su estudio sobre otro escritor del que, para variar, estaba platónicamente enamorada. En ese estudio –que Michel Leiris comentó y un embrionario Jacques Lacan no tardó en despedazar–, la princesa abordaba con regocijo los embrollos de una comprometedora carta que un matemático aficionado a la poesía había sustraído de las habitaciones de la realeza. Era un destino funesto, si no digno de Freud, al menos sí de ella. [S]



Críticas de libros y cine

José Bengoa en la Araucanía, cazador de falacias,
por Daniel Hopenhayn

El amigo del amigo, por Héctor Soto

Archivo y miseria, por Jorge Polanco

El hotel de la señora Palfrey, por Rodrigo Olavarría

La caída de un espía, por Pablo Riquelme

José Bengoa en la Araucanía, cazador de falacias

POR
DANIEL HOPENHAYN

Sin decir casi nada acerca de sí mismo, José Bengoa ha publicado el más personal de sus libros. Sus *Crónicas de la Araucanía*, impetuosas, perspicaces, condensan décadas de expediciones entre las tierras del sur y el polvo de los archivos, pero también una particular manera de auscultar la realidad. La de un historiador y antropólogo que, para comprender la historia del pueblo mapuche (un campo de estudio que él y otros, promediando los años 80, prácticamente fundaron), primero ha necesitado desordenarla, desbarrancar prejuicios, acostumbrar la mirada a lo improbable para ver por el revés de las falacias. Así se entiende la anomalía epistemológica en que descansa la belleza de este libro: escasea el orden; abunda el rigor.

El temario de las 23 crónicas (en su mayoría inéditas) abarca tiempos y espacios más o menos insondables. Podemos sobrevolar Groenlandia, cazar mastodontes en Tagua-Tagua o imaginar a Alonso de Ercilla leyendo a Tomás Moro mientras escribe *La Araucana*. Entretanto, habremos padecido las destrezas de la industria maderera para encerrar “como islas en un mar forestal” a las comunidades mapuches (y no *mapuche*, explica Bengoa, dado que escribe la palabra “en castellano”), o visitando en Paicaví a la machi Juanita Trango, cuyo testimonio da pie a formidables disquisiciones en torno a la religiosidad y los roles de género en la sociedad mapuche actual.

El conjunto es azaroso, no así sus intenciones. “Este libro es un mentís a quienes han afirmado el primitivismo de las sociedades indígenas prehispánicas”, proclama Bengoa. Para ello incurre a veces, asumiendo el riesgo, en hipótesis difíciles de probar, pero que prueban la arbitrariedad del cliché opuesto, del imaginario que limita nuestra imaginación acerca del pasado. Una “idea absolutamente absurda”, por ejemplo, es la que se figura a los antiguos cazadores como personas “desgreñadas, sin abrigo, metidas en una cueva muertas de susto”. La evidencia disponible sugiere imágenes de pulcro señorío, pero no podemos verlas. Anclados en “el evolucionismo metafísico (y no científico, como se dice)

del siglo XIX”, definimos a culturas que prevalecieron por siglos o milenios según lo que *aún no eran*, como si solo hubieran sido para dejar de ser.

Con esto, desde luego, se prepara el terreno para la arremetida central, que barre con el mito de una Araucanía habitada por nómades belicosos y disipados. Crónicas de muy distintas épocas, escogidas por su valor documental y, a todas luces, estético (las de Isidoro Errázuriz, fechadas en 1892, son un rescate notable), testimonian una vida sencilla pero de abundancia, organizada económica y territorialmente. Una vez arrasada esa forma de vida, descubrimos que los colonos europeos no temieron a sus vecinos mapuches como a los chilenos, mucho más proclives a la rapacidad, la xenofobia y el crimen.

Otra motivación de estos relatos es plasmar la enorme influencia recíproca entre la sociedad chilena y la mapuche a lo largo de la historia. De manera convincente, Bengoa argumenta que la Guerra de Arauco vertebró no solo el mapa político de Chile del Biobío hacia el norte, sino el relato mismo de la nacionalidad y, lo más importante, la estructura del latifundio, verdadero soporte de “la estabilidad tan manoseada del Estado chileno”. Siguiendo a Mario Góngora, sostiene que la vocación centralista y autoritaria de la República le debe mucho menos al ingenio de Portales que a la incesante guerra en el sur fronterizo. Y extendiendo esa herencia hasta hoy, asegura que la derecha chilena, en las elecciones de 2017, movilizó a la población con “ideas premodernas” o “conceptos propios de una era hacendal”. Primitivizar al prójimo es siempre un atajo arriesgado.

A la inversa, la transformación de una multitud de comunidades en el *pueblo mapuche*, con ese nombre y ese espíritu, no se explica sin los sostenidos esfuerzos del Estado chileno por conseguir exactamente lo contrario (“el silencio del indio ha sido el sueño de las sociedades criollas latinoamericanas”). Que nadie se queje ahora de la “intifada mapuche”, repite Bengoa mientras documenta, entre escenas de una crueldad desoladora, los sucesivos desatinos estatales en “ese

territorio malamente conquistado y pésimamente colonizado". Destacan situaciones poco conocidas, como la devolución de tierras postergada por Aguirre Cerda para cuidar la agenda industrial, o el garrafal error estratégico que el autor, en un original artículo, le imputa a la dictadura: destruir la trama de vías férreas que integraba socialmente a la Araucanía. Del aislamiento resultante se habrían alimentado "las ideas de autonomía, que tanto escozor les dan hoy día a los representantes del Estado".

Un agresor silencioso se suma a todos los ya mencionados: la cultura escrita. Bengoa aquí cava profundo para advertir que los mapuches se vieron expropiados no solo de su lengua, sino de la manera de narrarse a sí mismos. Esto en la medida de que la tradición letrada, al fijar la historia en una secuencia lineal de hechos, niega a la oral, que sedimenta su relato en la reiteración y la sonoridad, y reelabora así "una suerte de Pedro Páramo enterrado en diversas capas geológicas". No sorprende que Bengoa sea sensible a esta grieta: su propia escritura está atravesada por ella. De ahí su puntuación licenciosa, o mejor, obediente al pulso del habla, a la pulsión física de narrar. Es saludable que la revisión editorial haya respetado esos rasgos de estilo, aunque ello no obligaba a pasar por alto las numerosas erratas que contiene esta edición.

El género de la etnografía, algo extraviado últimamente en *estrategias textuales* de exagerada reputación, tiene en este libro más de un feliz reencuentro con su vigor clásico. Particularmente en "Viajes por el silencio de Nahuelbuta", crónica en la que Bengoa vincula sus dos especialidades: la sociedad mapuche y el campo chileno. Allí da cuenta de los campesinos que habitan en los altos de la Cordillera de Nahuelbuta, indiferentes a las políticas que presagiaron su extinción ("yo no me voy de aquí") y a fría distancia de sus vecinos mapuches, que ocupan tierras más bajas y cuya notoriedad los "invisibiliza" ante el resto del país.

El relato es de vivos contrastes. Mientras el Nguillatún mapuche refunda los lazos de amistad dañados por la

convivencia cotidiana, las comunidades campesinas, carentes de esa ritualidad, deben reafirmar a diario "las reglas de la cortesía". Esto incluye desde la manera de saludar hasta el "cuidado en hablar mal de los vecinos (asunto radicalmente diferente al de los mapuches)". Entre estos últimos, transgredir el "código de decencia" no está tan vinculado a la falta de gentileza como a la capitulación que supone "ahuincarse".

Aunque lamenta sus resabios de racismo, Bengoa reconoce en estos campesinos un saber vivir, una "cultura de la equidad hecha vida cotidiana" que no ha sabido apreciar "cierta sociología igualitarista romántica", empeñada en ver conflictos de clase allí donde hay "telarañas de relaciones" con siglos de arraigo. De un modo análogo, la "reciente idealización" del indígena ha impedido comprender que las familias mapuches trabajan en forma individual, tal como las chilenas. Entregar tierras en propiedad comunitaria, para provecho de una cultura colectiva inexistente, habría sido en muchos casos "un grave error de los fondos indígenas" que ha puesto sendos obstáculos al uso de esas tierras.

Son muchas las ideas preconcebidas que combaten estas *Crónicas de la Araucanía*, y muchas las constataciones de que la contienda es desigual. En una animada reseña del *Cautiverio feliz* ("uno de los libros más hermosos que se han escrito en la historia de Chile"), Bengoa despliega evidencia concluyente de que los guerreros mapuches del siglo XVII no peleaban con el torso descubierto, ni usaban el pelo largo, ni montaban a pelo. En torno al año 1600, de hecho, el padre Ocaña dibujó a Lautaro con armadura y casco españoles, más parecido a un gladiador romano que al caudillo salvaje fabulado siglos después. Interesante, pero esa no es la historia que nos gusta. El propio Bengoa ha asesorado a cineastas y realizadores de televisión, que así han podido salvarse de estos equívocos. No hay caso: "Finalmente Lautaro aparece desnudo, arriba de un caballo 'al pelo', etc. El estereotipo gana siempre". [S]



*Crónicas de la Araucanía.
Relatos, memorias y viajes*

José Bengoa

Catalonia, 2019

310 páginas

\$16.500

El amigo del amigo

POR HÉCTOR SOTO

El amigo obtuvo el National Book Award al mejor libro de ficción del 2018 y puede ser cierto lo que aseguran muchos críticos: que introdujo una saludable corriente de aire fresco en el espacio novelesco estadounidense. El trabajo de Sigrid Nunez tiene encanto, ingenio, además de una buena dosis de levedad en sus mejores tramos. En los más discutibles, sin embargo, esta dosis se pierde y la autora se mete al callejón un tanto oscuro de la literatura como ejercicio catártico. Esa parte, unida a un alarde de escritura creativa muy poco convincente que se agrega como capítulo completo hacia el final, y que relativiza el relato del libro desde otro punto de vista, no tiene nada de levedad y corresponde a los tramos donde más empeño tiene que poner el lector.

En lo básico, el eje narrativo es muy simple: la protagonista, siendo profesora de escritura creativa, se enfrenta a un duelo por la pérdida de un amigo suyo. El sujeto fue su mentor y una de las figuras más relevantes de su mapa afectivo. Se suicidó intempestivamente y no es fácil definir la relación que los unió. Sobre todo por parte de ella, porque fue su maestro, alguna noche fue su amante y por espacio de años calificó solo como amigo. ¿Solo como amigo? ¿Amigo-amigo o amigo solo porque no pudo tenerlo de pareja?

Bueno, de eso trata en parte esta novela escrita en segunda persona: de las experiencias de ella y él, de la identidad del suicida, de su historial como mujeriego y de la manera en que fue envejeciendo hasta el día que prefirió optar por un desenlace más corto y dramático. Lo hace justo en un momento en que el horizonte académico estadounidense se comenzaba a complicar para tipos como él. Más de algo de ese personaje habla de la caída del macho americano, al menos en los términos en que la representaba Philip Roth. Como profesor, ya había recibido cartas de alumnas que cuestionaban sus avances eróticos y conductas desubicadas. La protagonista, si bien no oculta los rasgos menos empáticos del sujeto –el hecho de ser un narcisista, un neurótico, un machista sin vuelta–,

está lejos de adoptar una mirada crítica. Al contrario, lo ve con ojos entre compasivos y condescendientes. No cabe duda de que un enfoque más severo haría ver que el sujeto era detestable. El relato sin embargo lo salva y es lícito preguntar si es la amistad u otra cosa lo que explica tanta indulgencia. Aunque sin eso, es verdad, quizás no habría historia y tampoco libro.

Pero la novela tiene otras dos partes muy importantes. La más sesuda es la que tiene que ver con la creación literaria, con la literatura, con el taller de escritura de la protagonista y con una avalancha de citas ilustres que elevan estas páginas a un nicho de inspiración entre ilustrado y libresco. A lo mejor la novela se sobregira un poco en este plano, pero hay que reconocer que la autoconciencia literaria también tiene su erótica. Básicamente, porque la literatura, aparte de ser una hijuela formidable dentro del sistema de las bellas artes, es asimismo una forma de vida, una manera de afrontar el tema del tiempo, un atajo tanto para eludir como para recuperar la experiencia. Del mismo modo, la literatura es una ventana para mirar las cosas con esa distancia o ironía que casi nunca podemos tener en la inmediatez de la vida cotidiana. Apelando a todo esto es que Sigrid Nunez despliega eso que ahora se llama autoficción. En su apuesta por una literatura del yo, la autora reflexiona –con dudas, con convicciones, con sentimientos atravesados– sobre los alcances de su relato, que a todo esto es una crónica aunque también una ficción, una novela aunque también un ensayo, unas memorias aunque también una catarsis, una artesanía aunque también confesión. Si se quiere, el destilado perfecto de la moral del ensamblaje.

Queda finalmente la otra parte, la más tierna y hermosa. Porque la protagonista asume el duelo haciéndose cargo finalmente de un perro enorme, un gran danés, Apollo se llama, que era la mascota de su amigo suicida. Nadie quiere clavarse con el animal y la Esposa Tres, la última que lo acompañó, se lo endosa. Menudo problema para ella, claro, porque, aparte de vivir en

un departamento chico donde no se admiten mascotas, ella siempre se llevó mejor con los gatos que con los perros. Si el retrato del amigo no estaba mal, el del mejor amigo del amigo es superior. La novela está muy cerca de ser una historia de amor. La protagonista está solo un poco menos golpeada que el perro por el suicidio. Para ella su mentor era parte fundamental del mundo afectivo. Para el perro, que está viejo y artrítico, que está ensimismado por la pérdida, la desaparición del amo es simplemente catastrófica. Ambos han quedado a la intemperie y esa sensación compartida de pérdida los unirá en un lazo irreductible. Esto es lo mejor del relato. El tipo de conexión que puede generar una mascota es una experiencia muy intensa y de la cual algo sabemos. Pero dado que los animales no pueden hablar, es también mucho lo que ignoramos. ¿Cómo nos ven? ¿Qué tan buenas son las mascotas para detectar nuestros estados anímicos? ¿Qué alcance tiene para ellas la compañía nuestra y para nosotros la suya? ¿Cuánto nos entienden y cuánto las confundimos a veces con nuestras señales y conductas? Son misteriosas estas variables, no obstante lo mucho que se ha escrito. La novela se da tiempo para repasar sin afanes enciclopédicos el estado del arte al respecto. Se han escrito libros buenísimos sobre lealtades perrunas y gatunas. Siempre, sin embargo, quedan dimensiones que se nos escapan. Los animales, que para san Francisco eran nuestros *hermanos menores*, podrán ser parte de nuestra conciencia moral –deben serlo, por supuesto–, pero no sabemos muchos de qué somos parte nosotros en el mundo de ellos. Sin duda que desarrollan conductas que parecieran expresar sentimiento. Tienen otro tipo de astucia o inteligencia. Viven básicamente en el presente. Nadie discutiría que saben lo que es la alegría y el bienestar, lo que es la ansiedad y el dolor. Pero no siembran ni cosechan. Y, que se sepa, tampoco fueron expulsados del paraíso.

Es bonita e inspiradora la historia de amor de la protagonista con Apollo y de él con ella. Por muy viejo que el perro esté, cada vez que Apollo vuelve

al eje del relato, la novela se levanta y discurre como discurre siempre la relación con los animales, por códigos un tanto indescifrables. Hay toda una épica sobre el particular, aunque Sigrid Nunez quiere ir un paso más allá, recuperando la relación con el perro desde la perspectiva de la literatura de la sanación. El esfuerzo calza, no es forzado, porque vaya que están heridos ambos. Ninguno de los dos viene de historias muy gozosas.

Siendo una perspectiva legítima, por cierto, no está de más observar que este giro terapéutico de la obra es muy de estos tiempos. Andamos buscando machacona y desesperadamente curaciones más o menos milagrosas y es mucha la gente que al leer o escribir lo hace desde la perspectiva del abuso, el trauma o la postergación. Esta búsqueda ha contaminado ámbitos tan sensibles como la educación y la política, e incluso en los Estados Unidos está coloreando a la propia religión. Ahora ha entrado a la literatura. Bienvenida sea, siempre y cuando tengamos claro que los buenos libros son aquellos que mejor nos conectan con las preguntas de la vida o con las intensidades y trampas de la experiencia, no los que más nos alivian de nuestras angustias o culpas. Borges es Borges no necesariamente porque haga bien para el alma o para la circulación. Es un grande por su poética, por su inspiración y por su portentoso manejo de las palabras. Si conviene insistir en este punto, entre otras cosas, es porque –quíralo o no– el modelo terapéutico ha venido devolviendo el canon literario con muchos autores o títulos secundones que, sin embargo, están al servicio de causas especialmente edificantes. El problema es que de las buenas causas no siempre sale buena literatura.

Autora de otras novelas que no se han traducido, Sigrid Nunez también escribió un hermoso ensayo sobre su relación con Susan Sontag (*Siempre Susan. Recuerdos sobre Susan Sontag*, Errata Naturae, 2013). Es un retrato entrañable, a veces muy divertido, de la gran ensayista norteamericana. Tenía 25 años cuando entró a trabajar

como asistente suya e incluso vivió en su misma casa cuando fue pareja del hijo de la escritora, David Rieff. En ese libro, tal como en esta novela, Sigrid Nunez, que es hija de madre alemana y de un ciudadano chino radicado en Panamá, manejó muy bien el tono evocativo y mezcló con mucho pudor los sentimientos con las ideas. Es justo reconocer que de ahí provienen sus mejores páginas. [S]



El amigo
Sigrid Nunez
Anagrama, 2019
203 páginas
\$15.000

Archivo y miseria

POR
JORGE POLANCO

El museo de la bruma, de Galo Ghigliotto, no es una novela en el sentido tradicional del término: no apuesta por la sucesión de acontecimientos ni por los diálogos o la exploración psicológica de los personajes. Más bien podría interpretarse como un libro de prácticas archivísticas, visuales y literarias, que se han incrementado en los últimos años como instancia de duelo. Desde las obras de Eugenio Dittborn y Ronald Kay en los 70, hasta los últimos trabajos de Jaime Pinos, Carlos Soto Román y, sobre todo, Luz Sciolla, la articulación del montaje opera como principio constructivo de los textos.

No es un procedimiento nuevo –y tampoco intenta serlo–, aunque se está convirtiendo cada vez más en un recurso habitual. *El libro de los pasajes*, de Walter Benjamin, conforma el paradigma de este *modus operandi* en que el montaje sitúa los textos de manera estratégica, con el objeto de establecer una acumulación activa de documentos, sin necesidad aparente de escribir, sino de mostrar. Este procedimiento, extraído del formato cinematográfico, requiere de una ardua investigación previa y un ojo editorial que permita establecer el itinerario de los documentos. La figura del autor se desplaza a la del editor como un productor y, al mismo tiempo, un artista de las ruinas del pasado.

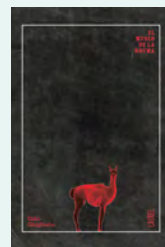
Galo Ghigliotto cumple aquí estas funciones como un experto recolector y creador de escenas revividas; escenarios del pasado que construyen

la historia del nocturno de Chile. El libro reúne materiales de las diferentes etapas de la matanza y extinción de los indígenas selknam de Tierra del Fuego, y una inquietante relación con la llegada del asesino nazi Walter Rauff a la Patagonia. Las imbricaciones desde el siglo XIX en la creación del Estado nacional, la llegada a la zona de colonos y expedicionarios como Julio Popper, las familias de empresarios ovejeros, el campo de concentración de la Isla Dawson –ocupada como centro de cuidado y detención de indígenas y, posteriormente, de presos políticos en dictadura–, las misiones de los salesianos, los representantes militares y la protección del Estado chileno a los nazis, muestran un inventario extenso del desastre. Es la dialéctica entre cultura y barbarie la que está a la base de esta correlación ficticia de documentos, como si el lector visitara un museo ominoso, dedicado a la historia de injusticias, latrocinios, violencias e incluso celebraciones gozosas de hecatombes que sedimentan la historia de Chile.

Siguiendo la idea del recorrido por un museo, el libro permite establecer una composición imaginativa y, paradójicamente, censurada de las imágenes, a diferencia de la sobreabundancia de visualidad a la que propenden las redes sociales. Salvo algunas fotografías incluidas, la edición establece cuadros donde los textos funcionan como pie de imágenes –no incluidas gráficamente– o, a veces, los mismos textos componen el cuadro de la visión. Esta estrategia, parecida a la que empleó la revista *Cauce* en 1984 al ser censurada por la dictadura, incita a desplazar la imaginación hacia lo no visible; es decir, a la bruma espectral de los desaparecidos. El genocidio de un pueblo completo, la extinción del universo de una cultura, desconocida y silenciada, como si nunca hubiera existido, era precisamente la intención de los nazis con los judíos, graficada como la “solución final”. Sin necesariamente querer establecer una comparación, Ghigliotto pareciera querer decirnos en este ominoso y fundamental libro que Chile y la Alemania nazi comparten íntimamente una especie de cultura de

la destrucción. Pero no solo eso: con la incorporación al principio del libro de un mapa del territorio como salas de un museo imaginario, evoca la distribución de las matanzas, del turismo ilusorio y las apropiaciones de los indígenas por los colonialistas, llevados vivos o muertos a Europa como meras piezas antropológicas.

Decía al principio que *El museo de la bruma* no puede leerse como una novela tradicional. La acumulación y repetición solicita otro modo de acceso. Una cierta melancolía va incrementándose a medida que el carácter fantasmal de los selknam aparece como los espectros del Estado-nación. La usurpación de su territorio y la injusticia chilena se torna consuetudinaria, y el libro se transforma en un abrumador archivo de la devastación, aunque también reúne algunos relatos de resistencia. La conocida tesis de Benjamin sirve como guía de lectura: todo documento de cultura es al mismo tiempo de barbarie. El progreso acarrea una acumulación de ruinas sobre ruinas, mientras que a su vez la literatura investiga y construye los archivos de esta miseria. [S]



El museo de la bruma

Galo Ghigliotto

Laurel, 2019

304 páginas

\$14.000

El hotel de la señora Palfrey

POR
RODRIGO OLAVARRÍA

Cuando murió en 1975, la escritora inglesa Elizabeth Taylor contaba una docena de novelas a su nombre, más de medio centenar de relatos publicados y era conocida como “la Jane Austen del siglo xx”. Pero ese halagador cliché periodístico estaba basado en una simplificación de su trabajo: más que a su habilidad en la detección del detalle luminoso, refería a su predilección por el estudio de la esfera íntima social inglesa.

La última novela que Taylor publicó en vida, *Mrs. Palfrey at The Claremont* (1971), fue editada en 1986 por Bruguera con el título *El hotel de Mrs. Palfrey*. Y el año pasado, en un mercado ansioso por desempolvar y marquetear tesoros olvidados, como *Stoner* de John Williams o los cuentos de Lucia Berlin, esta novela fue recuperada por la editorial argentina La Bestia Equilátera, titulándola como *Prohibido morir aquí*. Pero este no es un redescubrimiento, la verdad es que Elizabeth Taylor nunca

ha dejado de vender ni de ser relevante. Prueba de ello son las adaptaciones cinematográficas de *Mrs. Palfrey at The Claremont* (2005) y *Ángel* (2007), esta última realizada por François Ozon, y la avalancha recuperativa en que entonces se embarcaron Anagrama, Ático de los Libros y Gatopardo.

Puede sonar a que quiero disminuir el valor de *Prohibido morir aquí*. Nada más lejos de mi interés. Lo que me impulsa es señalar que la literatura de Elizabeth Taylor siempre ha gozado de buena salud, quizás por la forma única en que su obra reúne la capacidad de señalar rasgos ínfimos donde destella la humanidad de sus personajes, cualidad que la emparenta con Chéjov, y el talento con que retrata la desaparición de toda una clase social inglesa y las relaciones interpersonales entre sus miembros.

En *Prohibido morir aquí*, la señora Palfrey, viuda de un agente colonial inglés, abandona la casa que compartía con su marido para refugiarse en un hotel de Cromwell Road, el Claremont. Esta vida de hotel es una parada obligada para ancianos cuyas rentas les permiten conservar algo de dignidad, antes de ser forzados a vivir en un asilo o en el cuarto posterior de un pariente. Puede que sea una situación vagamente autobiográfica, quizás por eso Taylor es capaz de retratar con tanta belleza este último destello de independencia amenazado por la vejez.

En el hotel Claremont, la señora Palfrey se ve obligada a frecuentar a otros como ella, el señor Osmond, la señora Burton y la señora Arbuthnot, su némesis, una veterana artrítica y cruel, que la inicia en la política interna del Claremont, un sistema según el cual el huésped más triste es el que nunca recibe visitas. La señora Palfrey señala que su nieto Desmond vive en Londres y debiera visitarla en cualquier momento, pero el nieto nunca llega y su situación empieza a volverse incómoda. Eso, hasta que conoce a Ludo Myers, un joven escritor que le ofrece una perfecta coartada para escapar de la competitiva señora Arbuthnot, haciéndose pasar por su nieto durante una cena frente a todos los huéspedes del hotel Claremont.

Si bien esta novela no es el tipo de libro que cambia la vida de sus lectores, sí es una que resonará profundamente en la imaginación de estos. *Prohibido morir aquí* es un libro lleno de sombras terroríficas sobre la vejez y la soledad, pero está escrito de una forma luminosa y cómica que ni en el momento de mayor crueldad deja de ofrecer un haz de dulzura y humanidad, logrando suspender hasta el final la pregunta sobre si estamos leyendo una tragedia o una comedia.

La impresionante simpleza con que la trama de este libro se desarrolla, así como la facilidad con que se lo lee, lo hacen comparable a una miniserie producida por la BBC. Sin embargo, la profundidad del tratamiento, la dulzura y la crueldad empleada para trazar los rasgos de sus personajes, la luz tragicómica que ilumina los días de la señora Palfrey y Ludo Myers, lo vinculan con la mejor literatura. Es en ese punto intermedio que Elizabeth Taylor triunfa. S



Prohibido morir aquí

Elizabeth Taylor

La Bestia Equilátera
255 páginas
\$14.000

La caída de un espía

POR
PABLO RIQUELME

Dos películas estrenadas en el último año examinan la vida del egipcio Ashraf Marwan, quien es considerado uno de los grandes espías del siglo XX por el rol que jugó en la Guerra de Yom Kippur, en 1973. Marwan murió en circunstancias extrañas a mediados de 2007, tras caer del quinto piso del edificio donde residía en Londres. ¿Accidente? ¿Suicidio? ¿Homicidio? Los rumores sobre quién estaba detrás de su muerte se multiplicaron. Cinco años antes había sido identificado como espía del Mosad, pero también había sido acusado de doble agente y de haber espiado para Egipto mientras infiltraba la inteligencia israelí. Supuestamente estaba escribiendo unas memorias en las que contaba la verdad. Tanto Israel como Egipto tenían razones para silenciarlo.

El Ángel es la versión israelí. Basada en la aclamada investigación de Uri Bar-Joseph, este thriller de espías retrata a Marwan como un escalador social que supo arrimarse a la mejor cama que había en su país, la de Mona Nasser, hija del presidente Gamal Abdel Nasser, el santo patrono del panarabismo. El desprecio de su suegro y el deseo de ser alguien importante lo habrían llevado a traicionar a su familia y a su país, y a ofrecerse al Mosad como informante.

Los mejores momentos del film son aquellos en los que Marwan, luego de la súbita muerte de Nasser, se gana la confianza del nuevo faraón egipcio, el general Anwar Sadat, y se convierte de facto en el segundo hombre más importante del país. La película es una reflexión sobre lo feble que es la credibilidad de los hombres. Entre 1968 y 1973, Marwan debió ganarse la confianza del Mosad tres veces, luego de perderla en dos ocasiones tras alertar de ataques

egipcios que resultaron falsos. Esto puso al Mosad en un dilema cuando el 5 de octubre de 1973, Marwan informó que a las 18 horas del día siguiente, en plena celebración del Yom Kippur, Sadat lanzaría un ataque sorpresa contra Israel para recuperar el territorio perdido en la guerra del 67. Aunque el ataque finalmente ocurrió cuatro horas antes de lo anunciado, la información salvó a Israel de una debacle. Por eso, el país lo considera uno de sus héroes.

El documental *El espía que cayó en la Tierra*, por su parte, analiza la versión egipcia. A partir de la muerte de Marwan en 2007, la película se concentra en Ahron Bregman, el historiador israelí que en 2002, ávido de fama, expuso a Marwan como informante del Mosad. En aquel entonces, Bregman aseguró que Marwan en realidad había sido un doble agente que seguía órdenes egipcias y que había engañado al Mosad desde el comienzo. ¿Para qué? Para darle a Sadat esas cuatro horas que tuvo Egipto para tomar la ventaja en la guerra del 73, y que les devolvió la península del Sinaí. Marwan fue despedido en El Cairo como un héroe en un multitudinario funeral de Estado.

El documental es generoso con el historiador y le otorga el beneficio de la duda a su tesis, llena de sospechas interesantes, pero que no cuenta ni con testigos oficiales ni con pruebas concretas de parte del Estado egipcio. Mientras los agentes del Mosad se pasean frente a la cámara confirmando que Marwan fue su mejor espía, Egipto no es capaz ni siquiera de contestar la solicitud para grabar en El Cairo que pide el director de la película. La tesis del doble agente con la que este historiador se ha hecho famoso es atractiva, qué duda cabe. Le ha dado una carrera, le ha dado el libro que inspiró este documental y le ha dado esta película que lo sigue haciendo conocido. Pero se apoya únicamente en un par de testimonios y en conjeturas.

¿Es eso ético? ¿Qué ocurre con la vida de alguien cuando sus imprudencias desencadenan la muerte de otra persona?

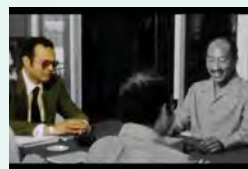
En el caso de Bregman es doblemente dramático, pues lo que partió como un descubrimiento académico

se convirtió en una amistad. Cuando Bregman se dio cuenta de que la vida de Marwan corría peligro por su culpa, se volcó a protegerlo, desatendiendo a su propia familia. Según Bregman, Marwan le confirmó que sí fue un doble agente al servicio de Egipto. Pero ¿qué más puede decir ahora? ¿Quién quiere pasar a la historia como un traidor, cuando puedes ser un héroe? Según el documental, Bregman se contó un cuento y después se aferró a él para salvarse. Y está convencido de que su historia es real, porque si Marwan no fue un doble agente significa que todo –su éxito, el fin de su matrimonio, la caída del espía– ocurrió por nada. S



El Ángel
Dirigida por Ariel Vromen

2018, 114 minutos



El espía que cayó en la Tierra
Dirigida por Tom Meadmore

2019, 94 minutos

Disponibles en Netflix

Vendedora de seguros

POR MILAGROS ABALO

Hola – buen día – disculpe – le han dado la información sobre el seguro de la clínica – gracias; la respuesta a la aparición de la ejecutiva de los seguros complementarios es variable, algunos la dejan terminar, otros la interrumpen con una sonrisa y un no gracias ya tengo, otros no esperan que comience, ni la miran, y así va de puesto en puesto, donde todo es murmullo de timbres y llamados por el primer nombre, con su baraja de flyers y su lápiz como una especie de amable robot de pelo liso que se inclina con su frase ante la humanidad: *Hola – buen día – disculpe – le han dado la información sobre el seguro de la clínica – gracias.*

Nunca he visto a nadie acercarse o mostrar un mínimo interés, salvo para preguntar dónde queda el laboratorio o dónde la oficina de presupuestos, pero por algo existirá esa forma de venta, quizás con una persona que pique basta, cómo no picará una, tan solo una de las infinitas veces pronunciada la frase. Habría que sacar el cálculo de cuántas frases serán al día, o pensar que gana por frase pronunciada, ya que por insistencia la frase queda dando vueltas (como los virus en la sala de espera) y se mete en el inconsciente: *seguro, seguro, tengo que contratar un seguro*, se dirá más de alguien después y puede que vuelva. Pero en general la gente no pesca porque, o ya tiene uno, o no quiere ni puede sumar más gastos a su gran lista de gastos y tener un seguro no es de primera necesidad, se puede vivir sin ellos, apostando a que la ruleta del desastre no se mueva todavía. Queremos creer estar siempre sanos, a nadie le gusta imaginar un futuro en el que no estará sino enfermo haciendo uso de ese seguro complementario o arrepintiéndose de no haberlo tomado a tiempo.

Su puerto base está ubicado al final de los pasillos o al lado de los ascensores: una mesa sobre la que están desplegados los mismos trípticos de porcentajes

y valores, la silla está vacía y en el frasco de vidrio en el que había dulces con el nombre de la empresa, solo queda un papel arrugado.

Pienso en otras formas de captar clientes y rebo- to: Mail: Spam. Mensaje: Eliminar. Redes: demasiada información e imágenes. Llamado: Cortar. Atacar por todos los flancos parece ser la consigna, pero también parece que lo más efectivo sigue siendo la mujer con el traje de dos piezas que va de puesto en puesto, pa- cientemente. El trato humano, directo, quién sabe si alguien contrata el seguro por simpatía o porque le recordó a una vieja amiga de la madre que llegaba a casa con la maleta de productos Avon. Una vez inten- té ser vendedora de perfumes y terminé echando las muestras como desodorante ambiental en el baño o usándolas para activar el fuego de un asado vesperti- no en el Parque Intercomunal. Hay que tener talento para vender, y para cobrar todavía más; estar fami- liarizado desde la infancia con ese intercambio, de lo contrario se da bote.

Hice la prueba de moverme de lugar para ver si me volvía a ofrecer el seguro, dos veces cambié de puesto (la espera para sacarse sangre siempre es larga y hay que entretener al ayuno) y dos veces se me acercó *Hola – buen día – disculpe – le han dado la información sobre el seguro de la clínica – gracias*; es un trabajo, pienso, que es posible llevar a cabo borrando caras, viendo a los interlocutores como un gran mar por el que se navega con la premisa de avanzar, avanzar hacia el final de la jornada. De tanta gente que se ve y circula las caras se borran, una se traga a la otra, mientras se mira el reloj o el teléfono a la espera del turno, y vuelve a entrar la oferta del seguro y vuelve a salir la misma respuesta, como el sonido de un mecanismo, o un juego de es- pejos en el gran capital que neutraliza la temperatura de la sangre. [S]

Monos de nieve

POR MATÍAS CELEDÓN



El último ferry desde Teshima llega al Puerto de Uno cuando es de noche. Unos cuantos autos rezagados pasan por la rampa iluminando a los pasajeros que desembarcan en fila demorando el paso. Es domingo y el puerto está vacío. Los semáforos alternan para nadie. Frente a los durmientes, esperando por el tren a Okinawa, sigue oyéndose el ruido del mar.

Japón emergió del océano por impulso de los movimientos naturales. Su misteriosa calma arraiga en una de las zonas de mayor actividad geológica del planeta. Entre cuatro placas tectónicas, los japoneses asumen

con naturalidad los terremotos, los tsunamis y los tifones, reconstruyendo una y otra vez sus ciudades. Ya en el siglo XII, Kamo no Chomei comenzaba sus *Notas de mi cabaña de monje* observando esa transitoriedad elemental: “El mismo río corre sin detenerse, pero el agua nunca es la misma. De aquí, de allá, sobre las superficies tranquilas, retazos de espuma aparecen, desaparecen, sin demorarse nunca demasiado. Igual sucede con los hombres de aquí abajo y con sus viviendas”.

Desde sus primeros habitantes, el magma contenido de los japoneses se disipa en los vapores de sus aguas termales. Son numerosas las vertientes minerales (ácidas,

sulfuradas, algunas hasta radioactivas) que surgen por todo el archipiélago. Como un ritual de purificación, por prescripción médica o simplemente por placer, la visita a un *onsen* es una oportunidad para recuperarse. Tal vez por su condición de isla, en Japón, la tradición atrae con inusitada fuerza. A tres cuerdas de la estación, junto a la desembocadura, el Setouchi Onsen es un buen lugar para decantar el viaje.

Tras la discreta cortina de la entrada, la luz conduce al interior del principal *onsen* del Puerto de Uno. La gente es amable y desde el primer momento se muestra solícita, aunque nadie oculta su sorpresa al ver a un extranjero. Por los pasillos transitan en *yukata* familias con sus hijos, mujeres alegres y hombres solos, jóvenes amigos que se encuentran en los baños para compartir las últimas horas del domingo.

En rigor, el Setouchi Onsen, no es un *onsen*, sino un *sentō*: más que unas termas naturales, se trata de un baño comunitario. Antiguamente, estos lugares se encontraban en los templos. Tal vez por eso, en Japón, el baño se ha transformado en un rito privado de carácter colectivo. Es una forma de relacionarse con la naturaleza, pero también con las personas. Incluso ha dado origen a un concepto: *Hadaka no tsukiai* quiere decir “conversar abiertamente” y se usa para describir cierta complicidad que propicia el entorno, como cuando dos desconocidos se emborrachan.

De cara al lunes, todos somos iguales. El cuidado por no invadir un espacio tan íntimo y personal es riguroso. Después de la Segunda Guerra Mundial, con las casas destruidas, los baños comunales se volvieron más populares. La desnudez, por sobre todo, resulta una condición de higiene. Sentado en un piso, con un balde, una regadera y jabón, hay que lavarse antes de entrar a las bañeras.

Hay *onsen* naturales y artificiales, interiores y exteriores, del tamaño de una tinaja o a cielo abierto como una laguna. En la terraza del segundo piso del Setouchi Onsen se reúne –a escala– todo eso en un inesperado jardín de piedras y musgos con vista a las islas del Mar Interior de Seto.

Poco antes de volver desde Teshima, había visitado I♥Yu el baño comunitario de Miyanoura, en Naoshima, la principal isla frente a Uno. En una casa de un pueblo de pescadores, el artista Shinro Ohtake mantuvo el código de un baño tradicional remodelándolo con una estética radicalmente diferente, contemporánea.

Muchos baños han ido incorporando saunas y gimnasios, mientras que algunos han devenido en parques temáticos con restaurantes y karaoke. Antes, solo era indispensable cierta cualidad de la penumbra, una absoluta limpieza y un silencio imperturbable, como observaba al respecto Junichiro Tanizaki en *El elogio de la sombra*. Shinro Ohtake, en cambio, exhibe sin matices su mirada en la decoración, los murales, los azulejos, hasta en los



detalles de la grifería, creando un universo personal de sus fetiches y divagaciones en torno al baño. Inmerso en ese espacio acuático luminoso, la introspección se vuelve un acto contemplativo. Así, frente al lugar, los cuerpos son una circunstancia pasajera.

En el Mar Interior de Seto, los contornos lejanos de las islas van cambiando con la niebla. La sustancia temporal del *onsen* descansa en la pequeña imagen de un mundo en miniatura. En Nagano, una tribu de monos vive en las montañas junto a las termas de Jigokudani. Rodeados de nieve, asomando apenas sus cabezas cubiertas de escarcha, cada cual parece meditar sobre asuntos existenciales. Han encontrado un lugar donde dejarse llevar por los pensamientos. Ese sentimiento de transitoriedad, tan líquido, se ejercita comunitariamente en los baños desde la niñez. [S]



Ilustración: Sebastián Illabaca

“El revolucionario más radical se convertirá en un conservador el día después de la revolución”.

- Hannah Arendt



Gabriel
Cid

Pensar la revolución



Leila
Guerreiro

Opus Gelber

Leonel
Lienlaf



*Se ha despertado el ave
de mi corazón (nepey ñi
gvñvm piuke)*



Roberto
Torretti

"Democracia"
*Hitos de la historia
de una palabra*

Claudia
Donoso



*Enrique Lihn en
la cornisa*

EDICIONES UDP

Últimas publicaciones

Mauro
Libertella



*Un hombre
entre paréntesis*



Justo Pastor
Mellado

*El fantasma
de la sequía y
otros textos*

Leila
Guerreiro



Extremas



Elvira
Hernández

*Sobre la
incomodidad*



Raúl
Zurita

*Canto a su amor
desaparecido*

ISSN 0719-8337